DEBORAH LEVY

Mi año en París con Gertrude Stein



Traducción de Antonia Martín Martín

RANDOM HOUSE

DEBORAH LEVY

Mi año en París con Gertrude Stein

Traducción de Antonia Martín



RANDOM HOUSE

Hará unas seis semanas Gertrude Stein dijo: no me parece que vayas a ponerte a escribir esa autobiografía. Sabes qué voy a hacer. Voy a escribirla yo. La escribiré del mismo modo que Defoe escribió la autobiografía de Robinson Crusoe. Y así lo ha hecho y aquí está.

GERTRUDE STEIN,
Autobiografía de Alice B. Toklas (1933)

Es estupendo estar escondido pero desastroso no ser encontrado.

D. W. WINNICOTT,
Realidad y juego (1971)

1

PARÍS. NOVIEMBRE DE 2024

Eva llamó para decir que lo había perdido.

Se refería a su gato, que había desaparecido. Eva era mi nueva amiga en París. Nos gustaba no saber demasiado la una de la otra porque había mucho por descubrir. Cuando a finales de julio estuve un mes fuera de París, me envió una postal a mi dirección londinense.

«Besos estivales de mi parte y de lo».

Tuve que pensar quién era lo pero enseguida recordé que así se llamaba su gato. En la otra cara de la tarjeta Eva lo había dibujado en chándal y zapatillas de deporte verde lima, empuñando una antorcha llameante en los Juegos Olímpicos de París de 2024. En las señas de la postal ponía solo mi nombre de pila.

Registramos todos los lugares donde podría haberse metido y llamamos a la puerta de cada uno de los vecinos de la calle. Eva vivía en un estudio de la rue des Trois Portes, a dos minutos a pie del Sena y de la catedral de Notre Dame de París. Antes de la desaparición de lo, Eva dejaba la puerta principal entreabierta con una cadena para que nadie se colara en el interior cuando su gato

bajaba al patio por la escalera. Su marido vivía en Seattle, Estados Unidos. Eva lo había perdido. Al gato. Dormía en su cama y Eva decía que su ronroneo era el equivalente de las luces de Navidad que pronto entrelazarían los árboles de nuestro barrio. Una semana antes de la desaparición, una amiga común, Fanny, que trabajaba en finanzas, había rebautizado como Bob al gato de Eva. Fanny tenía los ojos límpidos y brillantes, llevaba un cinturón alrededor de sus estrechas caderas, las uñas enjoyadas y a menudo un cigarrillo remetido en el cinto.

—Perdona, Eva —había dicho Fanny—. Es que me hago un lío. A partir de ahora es Bob. Con Bob nos situamos mejor.

—¿Y dónde nos situamos? —quiso saber Eva.

—No lo sé. En Francia Bob sería Rob.

Fanny parecía no estar casi nunca con nosotras. Llevaba una especie de vida paralela en las alturas eróticas con Lucia, su amante más querida, una de las tres que tuvo en el mes de noviembre. Era la única francesa de nuestro grupo de amigas. Todos los días Fanny me recordaba que debía circular con la bicicleta por la derecha de la calzada, no por la izquierda, y comprarme un casco porque yo utilizaba una de esas eléctricas que se alquilan con el móvil. Pensando en sus clientes, Fanny seguía con atención las elecciones de Estados Unidos, que se celebrarían el 5 de noviembre de 2024.

Eva se había cortado el flequillo ante el espejo aquella mañana. Lo llevaba recto, simétrico, justo por encima de las cejas. Había heredado el pelo negro de su madre española y los ojos azules de su padre danés. Todo el mundo exclamaba Ahhh cuando miraba a Eva

a los ojos. Había descubierto su colonia favorita (notas de tomillo y cedro) en una ferretería de la rue des Écoles, expuesta en el mostrador en su frasco alto de estilo retro junto con limpiadores antical, cuberterías y tubos de masilla. Fanny cree que los ojos azules de Eva han de luchar luchar luchar con la fantasía de eterna adolescencia femenina y sumisión que tiene el mundo, pero no está segura de que la colonia industrial vaya a ayudarla en ese empeño, aunque sí ahuyentará a los mosquitos.

Yo la llamo Eva la Quinta porque habla cinco lenguas: danés, español, francés, alemán e inglés. Lamenta no tener mucha soltura en alemán, aunque estudió en una reputada escuela de arte de Berlín, así que insiste en que le cambie el título por el de Eva la Cuarta.

Por lo que a Eva se refería, su gato era Dios en todos los idiomas.

Bob era amor. Pelo negro. Barriga blanca, patas blancas. La oreja derecha más pequeña que la izquierda. Mucho más pequeña. Del tamaño del dedo más pequeño del pie humano. Fanny, educada en el catolicismo, apuntó que Dios era una presencia que juzgaba y Bob no, pero Eva confirmó que sin duda su gato la juzgaba.

Todo aquel drama, que para Eva era una tragedia, me sirvió para distraerme del ensayo que estaba escribiendo acerca de Gertrude Stein, sobre quien sabía demasiado y nada de nada. Stein había puesto muchos obstáculos en mi camino. En el camino de la comprensión, en la que ella no creía. A veces, al leer sus desconcertantes y atractivos textos me entraban ganas de abofetearlos. Stein deseaba que los lectores la encontraran, pero

una parte de ella no soportaba que la encontraran. Le avergonzaba que su autobiografía hubiera sido un éxito de ventas porque resultaba muy comprensible. Cuando miro sus retratos fotográficos, no consigo penetrar en sus ojos. De vez en cuando tenía que recordarme los datos básicos, hasta tal punto estaba perdida en el torbellino de información sobre ella.

Gertrude Stein nació en 1874 en Allegheny, Pennsylvania, Estados Unidos. Hija de inmigrantes judíos alemanes. Su padre, Daniel Stein, natural de Baviera, llegó a Norteamérica en 1841, con dieciocho años, para abrir una tienda de ropa con su hermano Solomon. Su madre, Amelia Keyser, hija de inmigrantes originarios de Baviera, nació en Estados Unidos. Daniel llegaría a ser un rico empresario. Su hija menor, Gertrude Stein, se convertiría en una leyenda, una figura destacada del modernismo literario, posiblemente la única escritora vanguardista del mundo cuyo nombre apareció en letras luminosas en Times Square. Autora de novelas, obras de teatro, poesía, ensayos y libretos, y coleccionista de las obras de arte más audaces de principios del siglo xx, escribió también «retratos verbales» que esperaba que se asemejaran a las concepciones radicales de Cézanne, Matisse y Picasso. Man Ray y Cecil Beaton la fotografiarían, Picasso pintaría su retrato, a partir de los veintinueve años viviría en Francia y moriría a los setenta y dos. Con todo, a Gertrude Stein le costó publicar y solo alcanzó la fama y la gloria cuando ya rozaba los sesenta. Durante la Segunda Guerra Mundial fue amiga de un colaborador del régimen de Vichy. Ernest Hemingway, en su descripción de ella, dijo que tenía «pelo de inmigrante».

Yo me había perdido. ¿Quién era Gertrude Stein?

Pelo de inmigrante. ¿Qué significan las palabras?

Gertrude Stein redujo deliberadamente su vocabulario como escritora. No quería trabajar con un amplio menú de palabras. Su futura esposa, Alice B., inventaría un amplio menú de platos, incluido un suflé de violetas escarchadas.

«Por supuesto una no es nunca una misma». Es una cita de la *Autobiografía de todo el mundo*, de Gertrude Stein, y creo que para Eva significaba algo. Significaba algo para mí. Tal vez de eso vaya la modernidad. De no ser una misma. ¿Es una forma deseable de vivir? ¿O la única forma de vivir? ¿Cómo nos construimos? A Stein, la hija de inmigrantes, le obsesionaba lo que ella llamaba «composición».

«Composición» viene del latín *componere*, que significa «juntar, reunir» o «construir uniendo todas las partes».

Entretanto Eva, que nació en Copenhague, seguía buscando a lo que ahora era Bob y no Rob mientras la lluvia de noviembre caía sobre las altas grúas amarillas de la reconstrucción de Notre Dame. A Fanny y a mí nos intrigaba el marido ausente de Eva, pero ella dejó

claro que no le gustaba que fisgáramos y nos entrometiésemos en busca de información. Sabíamos que era de Aberdeen y que se llamaba Hamish. Era carpintero de decorados cinematográficos, vivía en Seattle pero viajaba allá adonde lo llevase su trabajo. Eva estaba trabajando en una novela gráfica en París. No se veían desde hacía un año y contactaban una vez a la semana a través de FaceTime. Eva solía tener a su gato en el regazo mientras hablaban. Fanny, que a veces estaba presente durante esas llamadas —decía que el wifi de Eva era más rápido que el suyo—, me contó que sobre todo conversaban del gato. Era como si Eva y Hamish hablasen de su situación particular a través de Bob.

Le dije a Fanny que quizá por eso se hubiera escapado el gato. No había aceptado ser un componente de aquella unión, o llenar las lagunas de comunicación entre ellos, o escuchar sus problemas.

—Sí —convino Fanny—, Bob no estaba preparado para ayudarlos a resolver sus diferencias.

Mientras llovía sobre las palomas de la rue Maître Albert, una vieja y angosta calle del 5.º arrondissement, advertí que habíamos empezado a hablar de Bob en pasado. Gertrude Stein escribía en un presente continuo. El empeño de Eva por encontrar a su gato vivo y viviendo en el presente implicó que Fanny y yo intentáramos usar únicamente el presente continuo cuando mencionábamos a Bob delante de Eva.

—Si no lo encuentro más valdría que me tirara al Sena —dijo Eva.

Vi que había puesto a madurar un caqui en el alféizar de su ventana. Me dijo que estaba deseando saborearlo. Era una buena señal. Eva vivía en un sexto piso.

2

Entretanto, las bombas caen en el siglo XXI sobre los vivos y los que pronto morirán. Todos ellos tienen nombre y apellidos en nuestro siglo, en el mes de noviembre. Estamos absortos en nuestras pantallas a todas horas, escroleando, escroleando, escroleando por las diversas guerras del vigésimo cuarto año del siglo XXI. Gertrude Stein vivió dos guerras mundiales y escribió unas memorias, *Guerras que he visto*, publicadas en 1945. No vio ninguna de esas contiendas en una pantalla. Anuncios de vitaminas, de automóviles y de seguros de vida interrumpían las noticias de las guerras que estaba viendo en la pantalla que tenía en la mano, como también lo hacían el chirrido de un solitario periquito posado en un árbol del patio, las campanas de la cercana Notre Dame, el repiqueteo de la intensa lluvia en el tragaluz sobre mi cama, el silbido de la cafetera italiana en el fogón y los suspiros que exhalaba por dentro ante la violencia desplegada en mi pantalla.

3

Camino por las cuarenta y cinco hectáreas del cementerio Père Lachaise, en el 20.º arrondissement, en busca de la tumba de Gertrude Stein. Bajo el viento y la lluvia veo a los muertos sepultos en mi mente, iluminados, con la luz de la vida, la vanidad, el sufrimiento y la fama. Por fotografías y pinturas sé cómo eran físicamente unos cuantos, las diversas actitudes que revelaban sus ojos y sus diversos talentos. Oscar Wilde, Édith Piaf, Chopin, Proust, Apollinaire, Georges Perec, Colette, Modigliani están enterrados aquí.

Da la casualidad de que conozco varios cuadros que Modigliani pintó de su amigo el artista Chaïm Soutine, la amistad que mantuvieron en París durante la Primera Guerra Mundial, la manera en que iluminaba los ojos de Chaïm con un puntito de pintura del tamaño de una cabeza de alfiler. Ese puntito le dotaba de determinación y voluntad. Chaïm Soutine, nacido en Smilovitchi (en la actual Bielorrusia), tan joven, maltrecho, pobre y esperanzado cuando llegó a París para probar suerte como artista. A veces durmió en la calle y pasó hambre. Un médico tuvo que extraerle un nido de chinches del oído. A esos dos pintores refugiados no los llamaron a filas en 1914. Qué afortunados fueron de que la gentil Marie Vassilieff, natural de Rusia, alumna de Matisse, convirtiera su estudio de Montparnasse en una cantina para los artistas que pasaban

dificultades durante la guerra. Era una época de heridas y muerte, así que nadie les compraba sus obras.

Marie Vassilieff dio un banquete en honor de Georges Braque, cofundador del cubismo, que acababa de regresar a París con la cabeza destrozada por la metralla. Cuando Modigliani llegó al banquete, borracho, buscando pelea, ella levantó los brazos y lo empujó escaleras abajo. Luego trinchó el pollo.

También a Apollinaire, destinado al barrizal de las trincheras de la Champagne, lo hirieron en la guerra. ¿Para qué sirven las guerras si no es para causar heridas? ¿Para qué sirven las palabras si no es para restañar una herida? Volvió a París en 1916 con una lesión en la cabeza y viviría tan solo dieciocho años del siglo xx. Guillaume Apollinaire es mi musa poética más descabellada. En 1918, a los treinta y ocho años, murió de gripe, al igual que millones de personas abatidas por esa pandemia curiosamente no documentada que asoló Europa. Las musas son una proyección, una quimera sin necesidades ni biografía (¿qué sabemos de las familias de las musas femeninas?), pero desde luego soy consciente de que él fue un hombre de carne y hueso y no existió solo para inspirarme. Fue un gran poeta, un gourmet, un crítico, un intelectual y un escritor de cartas eróticas en el más profundo lodazal de las trincheras, además del inventor de la palabra «surrealismo». Picasso decía en broma que Apollinaire, que nunca conoció a su padre italiano, era hijo del papa. Gertrude Stein apreciaba el entusiasmo de Apollinaire y admiraba su agilidad mental y su sensibilidad vanguardista. Fueron muy buenos amigos. Él describió el estallido de un obús como una

«mimosa en flor», aunque quizá no el del obús que le reventó el cráneo.

En enero mi estudio de París se llenará de mimosas. Colgaré un ramillete sobre la entrada para dar la bienvenida a mis nuevas amigas de París, que también son extranjeras, y recibirlas a mi mesa.

Conozco unos cuantos datos sobre Oscar Wilde. Oscar Fingal O'Fflahertie Wills Wilde, de Dublín. Fue a París en 1898, al poco de publicar *La balada de la cárcel de Reading*. Stein llegaría cinco años después, y para entonces él ya habría muerto. Cuando Wilde encontró por fin la habitación de hotel donde falleció, en la rue des Beaux Arts, almorzó lo mismo todos los días: una chuleta de cordero y dos huevos duros. Por suerte, se bebía cuatro botellas de coñac a la semana para calmar el dolor de la injusticia que acabó con él. En su juventud llevaba una elegante capa de terciopelo y el pelo largo y suelto. Moribundo y drogado con morfina, se convirtió al catolicismo. La estatua de su sepultura, una esfinge alada de arenisca con pene y testículos, coronada con una tiara, es obra del artista norteamericano Jacob Epstein. Cuando llegó a Père Lachaise para dar los últimos toques a la escultura, la encontró rodeada de gendarmes. La tumba estaba «arrestada» y los testículos de la figura se habían tapado con yeso para «proteger la moral pública».

En la parte posterior del sepulcro hay un epitafio con las palabras del propio Wilde grabadas en la piedra:

Y lágrimas ajenas llenarán para él

la urna de la piedad, hace tiempo rota,
porque aquellos que lloren por él serán los parias
y los parias siempre lloran.

La balada de la cárcel de Reading (1904)

La sepultura de Oscar Wilde está cubierta de besos de carmín. Nadie ha besado la de Proust. Construida con un material más compacto, el mármol gris, no invita a los besos de personas desconocidas. A Proust lo envuelve la tierra de su país. Oscar Wilde tiene un cuerpo martirizado y Marcel Proust un cuerpo privado.

También conozco algunos datos acerca del cuerpo de Gertrude Stein. Cuando tenía veintitantos años, se inclinaba sobre un microscopio.

Stein consagraría ocho años de su vida a la investigación científica, primero en el Radcliffe College (ahora Universidad de Harvard), en 1893, cuando tenía diecinueve años, y luego otros cuatro en la Johns Hopkins, en Baltimore. Como alumna de medicina de la Johns Hopkins, todos los días trabajaba unas horas en el laboratorio de anatomía patológica para estudiar el desarrollo del cerebro humano en el embrión. Ahí la tenemos. Una futura pionera del movimiento modernista, con una blusa de anchas mangas abullonadas y una falda acampanada con forro de crinolina en el dobladillo para mantenerlo rígido. Mirando por un microscopio sentada a la mesa del laboratorio, una de las primeras mujeres que cursaron la carrera de medicina en la Hopkins. Más adelante lo que

miraría sería el arte moderno e intentaría averiguar cómo se compone. No tenía ni idea de cómo componerse ella.

Lleva la espesa melena recogida en la coronilla en un moño caótico. Unas décadas después pedirá a su esposa, Alice B. Toklas, que se la corte. Fuera las horquillas. ¿Dónde están las tijeras?

¿Y dónde está James Joyce? A Stein la enfureció que el *Ulises* se publicara antes que su novela *Ser norteamericanos.* Está enterrado con su familia en Zúrich, junto con sus dos principales fobias: los truenos y los perros.

Gertrude y Alice B. adoraban a sus dos caniches gigantes blancos, Basket 1 y su sucesor, Basket 2, y también a su perrito Pepe. Gertrude escucharía el ritmo de la lengua de Basket al lamer agua de un cuenco y afirmaría que le ayudaba a entender la diferencia entre escribir frases y escribir párrafos. Consideraba los párrafos más emotivos que las frases. Los diversos Basket hablaban literalmente en lenguas para Gertrude Stein.

A Alice B. le gustaba bañar a Basket 1 en agua sulfurosa.

Según el mapa, para llegar al lugar donde está enterrada tengo que caminar veinticinco minutos.

Mientras el viento me alborota el pelo pienso que Stein dedicó sus inmensas energías literarias a asegurarse de que no se la entendiera. Es lo que más me interesó de su literatura. En su opinión, no merece la pena mantener una conversación si todo es entendible.

¿Es una forma deseable de vivir? ¿O es la única forma de vivir?

> Me piden que explique por qué una autora como yo puede hacerse popular. Es muy sencillo todo el mundo sigue diciendo y escribiendo lo que siente cualquiera para que se entienda y así se cansan de eso, cualquiera puede cansarse de cualquier cosa todo el mundo puede cansarse de algo y así ellos no lo saben pero se cansan de sentir que están entendiendo de modo que disfrutan con algo que sienten pero que no entienden.
>
> *Autobiografía de todo el mundo* (1937),
> GERTRUDE STEIN

Camino bajo la lluvia con la esperanza de encontrarlo.

¿El qué?

Arrojo.

Coraje.

¿Qué deseaba ella que hicieran las palabras y qué hicieron las palabras por ella?

> Lleva mucho tiempo ser un genio, hay que estarse mucho tiempo sentado sin hacer nada, realmente sin hacer nada.
>
> *Autobiografía de todo el mundo*

Estoy de acuerdo en que todo el mundo pasa parte de su tiempo pensando sin pensar conscientemente. ¿Es eso entendible? ¿Acaso importa?

Gertrude Stein trabajó en el anonimato hasta los cincuenta y nueve años, cuando escribió el superventas *Autobiografía de Alice B. Toklas*. Durante décadas fue una desconocida para los lectores. Pero sé que ella deseaba que la descubrieran, y Alice B. también lo sabía. En las décadas de 1950 y 1960 la descubrió el poeta Frank O'Hara y la descubrió el Living Theatre. Era una expatriada norteamericana que había abierto un espacio para que se diera la vanguardia norteamericana en Norteamérica. Pero para entonces estaba muerta.

Tenía que recordarme sin cesar que nació en 1874.

Algunos de sus títulos:

Botones blandos: Objetos, comidas y habitaciones

Han atacado a Mary. Dijo él con una risita

Un libro que concluye con cómo una esposa tiene una vaca: Una historia de amor

Una aldea: Ya estáis listos todavía no: Obra en cuatro actos

Iglesia Lucy amablemente

Su deseo de matar al siglo XIX sigue dejando un regusto de radical resistencia en el nuestro. ¿Cómo mató al siglo XIX? Con su pluma. Después de escribir una de sus primeras obras, *Tres vidas*, su trío de nouvelles más convencionales, hundió la pluma bajo la capota del siglo XIX y se la arrancó. Y luego se puso a trabajar en el chal.

En la novela *Emma* de Jane Austen, escrita en 1815, la señorita Bates (de quien Austen dice con gran ingenio que «charlaba mucho sobre pequeños asuntos») insiste en que su madre se ponga un chal cuando va de visita. Al fin y al cabo, los vestidos que llevaban en la época de la Regencia eran escotados, finos y vaporosos, e Inglaterra, con su sinfín de conversaciones sobre pequeños asuntos, era fría y estaba plagada de conflictos de clase, de rituales del té y de la necesidad de conseguir un marido, lo cual constituía un gran asunto económico.

> Le hice llevarse el chal, porque al anochecer hace más bien fresco; su chal grande, el nuevo; regalo de boda de la señora Dixon. ¡Qué bondad la suya al pensar en mi madre! Lo compró en Weymouth, sabe… Lo eligió el señor Dixon.

Stein mató a ese chal decimonónico en su colección de poemas en prosa *Botones blandos*, publicada en 1914.

CHAL

> Un chal es sombrero y sombrío y un globo encarnado y abrigo interior calculador, calculador de la charla.
>
> Entraban en el vestíbulo. Los ojos del señor Knightley habían precedido a los de la señorita Bates en lanzar una ojeada a Jane. De la cara de Frank Churchill, donde creyó ver una confusión reprimida o echada a risa, se había

vuelto involuntariamente a la de Jane; pero ella estaba atrás y demasiado ocupada con su chal.

Emma

Es un chal casamiento, un poquito de cera menuda constitución. Un chal.

Botones blandos

Alice B. Toklas habría tecleado esas palabras igual que acabo de hacer yo. Stein escribía a mano por la noche y dejaba las hojas para que Alice B. las recogiera por la mañana. A Alice B., enamorada de Gertrude, le emocionaba cosechar sus palabras tanto como cosechar los rábanos que más tarde cultivaría en el huerto de la casa de campo donde vivirían. Francamente, Gertrude me está destrozando la vida. ¿Es respetuoso referirse a ella como Gertrude? Picasso llamaba a Gertrude Stein por su nombre de pila. En la *Autobiografía de Alice B. Toklas* se la nombra a menudo como señorita Stein. Yo podría estar en casa reflexionando sobre todo esto, o siendo un genio y no haciendo nada. Ahora llueve a cántaros en Père Lachaise, tengo empapadas las zapatillas deportivas, me esfuerzo demasiado por ella. Dudo que ella se esforzara tanto por mí. Si hemos de creer a Ernest Hemingway, que fue su amigo en París y de quien fue mentora, ella jamás revisó un borrador. No me lo creo.

¿Qué tenemos que perder para ser modernos?

Ella tuvo que perder el corsé. La figura de reloj de arena. A la señorita Stein le gustaba coger su cuchillo y su tenedor y cortar un filete de carne de doce centímetros. Solo se permitía tener apetito a los hombres, pero ella no quería empequeñecerse para complacerlos.

Y ella sí lo perdió. El corsé. El reloj de arena se rompió en mil pedazos porque ella se adelantó a su tiempo.

El impulso experimental de la literatura de Stein en el siglo xx se forjó con sus conocimientos de la incipiente psicología. Su literatura puede leerse sobre todo a través de su fascinación por las concepciones de su tutor en el Radcliffe College, el psicólogo y filósofo William James; el «movimiento de pensamientos y palabras constantemente igual y constantemente distinto».

Ese fue el inicio del descubrimiento de algo similar a una técnica por parte de Stein. También el lenguaje visual del cubismo le brindó algunas estrategias. La incipiente psicología y el cubismo. Es una mezcla estimulante de influencias para una escritora. El lenguaje de su nuevo siglo, el siglo xx, le llegó por ser la quinta hija y la benjamina de una pareja de inmigrantes judíos alemanes. De pequeña hablaba en casa alemán e inglés. Los adultos debían de susurrar los secretos en el idioma con el que los niños estuvieran menos familiarizados. Imagino a los padres de Stein contándose secretos o discutiendo en alemán mientras sus cinco hijos estaban

en la cama. Con toda probabilidad no querrían que los entendieran. La psicoanalista infantil francesa Françoise Dolto, nacida en 1908, consideraba que un niño es «enteramente lenguaje en su ser». ¿Es cierto que todo el ser de un niño está hecho de lenguaje? Françoise Dolto fue psicoterapeuta del escritor francés Georges Perec cuando a los doce años este se escapó del colegio. A su madre la habían matado en Auschwitz cuando él tenía siete.

> Un día como este, algo más tarde, algo más pronto, descubres sin sorpresa que algo no va bien, que, hablando en plata, no sabes vivir, que no sabrás jamás.
>
> *Un hombre que duerme* (1967),
> GEORGES PEREC

Las cenizas de Perec están en el columbario de Père Lachaise, una hilera de claustros con las cenizas de otros muertos, en la división 87, urna 382. Su madre llegó a París procedente de Varsovia en la década de 1920, con siete años. Trabajó de peluquera y más tarde en una fábrica de relojes. El padre de Perec, que era polaco, tuvo muchos oficios: conductor de reparto, tornero, moldeador. Por tanto, la burguesa Stein y Perec, de clase obrera, eran hijos de judíos extranjeros, alemanes los de ella, polacos los de él. Perec se consideraba francés. Stein se consideraba norteamericana.

Stein está enterrada en la división 94.

El impulso experimental del lenguaje de Stein se debió a que aprendió a hablar del arte visual, a su amistad con Picasso y a que era queer. Se debió a que escapó de la tiranía de su padre, fallecido cuando ella tenía diecisiete años. En 1928 Virginia Woolf escribió sobre la muerte de su exigente padre: «Su vida hubiera acabado con la mía. ¿Qué hubiera ocurrido? No hubiera escrito. No habría publicado libros. Inconcebible».

Con todo eso Stein creó un lenguaje muy distinto al de sus lecturas, los libros que había devorado antes de cumplir los veinte. Shakespeare, Richardson, Wordsworth, Trollope, Browning, Swift, Defoe, Keats, Byron.

En 1907 conocería a la mujer a quien consideró su esposa. Para Alice B. Toklas sería amor a primera vista. Natural de San Francisco y fumadora compulsiva con debilidad por los guantes caros, rellenaría para su amada hojas de lechuga con mollejas y trufas al jerez, corregiría las obras de Gertrude, la ayudaría a autopublicarlas y encontraría tiempo para saltear cien ancas de rana en mantequilla y nata líquida.

Resulta que Stein y sus hermanos tenían un modesto fondo fiduciario de la empresa de tranvías que su difunto padre había dirigido en San Francisco. Su hermano mayor, Michael Stein, se ocupó de las acciones y participaciones de la familia, así como de los alquileres de diversas propiedades que compró en San Francisco. Gertrude Stein recibiría una asignación mensual y no tendría que trabajar ni verse obligada a acceder a los deseos sexuales de un

marido a cambio de su protección. En lugar de eso, mantendría a Alice B., quien describió la vida erótica de ambas como «recoger violetas silvestres».

Mientras el viento me alborota el pelo y la lluvia empapa mis zapatillas pienso que voy a regresar a casa sin encontrar su tumba. Sí, voy a buscar la salida. A primera hora de la mañana había hecho cola en la panadería de mi calle para comprar una baguette en particular que tiene los extremos tostados, está cortada por la mitad y va rellena de una porción de cremoso brie. La corteza, salada y gris como la ceniza, se había resquebrajado por la pura fuerza vital de ese impetuoso río de queso. Si la corteza era el armazón, el brie, al igual que Gertrude Stein, lo había reventado. Con las mejillas coloradas por el viento, los árboles chorreantes, retiré el envoltorio de la rezumante baguette y la devoré allí mismo, entre los muertos. Los vivos tienen apetitos. Deseos. Que nos enloquecen. Que nos alegran. Que nos hacen llorar. Que nos llevan por el mal camino y nos conducen por el bueno. Los muertos han pasado por todo eso. Los muertos, que ya no pueden sentir la lluvia, dedicaron toda una vida a crearse a sí mismos.

4

Crearse a sí misma. Crearse a sí mismas. La performance que implicaba. La confusión que producía. El placer que daba. Gertrude Stein. Nacida en Allegheny, Pennsylvania, en 1874. Construir una vida. Construir una vida que contuviera amor. Crear un cuerpo que no contuviera vergüenza. Gertrude Stein no encajaba en el ideal victoriano de feminidad y lo sabía. Tampoco lo deseaba. Crear una obra. Que nadie más habría escrito. Coleccionista del arte más audaz de principios del siglo xx. Cézanne. Picasso. Matisse. Los pintores «proscritos» que eran objeto de burlas y pasaban dificultades en aquel entonces. Montar, con veintinueve años, la primera galería de arte moderno de Europa en el piso que alquiló con su hermano en París. Y luego se propuso encontrar una esposa y se separó de su hermano, que había empezado a menospreciar su literatura. Construir un hogar. Gertrude Stein y Alice B. Toklas. Un hogar propio. Sobrevivir a dos guerras mundiales. En 1946 murió de cáncer de estómago en el Hospital Americano de París, la ciudad que convirtió en su «patria chica».

5

Fanny acaba de decirme que Lucia, su amante más querida, le ha contado que ayer se ahogó un gato en el canal Saint-Martin. Al parecer tenía una oreja más pequeña que la otra. Buscaría más información; entretanto, yo tenía que anunciar a Eva que Fanny prepararía una raclette en su casa la noche siguiente. «No le digas nada del gato ahogado», insistió Fanny. Y como soy de Gran Bretaña, me explicó que el raclette es un queso alpino semicurado, conocido por lo bien que se derrite. Sí, el raclette es promiscuo. Se derrite por todo el mundo. Por los de derechas, por los de izquierdas, le da igual. Fanny tenía una raclette eléctrica, que llevaba una parrilla y sartenes individuales para que cada persona fundiera su pedazo de queso. También me aconsejó que donara mi gorro de pieles a una organización benéfica e intercambiase mis libros de Gertrude Stein por una guía básica de gramática francesa. ¿Y si añadía setas al menú de la raclette?, se preguntaba. Fanny y su tercera amante del mes de noviembre, Nicole, habían recogido una carretada de setas en una expedición de recolecta a Normandía. A veces yo la llamaba Fanny la Tercera. Fanny nos había dado parte de las setas a Eva y a mí. Las teníamos esparcidas sobre una hoja de papel en el estudio de Eva, que se había convertido en nuestro cuartel general en París, pero Eva no creía que pudieran identificarse como seguras más de seis. Lo raro era que Nicole, que se había

hecho una tortilla con su parte del botín, había vomitado dos horas después, mientras que Fanny, que también había hecho una tortilla que se había comido con Lucia, su amante más querida, decía que ambas estaban la mar de bien, igual que Martine, la segunda amante, que había dado cuenta de los ceps (las seis setas que Eva supo identificar) en un plato que había creado con nata líquida, mostaza y parmesano. Fanny necesitaba un menú nutritivo para llevar su intensa vida sexual, pero en realidad estaba enamorada de Lucia. Enamorada hasta el tuétano. El ritmo frenético de sus quehaceres eróticos parecía favorecerla en el terreno profesional. Sus clientes del mundo de las finanzas asumían de repente riesgos de inversión que no parecían dispuestos a asumir. Se mostraba persuasiva con los más cautos, pero ellos desconocían que se hallaba en un continuo estado de efusión amatoria. Hasta entonces les había ido de maravilla, y también a Fanny, que afirmaba despreciar su trabajo. A menudo le decía a Eva que pensaba del capitalismo lo mismo que Roland Barthes del lenguaje, «me hiere o me seduce». Fanny tenía una larga y lustrosa melena castaña, que a veces se recogía en una coleta alta. Eva, que estaba muy interesada por mi investigación sobre Stein, se preguntaba si Fanny se la lavaría con agua sulfurosa, como los caniches Basket 1 y Basket 2. Gertrude y Alice también se acicalaban para ponerse sexis, pero creo que Alice B. bañaba a los caniches en agua sulfurosa para mitigar el olor de los perros. En ocasiones, cuando yo estaba absorta pensando en Gertrude Stein, mi vecino salía a su balcón y, pese al frío, se quedaba allí casi desnudo, con solo una toalla alrededor de la cintura. ¿Acaso miraba el periquito posado en el árbol del patio?

6

Gertrude Stein quería matar al siglo XIX.
El siglo XXI parece estar matándose.

7

Cuando le conté a Eva que Gertrude Stein se inspiró en el primer principio de la filosofía de Descartes, «Pienso, luego existo», para decir «Yo soy yo porque mi perrito me conoce», no quedó demasiado impresionada.

—Mi gato ya no me conoce. Ahora es como un huérfano.

Tras la desaparición del gato, le había preguntado: «Eva, ¿te importa que lo rebauticemos como Bob?». Evidentemente, sí le importaba.

—No creo que lo sea muy difícil de pronunciar.

En sus ojos vi lo que me parecieron lágrimas, pero ya antes de perderlo había cosas que la afectaban. Era como si al rebautizar al gato lo hubiera perdido dos veces. Al cabo de poco Eva nos dejó llamarlo Bob, como si de ese modo nos lo pusiera más fácil.

Supongo que Bob era más bien como el realismo.

Me sentí aliviada y un tanto mancillada por no ser capaz de lidiar con aquello.

> Mi escritura es tan clara como el barro, pero el barro permanece y las corrientes claras desaparecen.
>
> *Autobiografía de todo el mundo*

Quería que mi ensayo fuese una corriente clara, pero estaban pasando muchas cosas. Un gato perdido, el marido ausente de Eva, la amplia lista de conquistas eróticas de Fanny, orientarme en París, la tentación de dejar la literatura de Stein y leer a Georges Simenon. Las corrientes fluían a través del siglo XIX hacia el XXI y por todas partes. ¿Eran corrientes de conciencia? Por algún motivo sentía la necesidad de defender a Gertrude Stein. Todos los siglos necesitan un artista que desmantele la coherencia tal como nos la han enseñado y abra espacio para que se dé algo nuevo.

8

Gertrude Stein fue más feliz que Virginia Woolf, quien supo crear algo coherentemente incoherente con la conciencia humana. La coherencia era importante para Woolf porque sabía lo que era la desintegración mental, creer que los pájaros cantaban en griego antiguo. Sí, Woolf fue la escritora con más talento, el genio que trabajó con empeño por el modernismo entre la lluvia inglesa, la col hervida y un patriarcado ilimitado. Le desconcertaba un poco la capacidad de Walt Whitman para la alegría cuando escribió: «Podía sumergirse en un ensueño de dicha solo con oler la esencia de una naranja». Y luego se metió en el río Ouse, a los cincuenta y nueve años, y se ahogó.

Gertrude Stein empezó a escribir a los cincuenta y ocho años la *Autobiografía de Alice B. Toklas*, el libro que le reportó la gloria que anhelaba. Escribir sobre sí misma con la voz de Alice B. Toklas liberó la voz de Stein, reveló la cadencia de sus frases y su prosa fluida y un tanto insólita. Alice B. es la narradora. Al principio creemos que, en efecto, está escribiendo su autobiografía. Al cabo de unas páginas queda claro como el barro que Gertrude Stein escribe sobre sí misma a través de los labios de su amante y compañera. Con ese libro ganó de manera vulgar un dinero que no procedía de una fortuna heredada. Stein llevó una buena vida a contracorriente y fue feliz en el amor. Aun así, Virginia Woolf, nacida seis años después

que Gertrude Stein, es la escritora que encuentro más estimulante en todas las fases de la vida.

Pensó mucho. Para mí.

¿Y Gertrude Stein?

Pensó mucho.

Es absolutamente necesario que un escritor desmantele el realismo tal y como nos lo han enseñado y construya una nueva composición. Gertrude Stein, cuyo apartamento de Montparnasse no tuvo electricidad hasta 1914, abrió un espacio para que apareciera John Cage. Él quiso desmantelar la gramática de la música occidental porque le aburrían «sus infinitas combinaciones de viejos sonidos». En 1932 musicó tres textos breves de Stein al intuir que en ciertos aspectos ambos caminaban en la misma dirección hacia el futuro.

«Las canciones de Stein son, por decirlo de algún modo, transcripciones de un lenguaje repetitivo a una música repetitiva», escribió.

Seis años después Cage conocería al amor de su vida, el coreógrafo Merce Cunningham, que desmanteló el lenguaje de la danza y creó algo nuevo con ella. Sin trama. Sin argumento.

Entretanto, en los primeros años del siglo xx Auguste Rodin sigue a Isadora Duncan por Europa y la plasma en millares de dibujos bailando para públicos llenos de curiosidad, descalza y sin corsé. Isadora Duncan, que rompe con la rígida gramática de la danza, abrió un espacio para que apareciera Merce Cunningham. Todo eso

formaba parte de las corrientes de conciencia que discurrieron y se desbordaron por el modernismo. En la orilla de esas corrientes a veces crecían juncos y menta, geranios silvestres, lentejas de agua y lirios.

9

El aparato estaba en el centro de la mesa, con un cazo de patatas cocidas encima. Fanny había encargado el raclette con antelación para que lo cortaran de modo que los pedazos cupieran en las sartenes pequeñitas que deslizamos bajo la parrilla. Su ayudante había preparado una bandeja con salami y un cuenco de minúsculos pepinillos en vinagre para acompañar el queso alpino fundido. Su ayudante era Eva la Quinta, claro está. Fanny nos ilustró. «La raclette la inventaron pastores suizos en el siglo XII». Le sonó el móvil. Yo sabía que iba a hablar con Lucia, quien disponía de más información sobre el gato ahogado en el canal Saint-Martin. Fanny fingía que se trataba de una llamada de trabajo, pero encontró un momento para contarnos (otra vez) que el raclette es dulce y terroso, y nos mandó colocar las pequeñas sartenes bajo la parrilla del aparato.

—No me gusta la palabra «terroso»; ¿significa que sabe a tierra? —quiso saber Eva.

—Vaaa-le, no es terroso —contestó Fanny, con el móvil pegado a la oreja.

Estaba de pie detrás de la silla de Eva, contemplando los libros de los estantes. Entre dos de ellos había un aerosol pequeño. Al mirarlo con más atención vi la marca, WD-40. Prometía en letras mayúsculas eliminar los chirridos, aflojar partes oxidadas y desbloquear

mecanismos atascados. Me pareció un tutorial excelente para escribir mi ensayo sobre Gertrude Stein. El raclette fundido estaba revolviéndome un poco el estómago.

Eva cortó su patata por la mitad.

—Creo que con «terroso» Fanny quiere decir que el raclette sabe a la hierba que crece en los prados y los valles.

—Sí, eso es. —Fanny le besó la coronilla.

El raclette ya chisporroteaba en las sartenes mientras Fanny caminaba arriba y abajo hablando con Lucia. No estábamos precisamente tiritando en un chalet entre las nieves de Saboya. El apartamento de Fanny era cálido, luminoso, blanco, amplio y moderno. Podíamos saludar con la mano a nuestro reflejo en los suelos de parquet y Fanny nos había mandado descalzarnos, en voz baja, como si propusiera algo íntimo a una de sus tres amantes.

—Si estalla una guerra deberíamos viajar todas a la campiña suiza y tomar una pastilla de morfina para poner fin a nuestra vida en los prados alpinos —me susurró Eva.

Fanny interrumpió la llamada para mandarnos sacar la sartén de debajo de la parrilla y verter el raclette derretido sobre una patata.

—Por favor, servíos vosotras mismas el embutido y los cornichons.

—Sí —le dijo a Lucia por el teléfono—, entendido, gracias por tus consejos, lo mejor es comprar y aguantar.

El apartamento empezó a oler como si Fanny tuviera un rebaño de vacas en el recibidor.

Eva y yo arrancamos el queso de nuestras sartenes y lo volcamos sobre una patata. Estaba caliente y era terroso y cremoso. Después de desahogarse sacando el tema del suicidio entre las cabras y las vacas de Suiza, Eva retomó el de Gertrude Stein.

—Fanny se gana la vida desde los dieciséis años. A diferencia de Gertrude Stein, que jamás tuvo que trabajar para pagar las facturas.

Los ojos de Eva eran tan azules que con solo mirarla me entraban ganas de exclamar Ahhh. Traslucían mucho dolor. Tal vez fuera más bien un Ayyy. No sé por qué Eva seguía hablando en voz baja.

—Creo que los tiempos de paz se han acabado. Polonia quiere que todos los hombres adultos reciban instrucción militar. Y los países europeos están esperando el momento oportuno.

Fanny terminó la llamada y dejó el móvil junto a su plato.

—Eva será secretaria de Defensa en mi nuevo gobierno —dijo con un semblante tan neutral como Suiza mientras echaba el raclette fundido sobre una rodaja de salami.

Al cabo de un rato Eva interrumpió el silencio a la manera de Jane Austen.

—¿En París siempre llueve todos los días de noviembre?

—Bien, tengo una noticia —anunció por fin Fanny.

Presidía la mesa. Al fin y al cabo, era la única de las tres que no se sentía sola ni era extranjera.

—Siento tener que deciros que han encontrado un gato con la barriga blanca en el canal Saint-Martin.

Esperamos mientras atravesaba una cebollita con el diente de su tenedor.

—Además, tenía una oreja más corta que la otra. Se parece en todo a Bob.

Eva había dejado de comer y se acariciaba las puntas del flequillo.

—Mandé a Lucia a ver al gato de cerca. O sea, ¿está bi-eeen que pida a mi amante que mire tan de cerca la muerte? Creedme, Lucia preferiría mirarme el lunar que tengo en el muslo izquierdo.

Se encogió de hombros y agitó el tenedor en el aire. Luego sonrió.

—Hora de descorchar la eau de vie —añadió.

Reunió tres copitas y las depositó en la mesa.

—El gato era anaranjado y Bob no es anaranjado.

Eau de vie. El agua de la vida. Fanny había estado manteniéndose a flote en el agua de la muerte mientras Eva había estado escalando las altas cumbres de la muerte. ¿No comprendía que Eva se encontraba en una situación desesperada con su marido, que vivía en Seattle? Se habían casado a contracorriente, comprometiéndose por siempre jamás y jamás y jamás, cuando Eva tenía diecinueve años y estudiaban juntos arte en Berlín. Eva tenía ahora treinta y tres y llevaba catorce casada. Pensé que la manera en que Fanny le había dado la noticia tenía algo de sádico. Sin embargo, Eva parecía más interesada en mi ensayo sobre Gertrude Stein. Sin hacer el menor caso a Fanny, me ordenó que me centrara de nuevo en William James. ¿Qué había visto en Stein que otros profesores habían pasado por alto? Fue William James quien le aconsejó que estudiara medicina. Era el camino para que se convirtiera en psicóloga.

10

El interés por la psicología se encendió en Gertrude Stein cuando, en uno de sus paseos solitarios tras la muerte de su madre, vio a un hombre golpear a una mujer con un paraguas. En aquel entonces su familia vivía en Oakland, California. Stein quería saber por qué el hombre se comportaba así.

A los diecinueve años debía de tener más mundo que la mayoría de las alumnas del Radcliffe College para mujeres jóvenes. De pequeña había viajado con sus padres a Viena y París. En su tercer cumpleaños, cuando su larga melena castaña se rizaba en bucles alrededor de los hombros, le permitieron tomar un sorbito de cerveza austriaca. Los niños Stein recibieron clases de un profesor húngaro y otro checo. El inglés no era el único idioma que oían en sus diversos hogares. Tras pasar un año en París cuando tenía cuatro, regresó a Estados Unidos con un microscopio y una historia de la zoología en francés. Esos objetos acecharían el futuro, dado que iba estudiar en los laboratorios de Harvard y Johns Hopkins. Tras la muerte de sus padres, los hermanos Stein vivieron con su familia materna en Baltimore. Su tía se escandalizó al descubrir que no se ponían pijama para dormir. En el opresivo ambiente de 1893, las estudiantes universitarias consideraban a Gertrude Stein bastante excéntrica, desgarbada, sudorosa, tal vez demasiado judía, demasiado diferente. Ella las veía aburridas, físicamente débiles,

conformistas, neuróticas e ilógicas. No quería convertirse en una mujer así. Sin embargo, al mismo tiempo le atraían sexualmente las mujeres. ¿Cómo resaltaría que era diferente de esas jóvenes ilógicas que la seducían y herían? Se hizo secretaria del club de debate de filosofía, entabló buenas amistades, llevaba una alegre gorra de marinero, fumaba puros, montaba en bicicleta y daba largas caminatas. Las alumnas acordaron que, si un depredador masculino se les acercaba mucho en una de esas excursiones, la rechoncha Gertrude Stein se subiría a un árbol y se tiraría sobre él.

Mientras en el laboratorio diseccionaba muestras conservadas en alcohol, a Stein le resultaba cada vez más trágicamente claro que jamás debería sentarse en un extremo de la mesa a charlar con la esposa de un genio varón. Ella quería ser el genio. Delegaría en su futura esposa, Alice B., el cometido de departir con las esposas de hombres famosos mientras ella hablaba de grandes temas con los varones que iban a ver su colección de arte proscrito.

Francamente, salvo contadas excepciones, yo habría preferido conversar con las esposas. No creo que exista eso que llaman cháchara insustancial. Con toda probabilidad ellas me harían unas cuantas preguntas sobre mi vida y a mí me interesan mucho las suyas. En especial la de madame Cézanne, Hortense Fiquet, esposa de Paul Cézanne, que por las noches leía durante horas poemas de Baudelaire a su marido insomne para ayudarlo a dormir. Después de un tiempo, vivieron separados la mayor parte de su matrimonio. Al parecer monsieur Cézanne se quejaba de que a su esposa solo le interesaban la limonada y Suiza.

Madame Cézanne, ¿podemos hablar de Suiza, por favor?

Tengo entendido que conoció a su marido a los diecinueve años en la Academia Suiza, donde usted trabajaba de encuadernadora y como modelo de artista durante unas horas para ganar algo más. Posó para veintisiete retratos icónicos pintados por su esposo y se la criticó por mostrar en ellos una expresión seria, impenetrable. ¿Es cierto que durante años él ocultó a sus padres la relación con usted (y el nacimiento del hijo que tuvieron) por miedo a que su familia le retirara la asignación?

Madame Cézanne se inclina hacia delante y me da unos golpecitos con el abanico en los nudillos.

—Por favor —dice—, solo quiero hablar de la limonada.

Más tarde Gertrude Stein se inspiraría en el retrato que Cézanne pintó de una adusta y triste Hortense Fiquet sentada en un sillón rojo y con un abanico en la mano. Lo compró con su hermano Leo y no podía parar de mirarlo. Decía que aprendió composición de Cézanne, pero su principal influencia fue William James. Era el profesor que la había admirado, a quien había fascinado, cuando estudió en Radcliffe. Sus clases la impactaron y es posible que nunca se recuperase. A William James, figura clave en la creación del primer departamento de psicología en Harvard, le sorprendió aquella joven excéntrica y caótica que asistía a sus clases con el cabello revuelto, y le puso la máxima calificación cuando ella le escribió una nota para decirle que prefería ir a la ópera a hacer un examen. «A

mí me ocurre lo mismo a menudo», contestó él. William James, autor del revolucionario *Principios de la psicología* (1890), muy leído en Norteamérica y Europa, también por Jung y Freud, consideraba a Gertrude Stein su alumna más brillante. ¿Por qué? Tal vez tuviera algo que ver con el hecho de que, en palabras de la propia Stein, estuviese «tremendamente enfrascada en descubrir qué había en mi interior para ser lo que era».

William James, hermano del novelista Henry James, era divertido, vivaz y frágil. En su juventud lo habían afligido la depresión, la angustia y los pensamientos suicidas. Tuvo que discutir consigo mismo sobre los motivos por los que merecía la pena vivir. Cuando daba clase, a veces se estiraba en el suelo con su traje de tweed marrón para escribir en su pizarra de mano. La conciencia más útil, afirmó en *Principios de la psicología*, se encuentra «en las conciencias personales, en las mentes, en los yo y tú concretos y particulares».

Incluidas las esposas, supongo.

William James también influyó en Jack Kerouac, quien calificaba su propia literatura de «prosa espontánea».

> … la única gente que me interesa es la que está loca; la gente que está loca por vivir, loca por hablar, loca por salvarse, con ganas de todo al mismo tiempo, la gente que nunca bosteza ni habla de lugares comunes, sino que

> arde, arde como fabulosos cohetes amarillos explotando igual que arañas entre las estrellas y entonces se ve estallar una luz azul y todo el mundo suelta un «¡Ahhh!».
>
> *En el camino* (1957)

¿Qué más había en William James para hacerle receptivo a la Gertrude Stein de diecinueve años? ¿Por qué le puso la máxima calificación por no asistir a un examen? Fue él quien le aconsejó que estudiara medicina en la Johns Hopkins. Era el camino, apuntó, para perseverar en su interés por los trastornos nerviosos de las mujeres.

Quizá no se dejara engañar por la chulería juvenil de Stein.

Era huérfana cuando en 1893 llegó al Anexo de Harvard, el centro de enseñanza para mujeres que se convertiría en el Radcliffe College. Había perdido a su madre a los catorce años y a su padre tres después. No es de sorprender que convirtiera en su tema la «existencia» y la «presencia».

Alice James, la hermana de William James, famosa sobre todo por el diario que escribió en sus últimos años, no quería existir ni estar presente. Sentía una angustia aún más acusada que la de su hermano. Había padecido crisis nerviosas extremas que la obligaron a guardar cama. Susan Sontag escribió una obra de teatro sobre ella titulada *Alice en la cama*. Alice había hablado con su padre sobre la ética de quitarse la vida. Él convino en que sufrir lo insoportable no

era forma de vivir. Sí, le dijo, podía quitarse la vida si lo hacía de manera apacible. De algún modo el transgresivo permiso paterno dio a Alice James ganas de vivir. Además, estaba enamorada de una profesora, Katharine Peabody Loring, una de las primeras defensoras de la educación femenina, quien la cuidó y amó hasta el final. Fueron compañeras intelectuales y compañeras en el amor. En 1879, en una carta dirigida a Sarah Sedgwick Darwin, Alice escribió sobre Katharine:

> Ojalá pudieras conocer a Katharine Loring. Es un ser maravilloso. Posee toda la superioridad bruta que diferencia al hombre de la mujer, combinada con todas las virtudes inequívocamente femeninas. No hay nada que no pueda hacer, desde cortar madera y sacar agua de un pozo hasta guiar caballos desbocados y educar a todas las mujeres de Norteamérica.

Katharine había pasado a formar parte de la familia James. Tal vez William, que estaba muy unido a su hermana, comprendiera a Gertrude Stein como no podía entenderla nadie más de la comunidad de académicos y alumnas a la que se incorporó la joven. Stein también deseaba la superioridad bruta. Era una opción mejor que las otras disponibles para las mujeres de su generación: el matrimonio, guardar cama, la cotidiana inferioridad bruta. Pensar era cosa de los hombres. Los sentimientos eran cosa de las mujeres. ¿Qué iba a hacer con sus sentimientos si quería la superioridad bruta? Entretanto, colaboró en un artículo sobre la histeria femenina que analizaba el fenómeno de las mujeres con «doble personalidad».

Todo eso formaba parte de las corrientes de conciencia, descritas por William James como el «movimiento de pensamientos y palabras constantemente igual y constantemente distinto». Gertrude Stein escribiría siempre frases que eran constantemente iguales y constantemente distintas.

Me había zambullido en las corrientes y me aferraba a los bordes.

James invitó a Stein a llevar a cabo un experimento clínico de escritura automática en el laboratorio de Harvard décadas antes de que el movimiento surrealista se interesara por estrategias similares para explorar la mente inconsciente. André Breton, el principal portavoz teórico del movimiento surrealista en Europa, contemplaba la escritura automática como una «verdadera fotografía del pensamiento», mientras que dos décadas antes Stein la consideraba un «exceso de conciencia».

Las corrientes de conciencia, con todos sus excesos, se desbordaban una y otra vez mientras las elecciones de noviembre seguían enconándose en Estados Unidos. Y en un campo junto a las corrientes del siglo XIX se hallaba Walt Whitman, con sus anchos hombros, la camisa abierta, el padre del verso libre, insólitamente moderno en 1855, con una brizna de hierba entre los labios bajo el inmenso cielo norteamericano.

> Esto es lo que debéis hacer: Amad la tierra y el sol y los animales, despreciad las riquezas, dad limosna a todo el que os la pida, levantaos en defensa de los estúpidos y los insensatos, dedicad vuestros ingresos y vuestro trabajo a los demás, odiad a los tiranos, discutid de todo menos de Dios…
>
> *Hojas de hierba*

¿Era esa la única forma de vivir o una forma imposible de vivir o solo la forma en que vivió Walt Whitman?

> Para Whitman no era impropio de la dignidad humana aceptar dinero o ropa interior.
>
> «Visitas a Walt Whitman»,
> *Times Literary Supplement* (1918),
> VIRGINIA WOOLF

El poeta errante laureado de Estados Unidos se aseguró de firmar un ejemplar de *Hojas de hierba* a Peter Doyle, conductor de tranvía, su amante más querido. Tal vez el gato de Eva estuviera nadando por una de las corrientes de conciencia que fluían cerca del campo donde Walt Whitman se había tumbado a soñar con Peter. Sí, Bob, con sus ojos dorados muy abiertos, flotaba en las corrientes que atravesaban el siglo XIX dejando atrás flores fragantes de «lo bello es siempre raro» de Charles Baudelaire, movimientos vanguardistas y momentos del siglo XX, para llegar maltrecho y empapado al ocaso del nuestro.

11

El siglo XXI andaba por la veintena. Siempre una época turbulenta. Nosotras éramos las afortunadas. No estábamos bajo los escombros. Estábamos absortas en nuestras pantallas, escroleando, escroleando, escroleando por las diversas guerras del vigésimo cuarto año del siglo XXI. Entremedias de la escritura del ensayo sobre Gertrude Stein y la lectura de noticias en el móvil, fui al mercado a comprar dulces y crujientes manzanas de Normandía. De vez en cuando pensaba en Gertrude Stein cuando frisaba en los sesenta. Sentada en el jardín de su casa de campo con su perrito descansando sobre la nuca de ella. Alice B. se despertaría a las seis de la mañana con el propósito de ir a recoger fresas para su desayuno. Costaba adivinar la edad de Gertrude Stein porque su literatura era muy atrevida.

12

—Madre mía, estamos todos apañados —dijo Fanny cuando el resultado de las elecciones estadounidenses llegó a nuestras pantallas en París.

—Me voy a gritarle al Sena.

Fanny tenía a Lucia para que la distrajera, Eva estaba enfrascada en los dibujos de su novela gráfica y yo estaba sola en el embotamiento que me causaba Gertrude Stein.

> Preciosa becada, dulce curva, vapor excelente y mantequilla delgada, todas las astillas y el tronco, toda la oscuridad venenosa y creciente que nos hemos bebido, la alegría que hemos sentido por un éxito endeble, la gozosa ternura, la sección entera y el té, toda la simetría más firme.
>
> *Botones blandos*

¿Qué nos había contado Fanny sobre el pequeño lunar negro que tenía en la cara interna del muslo izquierdo?

Nos contó que siempre lo había considerado una imperfección. Sin embargo, a Lucia le gustaba besarlo, lo que, según Fanny, era como si le «acariciara un helecho en el crepúsculo». Así hablaba ella de

Lucia. Nuestro deber era escuchar y asentir con la cabeza como si fuésemos sus alumnas tomando apuntes en la Sorbona. Fanny era la única de nosotras que aseguraba haber tenido una infancia feliz. Me contaba a menudo que le gustaba volver a su pueblo, a una hora en coche de Aviñón, para jugar a la petanca con su padre y sus amigos. Una buena manera de enterarse de los chismes del lugar. Eran jugadores legendarios, decía ella, y su madre era enfermera, ya jubilada, y yo la admiraría porque nadaba en el río todos los días. A su madre le gustaba la lluvia porque presagiaba mayor profundidad para nadar en los meses de verano.

Parecía que el invierno hubiera llegado a París. Quedé con Eva para pasear. Pensé que precisamente ese día querría hablar de Hamish y Seattle, de los planes de él, de los de ella, de qué opinaba su marido de todo aquello. ¿Por «todo aquello» entendía el fascismo o el autoritarismo o algo similar?

Nadie se atrevía a desenterrar del siglo XX la vieja y viscosa palabra «fascismo» para pegarla en el XXI, ni a decir cosas como «nunca más» ni a exclamar con respecto a los funcionarios y ejércitos que participaban en la limpieza étnica: «No entiendo cómo los seres humanos pueden obedecer ese tipo de órdenes». Nadie quería desenterrar todo aquello, desenterrar el siglo XX y encontrar a Hannah Arendt en 1947, con polvo en los hombros de su americana, un paquete de cigarrillos en el bolsillo, hablándoles con calma de la banalidad del mal en el siglo en el que ella vivió. Hablándonos. En nuestro siglo. Todo eso formaba parte de las corrientes de conciencia que fluían bajo el césped recortado y bien cuidado de los

campos de golf con hombres que blandían sus palos en el siglo XXI. Gertrude Stein vivió parte de eso.

¿De qué?

Del colonialismo. Del fascismo. Del comunismo. De la alienación. De la desorientación. De la fragmentación. De la disrupción. Del fauvismo. Del impresionismo. Del cubismo. Del futurismo. Del dadaísmo. Del surrealismo. Del modernismo.

El arte que Stein coleccionó estaba hecho con algunos de esos ismos e iones.

En lugar de desenterrar el tema de Hamish y Seattle, Eva me contó que Fanny le había comprado un bulldog a Lucia. Un carlino. Al parecer al perro no le gustaba la luz de la luna y prefería pasear en noches de cielo encapotado. Además, solo dormía al lado del caballito balancín de cuando Lucia era pequeña, y se negaba a beber agua. Fanny se preguntaba si no sería un histérico al que en 1880 habrían mandado al profesor Charcot, neurólogo conocido como el Napoleón de la Neurosis, en el hospital de la Salpêtrière.

—No te lo contamos porque sabemos que estás muy ocupada con el ensayo sobre Gertrude Stein y tienes cosas más importantes en que pensar.

Eva, que era hipersensible, adivinó que me sentía excluida de la noticia. ¿Era el nuevo carlino menos importante que mi ensayo sobre Gertrude Stein? Quizá fuera una pregunta para Bob, que había estado flotando a la deriva por las corrientes. ¿Por qué un bulldog?

Al parecer, a los de la raza francesa les gustaba vivir en pisos y no necesitaban hacer mucho ejercicio. Eran perros juguetones, cariñosos, y por la noche a Lucia la acosaban pensamientos obsesivos cuando estaba sola en la oscuridad. Si no la dejaban dormir sus pensamientos (una crecida del Sena, un dolor nuevo por debajo de las costillas, los hombres poderosos inestables, los incendios forestales, que rechazaran su tarjeta bancaria en un supermercado, llamar a la cuidadora de su anciano padre y que nadie cogiera el teléfono, la costumbre de su jefa de hundirse los dedos en el ojo cada vez que se enfadaba —quizá una especie de masoquismo indujera a su jefa a hacerse daño—, siempre en el izquierdo, lo que llevaba a Lucia a temer que el mundo estuviese lleno de gente con anhelos de castigo y el deseo secreto de que el mundo se acabara antes de que ella hubiese terminado la conclusión de su tesis doctoral, lo que tal vez la ayudara a conseguir un trabajo en el que disfrutara en lugar de sufrir, aunque desde que había conocido a Fanny padecía de vértigo y confusión y perdía el hilo de su tesis y ya no creía que estuviese aportando nada nuevo a su materia, lo cual significaba que tendría que reescribir la conclusión y escarbar en la materia en busca de algo nuevo mientras bregaba para pagar las facturas), cuando todo eso la hacía entrar en pánico, podía leer su manual *Cómo vivir con un perro.* ¿Aconsejaba qué hacer ante la negativa del carlino a beber agua? Sí. Eva me contó que por el día le ponían agua de coco en el cuenco y por la noche le daban caldo de pollo. Entretanto, no podíamos resistirnos a escrolear noticias en el móvil para enterarnos de lo que sucedía en Estados Unidos, donde nació Gertrude Stein. Los dedos de Eva también se demoraban en algunos dibujos que había hecho esa tarde y cargado

en el teléfono. Su novela gráfica había dado un viraje hacia el tema de cómo vivir sin gato. No había nada acerca de cómo vivir sin marido. Yo había pensado que Eva ponía fruta a madurar en el alféizar de la ventana a fin de tener algo que esperar con ilusión en el futuro, pero al echar una ojeada a su teléfono vi que había pintado el caqui. Encaramado precariamente en el alféizar, tenía un aire muy suicida. Eva había compuesto una vista aérea de la fruta y los cinco pisos que había por debajo. ¿Era el caqui un sustituto de su gato, o había proyectado aspectos de sí misma en el caqui, o se trataba tan solo de un bodegón?

Nos detuvimos en el pont Saint-Louis mientras se ponía el sol. Un barco turístico con diminutas bombillas doradas enroscadas en las barandas avanzaba lentamente por las aguas del Sena. Alguien tocaba la trompeta bajo el puente. El barco pararía en Notre Dame, Hôtel de Ville, Louvre, Saint-Germain-des-Prés, Musée d'Orsay, place de la Concorde, Invalides, torre Eiffel. Quizá unos cuantos de los turistas que desembarcaran en Saint-Germain-des-Prés buscasen los fantasmas de Juliette Gréco y Serge Gainsbourg, que habían vivido cerca de allí. ¿Qué sabían de esos dos glamurosos cantantes-poetas? ¿Qué sabía yo?

En 1943 la Gestapo detuvo a la madre de Juliette Gréco (que se había unido a la Resistencia) y a la hermana de Juliette, Charlotte, y las deportó al campo de concentración de Ravensbrück. Lograron sobrevivir y fueron liberadas en 1945. Juliette Gréco quedó marcada el resto de su vida por su propia detención y puesta en libertad por la Gestapo (tenía dieciséis años) y por el sufrimiento de su hermana

y su madre. Jean-Paul Sartre le escribió algunas canciones. Creía que Gréco tenía «en la garganta millones de poemas». A Serge Gainsbourg lo obligaron a llevar en la adolescencia la estrella amarilla que los nazis y el gobierno de Vichy imponían a los judíos. ¿Quién de su familia se la cosería en la chaqueta? ¿O se la cosió el mismo? ¿Dónde está la aguja, dónde el hilo?

Eso es lo bueno de ser turista: podemos atravesar la historia en un barco iluminado con bombillitas doradas.

A veces me gustaba escuchar «Je t'aime… Moi non plus» cuando Gertrude Stein me ponía de los nervios. De hecho, le dije a Eva que aquellas dos frases juntas de Serge Gainsbourg, «Te quiero… Yo tampoco», eran mejor que cualquier cosa que hubiera escrito Gertrude Stein.

—Ahora sí que me dejas de piedra —dijo Eva mientras devolvía el saludo a los turistas del barco.

Las dos nos reímos y al poco todos los turistas nos saludaban con la mano. Seguramente «Je t'aime… Moi non plus» se había prohibido en todos sus países, incluido Estados Unidos, donde fue subiendo en las listas de éxitos pero no pasó del número 69.

En París vivían muchos estadounidenses. Algunos eran amigos nuestros. Tras las elecciones hablaban sobre todo de Suiza y la limonada. Gertrude Stein era republicana y libertaria; ¿qué habría pensado de todo eso?

> A fin de cuentas, lo único que interesa a todo el mundo, es decir, a todo el mundo que escribe, es vivir dentro de sí mismo para contar lo que hay dentro

de sí mismo. Esa es la razón por la que los escritores tienen que tener dos países, el país del que son y el país en el que realmente viven.

París Francia (1940),
GERTRUDE STEIN

De repente Eva me quitó el gorro de pieles e hizo como que se lo lanzaba a los turistas que nos saludaban desde el barco del Sena. «Estoy convencida de que Gertrude habría aprobado los exámenes de medicina si no hubiera heredado el dinero de su familia». Si los turistas del barco hubieran visto los ojos azules de Eva, habrían exclamado Ahhh.

13

En 1903 Gertrude Stein inició su nueva vida en Europa con toda una formación médica aunque sin su título. Había suspendido cuatro de los nueve exámenes finales en la Johns Hopkins cuando llegó a París, donde ya vivía su hermano. En las fotografías se la ve triste, cansada, más derrotada a los veintinueve años de lo que nunca se la vería en el futuro. Al parecer daba consejos a sus amistades sobre la pulmonía y la alimentación de los bebés. Había estado muy cerca de ser médica. Posiblemente solo pensase en neuroembriología mientras paseaba por los Jardines de Luxemburgo fijándose en las palomas que se pavoneaban por la hierba, donde los humanos tenían prohibido caminar, sentarse u holgazanear. Cuando escribió el libreto de una ópera que se trasladaría a Estados Unidos, a Broadway, en el texto menudeaban las palomas de París. Su innovador compositor fue Virgil Thompson, quien, cuando estudiaba en Harvard, se sintió cautivado por las composiciones para piano de Eric Satie.

> Palomas en la hierba ay qué pena.
> Palomas en la hierba ay qué pena.
> Hierba corta más larga corta más larga más larga hierba amarilla más corta. Palomas grandes palomas en la hierba amarilla más corta más larga ay qué pena palomas en la hierba.

Cuatro santos en tres actos (1927)

Stein se fue a vivir con su hermano Leo, que era mayor que ella y tenía alquilado un apartamento en Montparnasse, en el número 27 de la rue de Fleurus. ¿Por qué su hermana pequeña, la más brillante, había suspendido cuatro de los nueve exámenes finales? Lo que ella dijo fue que los estudios la aburrían sin remedio. Debió de ser un alivio quitarse la ropa ceñida que se ponía como estudiante de medicina y vestir al modo de un monje con anchas túnicas marrones y sandalias griegas. El hermano de Isadora Duncan había diseñado las sandalias.

Me parece oír los pensamientos de Gertrude Stein sobre cómo componerse. Era enorme cuando se suponía que las mujeres debían ser pequeñitas, una intelectual cuando se suponía que las mujeres debían ser hogareñas, queer cuando se suponía que debía ser heterosexual. Tal vez tuviera más pinta de cardenal que de monje. Era de agradecer que su corsé flotara ahora en una de las corrientes de conciencia. Quizá un cisne decimonónico hubiera construido con él su nido. El gran modisto Pierre Balmain acudiría al rescate y le confeccionaría algunos trajes, abrigos y una gorra de terciopelo marrón.

A veces la imagino recorriendo París calzada con sandalias, tres años después de la solitaria muerte de Oscar Wilde en lo que entonces era el Hôtel d'Alsace, en la Rive Gauche. Stein había descubierto en la Facultad de Medicina el deseo sexual no correspondido por otra

alumna. Enamorarse y verse luego rechazada le había arrebatado la luz de sus días. Sin duda sabía del brutal castigo que se había infligido a Wilde por su homosexualidad. En Inglaterra, E. M. Forster era consciente de la destrucción de Wilde, de su estremecedora y solitaria muerte sin sentido en el exilio. Leo brindaría a su hermana soltera cierta protección social ante ese tipo de ambiente. Sarah Stein, cuñada de ambos, había enviado a Gertrude, cuando aún estudiaba, una carta en la que insistía en que el camino hacia la felicidad era el matrimonio y los hijos.

Tal vez Leo fuera inconstante, astuto, neurótico e hipercrítico, pero Gertrude le quería mucho. De toda la familia, siempre había sido la más unida a él. Sentían una fascinación intelectual mutua. Era tan delgado como grandullona era ella y tenía problemas gástricos. Si Leo estaba siempre a dieta, Gertrude estaba siempre dándose un festín. Quizá deberían haberlo mandado al profesor Charcot junto con el carlino selenofóbico de Fanny y Lucia. No acabó los estudios. Era dos años mayor que Gertrude y había ido a las universidades de Berkeley, Johns Hopkins y Harvard, que abandonó en 1895 para dar la vuelta al mundo en velero. ¿No es lo que hacen los hombres ricos? Tras coquetear con la biología, la filosofía, la literatura, la psicología y la historia del arte, ahora quería ser artista. Intentaba escribir y le interesaban diversas teorías de la percepción visual, aunque no publicaría su *Abecé de estética* hasta décadas más tarde. Para su espanto, era su hermanita la que se pasaba las noches escribiendo sentada a su mesa. Ahí la tenemos. Pluma. Tinta. La luz

de una lámpara de gas. No para de escribir. A Leo Stein no se le ocurrió pintar el retrato de su hermana.

Eso quedaría a cargo de Picasso.

Cuando empezaron a comprar arte juntos, él sabía del tema mucho más que ella. Primero fueron obras de Toulouse-Lautrec, Gauguin, Renoir, Degas; luego adquirieron piezas de arte moderno «proscrito» cuando eran baratas. Cézanne, Matisse, Picasso, Braque, Gris.

A Leo y Gertrude les sorprendieron las concepciones radicales de esos artistas en la época en que eran desconocidos y vendían a buen precio. Pinturas que llegarían a ser valiosísimas ocupaban cada centímetro de las paredes del apartamento de los dos hermanos, del suelo al techo. Los sábados por la noche, abrían su puerta a escritores y bailarines, a poetas y artistas vanguardistas, curiosos por ver ese nuevo arte perturbador y escuchar a Leo hablar de él. En aquel tiempo no tenían electricidad en el número 27 de la rue de Fleurus. ¿Cómo alumbraban el arte que iluminaría el siglo XX? Con lámparas de gas. Con una lámpara de aceite. Encendiendo una cerilla. Ser joven y vivir el momento en que emergía ese nuevo lenguaje visual (Cézanne, Matisse, Picasso) debió de pulverizar el sentimiento de fracaso de Gertrude por no haber superado los exámenes de medicina. Escuchaba con atención a Leo y escribía a todas horas, iluminada por la creencia de que estaba metida en algo importante y nuevo. Aprendía de Paul Cézanne, y más tarde del cubismo (Picasso y Braque), que la composición es la explicación, algo que de todas maneras ya sabe la mayoría de los escritores.

Stein llegó a la literatura desde una formación médica y sabía más de tuberculosis que de la ardua tarea de la composición.

Gertrude Stein y Picasso se conocieron cuando ella tenía treinta y un años y él veinticuatro. Gertrude describe la primera vez que Picasso fue a cenar con ella y Leo en la *Autobiografía de Alice B. Toklas*, el libro que iluminó su nombre en Times Square, Nueva York, con un letrero donde se leía GERTRUDE STEIN HA LLEGADO. Stein y Toklas conocerían a Charlie Chaplin y a Josephine Baker y lograrían de algún modo encontrar un hueco en su agenda para F. Scott Fitzgerald.

Pero primero tenía que llegar Picasso.

> Era delgado, moreno, enérgico, con grandes ojos líquidos y modales bruscos pero no groseros. Estaba sentado al lado de Gertrude Stein durante la cena y ella cogió un pedazo de pan. Este pan, dijo Picasso arrancándoselo bruscamente de la mano, es mío. Ella se echó a reír y él se quedó avergonzado. Así comenzó su estrecha amistad.
>
> *Autobiografía de Alice B. Toklas*

Gertrude Stein era el genio residente y no el ángel de la casa. Picasso pintó su retrato en 1906, principalmente porque sentía envidia del que Matisse había pintado de su esposa, Amélie Matisse, *Mujer con sombrero*. Las tardes de invierno Gertrude Stein cruzaría

París en el ómnibus tirado por caballos y subiría por la colina hasta el estudio de Picasso en Montmartre, una antigua fábrica de pianos con un inodoro compartido por muchos artistas. ¿Tuvo Gertrude que subirse sus túnicas monacales y acuclillarse sobre un agujero? No poseía una sensibilidad burguesa aunque gozaba de una vida acomodada. Cuando aprendiera a conducir llevaría una mano en el volante y un muslo de pollo asado en la otra. Stein posó unas ochenta veces para Picasso. En sus largas caminatas hasta casa, en la rue de Fleurus, con sus sandalias griegas, ¿se alegraba de no haberse convertido en médica?

Estaba convirtiéndose en alguien.
Iba a escribir sobre Picasso.
Estaba inventando un lenguaje.
Discurriría algunas reglas gramaticales.
Fuera los signos de interrogación. Fuera las comas.
No tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Simplemente lo hacía. Todo arte tiene que empezar así.

Mientras posaba para Picasso, Gertrude reflexionaba sobre las nouvelles que estaba escribiendo en aquel entonces, *Tres vidas.* También estaba escribiendo una novela, *Ser norteamericanos*, en apariencia sobre una ficticia familia estadounidense de clase media que se parecía a su familia inmigrante de clase media. Siguió escribiendo hasta que por fin, en 1911, la terminó. Quería contar la historia de «la evolución de una familia», cómo la ira el miedo la

angustia la agresividad pasan de una generación a otra de una familia y se repiten en todos los seres humanos que han vivido a lo largo de los siglos. Se trataba de una idea audaz, aunque Sigmund Freud también la tuvo. Stein, la autora, se mete en el libro como una presencia que escribe y cuenta a sus lectores que está garabateando en papel pautado en su ilimitada investigación de lo que denominó «carácter más profundo».

Escribir era la forma que tenía Stein de eludirlo todo. Me parece que la repetición era su manera de acercarse a su investigación pero sin llegar nunca allí. A fin de cuentas, ¿qué podía encontrar? Encontrar «allí». No estoy segura de que el «carácter más profundo» le interesara tanto como ella pensaba. ¿Resulta emocionante poner obstáculos en el camino de la comprensión? Creo que sí. Yo misma lo hago a menudo. Poner obstáculos en el camino. Aun así, la mente humana no está programada para ser implacablemente transparente o implacablemente opaca. Gertrude Stein, hija de inmigrantes, estaba convencida de haber llegado a un territorio literario desconocido. Cuando más tarde escribiera sobre Picasso, retomaría muchos de sus propios pensamientos de *Ser norteamericanos.*

> Las personas no cambian realmente de una generación a otra; tal como demuestra la historia, las personas siguen siendo casi iguales que antes, han tenido las mismas necesidades, los mismos deseos, las mismas virtudes y las mismas cualidades, e iguales defectos; nada cambia de una generación a otra, salvo las cosas que se ven, y son las cosas que se ven lo que hace a esa generación…

Picasso (1938),
GERTRUDE STEIN

Picasso estaba pintando el retrato de Gertrude Stein, pero era incapaz de pintar la cabeza. Tal vez ella estuviera transmitiendo al pincel frases con forma Stein. Una frase con forma Stein es algo muy hecho a medida. No me extraña que Picasso tuviera que huir a España para recuperarse. Cuando regresó a París, no pidió a Stein que fuera a posar para él, sino que acabó la cabeza en ausencia de la escritora. Semejaba una máscara con ojos de párpados alargados. Había llegado al «carácter más profundo» de Stein y descubierto que estaba enmascarado. Sospecho que no sabía pintar el rostro de mujeres que no sintieran una atracción sexual por él ni se sometieran a su sadismo de algún otro modo. Stein es quien manda, con su postura, sus manos, su mirada, es un sujeto femenino pensante en ese retrato. No una máquina de sufrir. No una diosa, no un felpudo. Si Picasso veía así a las mujeres, Stein era más bien como una máquina de comer melones blancos y estofado de liebre con grosellas.

> Mi retrato me gustó y me sigue gustando; para mí, soy yo, y es la única reproducción de mí en la que siempre soy yo.

Picasso,
GERTRUDE STEIN

Once años son muchos para vivir con un hermano o una hermana. Para vivir con cualquier miembro de la familia. E. M. Forster, que vivió buena parte de su existencia con su madre en un elegante pueblo de Surrey, explicó que «subía a lo alto de las colinas y miraba anhelante hacia el industrialismo y Londres».

El industrialismo flota asimismo en las corrientes de conciencia que desembocarán en el modernismo y los modernismos.

Hube de recordarme que para coleccionar arte tienes que ver algo nuevo, algo que no se ha visto antes. Sobre todo tienes que saber defenderlo, hablar de él y, tal como insistía Stein, amar algo que las personas de tu generación quizá encuentren feo. Al principio Stein no tenía ni idea de cómo hablar de ello. ¿De qué? Del arte. Su formación en la incipiente psicología con William James le había proporcionado algunas herramientas para percibir y entender ese lenguaje emergente, pero ignoraba cómo aplicarlo en su literatura. Estaba intentando averiguarlo. Quizá jamás lo averiguara. Había recorrido un largo camino desde el siglo XIX. Recorrer un largo camino desde el realismo de cualquier siglo es un viaje peligroso. Las calles estarán atestadas de gente que se burla de lo nuevo y lo extraño; personas cultas, incultas, da igual: serán individuos rectos e iracundos en defensa de la causa del realismo en todos los siglos.

Stein escuchó a su hermano hasta que aprendió a trabajar con aquel nuevo lenguaje visual; se había aproximado a él a través de su propia literatura, se había aproximado al objetivo de ese lenguaje y

a su importancia. No se trataba solo de tener piezas de arte y exponerlas, sino de tener una manera radical de verlo. De tener lo que Virginia Woolf describió como un cambio en la forma de percibir el carácter humano. Su composición. Cómo se construía. O, en palabras de Stein, «cómo se veían las cosas».

Cuando Leo y Gertrude abrieron su salón en Montparnasse, en el número 27 de la rue de Fleurus, habría sido buena idea que invitaran a Matisse para hablar de Cézanne, en vez de que lo hiciera Leo. En la época en que pasaba hambre y penalidades, Matisse había comprado un cuadro de Cézanne, *Tres bañistas*, composición que le infundió valor durante treinta y siete años. Pagó a plazos la obra a fin de poder dar de comer a su familia y caldear su estudio.

En 1910 el crítico de arte inglés Roger Fry organizó en las Grafton Galleries de Londres una polémica exposición titulada «Manet y el postimpresionismo». Incluía obras de Cézanne, Gauguin, Manet, Matisse, Picasso y Van Gogh. Indignó a parte del público británico, que lamentaba que la muestra fuera «la producción de un manicomio».

Sin embargo, los Stein habían llegado antes. Gertrude y Leo habían comprado la *Femme au chapeau* de Matisse después del escándalo que desató en el Salon d'Automne de 1905. La gente había intentado rascar la pintura del lienzo con el pulgar. Alguien había escrito en la entrada de la exposición: «Galería de locos

peligrosos. Entren por su cuenta y riesgo». Tal vez esa persona estuviera tan cuerda que estaba un poco trastornada.

El fotógrafo estadounidense Alfred Stieglitz describe que, cuando fue con Edward Steichen a ver los cuadros colgados en el atelier del número 27 de la rue de Fleurus, Stein, una mujer cuyo nombre no oyó, permaneció reclinada a oscuras en una chaise longue y no pronunció palabra mientras su hermano hablaba en «un inglés precioso» durante noventa minutos.

> «Me encontré en una sala inmensa. Las paredes estaban cubiertas de cuadros desde el suelo hasta casi el techo […]. Libros y papeles cubrían una mesa larga, muy larga, a la que estaba sentado un hombre calvo con gafas y bigote. Vi que en otro lugar de la estancia había una mujer, oscura y voluminosa.
>
> »Steichen me presentó al hombre, Leo Stein, y a la mujer, cuyo nombre no oí. No había nadie más».
>
> *Alfred Stieglitz: Introduction to an American Seer*
> (1960),
> DOROTHY NORMAN

Leo, Edward, Alfred.

Alfred Stieglitz no se dio cuenta de que la mujer anónima sentada en las sombras era Gertrude Stein hasta que en 1912 le publicó en su revista, *Camera Work*, los retratos verbales, o lo que ella denominaba «pinturas verbales», de Picasso y Matisse.

Gertrude estaba convirtiéndose en alguien.

Estaba perdiéndolo.

Tenía que perderlo.

¿El qué?

Ser anónima. Estar en las sombras.

Nadie le había preguntado qué escribía o ni siquiera sabía que escribía, nadie le había preguntado qué pensaba, ni le interesaba siquiera lo que pensaba. Era la silenciosa hermana de Leo.

Treinta años después, en 1934, en la gira de promoción por Estados Unidos del libro *Autobiografía de Alice B. Toklas*, cuando su editor de la norteamericana Random House, Bennett Cerf, la entrevistó en un programa de radio en directo, empezó diciendo: «Estoy muy orgulloso de ser su editor, señorita Stein, pero, como siempre he dicho, "No entiendo gran cosa de lo que escribe"».

Ella respondió con prontitud: «Bueno, y yo siempre he dicho, Bennett, que eres muy buen chico, aunque un poquito corto de luces». Era una muestra de chulería teniendo en cuenta que Gertrude necesitaba a Bennett más que él a ella. El editor se lo tomó con filosofía: «Y créanme, no volví a bromear con Gertrude en lo que restó de entrevista. Yo estuve muy respetuoso. Ella era excelente, especialmente cuando comenzó a explicarse» (*Llamémosla Random House* [1977], Bennett Cerf).

Gertrude lo había perdido.

¿El qué?

Verse menospreciada.

La tentación de restarle importancia con una sonrisa.

Yo tampoco la entiendo.

Estoy deseando volver al carlino de Fanny y a los melancólicos ojos de Eva, Ayyy, y a las manzanas de Normandía en el mercado de los martes.

Stein tampoco se dejó intimidar por Ezra Pound. Cuando él la llamó «bola de sebo», ella lo describió como «un comentarista de pueblos, excelente si eras un pueblo, pero no de lo contrario». Quizá le recordase a Leo. A Stein le dolía que Pound no le hubiera publicado ningún texto pese a ser tan admirador de los modernistas de su tiempo: James Joyce, William Butler Yeats, Robert Frost, William Carlos Williams, Ernest Hemingway, Ford Madox Ford y Marianne Moore.

Tal vez lo único que Pound y Stein tenían en común era que él apoyó a Mussolini y ella, libertaria republicana, traduciría al inglés algunos discursos de Pétain durante la Segunda Guerra Mundial. Nadie sabe si Stein intentaba salvar la vida en 1941 o si creía en los valores de Pétain. Está tan claro como el barro. Cuando en 1938 Freud se vio obligado a abandonar Viena, se le exigió que firmase un documento en el que afirmaba que los nazis no lo trataban mal. Desenroscó la parte superior de la estilográfica y escribió: «Recomiendo encarecidamente la Gestapo a todo el mundo».

De algún modo eso es claro.

Todo eso formaba parte de las corrientes de conciencia desbordadas y todas ellas se entremezclarían y fluirían y desembocarían en el modernismo y los modernismos y nadie sabe dónde empieza ni dónde acaba.

14

Fanny opina que deberíamos convencer a Eva para emprender una búsqueda nocturna de lo, que ahora era Bob. Podíamos transformar una situación triste en una noche agradable, coger linternas, cervezas, pasear por unas cuantas calles del barrio. Nos internaríamos despacio en la noche otoñal y tal vez sin los ruidos diurnos penetráramos en el escondrijo secreto de Bob. También dijo que, desde la desaparición de Bob, Eva y su marido habían dejado de hablar por FaceTime. Y una cosa más, añadió Fanny, una de nosotras tendrá que llevar uno de esos trastos donde se mete a los animales para llevarlos al veterinario. Eva se horrorizó cuando le propusimos la idea. «Jamás lo he metido en una jaula. Lo cogeré en brazos bajo mi abrigo y lo tranquilizaré». Ahhh. Pero el amor en forma de Bob, que antes era lo, ya se le había escapado. ¿Y quién sabía de Hamish? ¿Quería Eva cogerlo en brazos y tranquilizarlo? ¿Y qué había de Eva? ¿Quién la cogía en brazos y la tranquilizaba? En realidad Eva sí tenía uno de esos trastos, lo habíamos visto en el armario de debajo del fregadero. Dos días antes, en el Marais, en el marché des Enfants Rouges, el mercado de abastos cubierto más antiguo de París, un gatito atigrado gris se había colado bajo las mesas del local marroquí donde Eva y yo habíamos decidido almorzar. Eva lo cogió y le dio de comer pedacitos de pollo. El mercado se llamaba así por los niños vestidos de rojo del orfanato

que había habido al lado, fundado en el siglo XVI. El rojo simbolizaba la caridad cristiana y rojo era el pintalabios de Eva. Me contó que su novela gráfica trataba de su familia, y que por eso le interesaba *Ser norteamericanos* de Gertrude Stein. Por ese motivo siempre lo llevaba consigo en su Kindle, así que leímos juntas unas cuantas páginas mientras el gatito dormía en su regazo.

> Había un hombre que siempre escribía a su hija que no hiciera ese tipo de cosas [cosas malas] y en cada carta que le escribía se lo repetía. Le decía que él era su padre y que siguiera sus consejos, se lo decía siempre que le escribía, en todas las cartas que escribía a su hija le decía que no hiciera nada que pudiera deshonrarla. Se lo decía en todas las cartas repetidamente. Este padre escribía a su hija con mucha frecuencia y en todas las cartas le decía que no hiciera nada que pudiera deshonrarla. Y entonces, en cierta ocasión la hija le respondió que no tenía ningún derecho a darle consejos en todas las cartas que le escribía porque previamente él ya la había enseñado, le había mostrado y la había iniciado en las cosas que podían deshonrarla diciéndole que de ese modo cuando fuera mayor podría cuidar de sí misma y no le sucedería lo que a las demás chicas, aquellas a quienes nadie había enseñado cuáles eran las cosas malas. La hija escribió todo esto en una carta a su padre, y cuando este la recibió se quedó paralítico, la carta le supuso una grave conmoción y desde entonces constantemente repetía que su hija quería matarlo. La hija, pues, había escrito eso en una carta y cuando su padre la recibió estaba sentado cerca de la chimenea y tiró la carta al fuego y su mujer le preguntó qué le sucedía y él dijo: «Es Ethel que me quiere matar»; «¿Cómo? ¿Es que nos ha deshonrado?», exclamó la madre; «No, me quiere matar», añadió el padre y no volvió a hablar del asunto ni a escribir a su hija.
>
> *Ser norteamericanos* (1925),
> GERTRUDE STEIN

—No sé qué pensar de eso —dijo Eva—. ¿Por qué no hablamos de Suiza y la limonada?

—El caso es que encontraba «deprimentes» a los padres —dije—, con lo cual creo que se refería al patriarcado en general y en particular a su padre, un hombre tiránico y voluble, y muy deprimente.

Era una tarde fría. Eva se quitó la chaqueta de punto y cubrió con ella al gatito.

—Además —aventuré, como si añadiera un condimento a una conversación desenfadada—, Stein desafía la coherencia en esas páginas. A veces pienso que lo más desconcertante de sus textos es el lenguaje que encontró para el dolor.

—Personalmente pienso que has perdido los papeles —me interrumpió Eva—. Es obvio que *Ser norteamericanos: Historia de la evolución de una familia* es su mejor obra, la primera etapa épica del modernismo en la pluma de una escritora. Pero me doy cuenta de que te resulta tan exasperante que te centras en *Botones blandos*.

A veces pienso que a Eva le interesa Gertrude Stein más que a mí.

Alguien se puso a gritarnos. Era el dueño del local de cuscús. Se dirigió a paso rápido hacia nuestra mesa. Eva le dijo en broma que el gatito atigrado, que era del hombre, ya no estaba con nosotras, y entonces él tiró de la chaqueta de punto bajo la cual dormía el animalillo y lo cogió.

A Fanny lo único que le interesa de Gertrude Stein es que el padre de la escritora amasó su fortuna invirtiendo en los tranvías de San Francisco. «Estás desperdiciando tu vida al escribir sobre ella —me dijo—. ¿Te apetece pasar unos días en el sur de Francia?».

15

Tomamos el tren a Aviñón en la gare de Lyon. Fanny alquiló un vehículo y nos alojamos en una magnífica villa de piedra en lo alto del valle, a una hora en coche de la estación. De todas las chimeneas salían columnas de humo. Hacía frío y todo el mundo tenía la lumbre encendida. El propietario de la casa era cliente de Fanny. Vivía la mayor parte del tiempo en Estados Unidos y solo pasaba el mes de agosto allí con su familia. En los bosques circundantes crecían muchos robles, lo cual significaba que las trufas se daban bien en esa región de suelos calcáreos. A Fanny le atraía la idea de escarbar la tierra en busca de diamantes negros, como se llamaba a las trufas, pero el vecino ya nos había dejado dos en la mesa, junto con un Brillat-Savarin —un queso hecho principalmente con crema— en su punto de maduración.

No se nos había ocurrido llevar provisiones para esa escapada. Fanny cortó el Brillat-Savarin en dos y colocó rodajas de trufa entre las mitades. Fue nuestro almuerzo, que tomamos en la terraza, tiritando bajo el abrigo. Por suerte yo llevaba mi gorro de pieles.

—Si vuelves en verano, verás que el jazmín trepa por los muros, la lavanda cautivará nuestros ojos y podremos nadar en el río de mi madre.

Fanny me contó que sus padres vivían a unos ocho kilómetros del valle, pero había decidido no visitarlos. Cuando se lo expliqué a Eva

por teléfono (escondida en uno de los tres cuartos de baño), me dijo:

—Sí, Fanny te ha contado esa trola sobre jugar a la petanca con su padre. La verdad es que no se llevan bien y que él la echó de casa cuando ella tenía dieciséis años.

Eva sabe mucho más sobre Fanny que yo porque hablan en francés entre ellas. Mi desconocimiento de la lengua me ha dejado fuera. La puerta no está exactamente cerrada, sino entornada, quizá entreabierta con una cadena como la de Eva cuando el gato vivía con ella. En realidad sé unas cuantas cosas básicas sobre mis nuevas amigas. Fanny acaba de cumplir los cuarenta, vive sola, tiene muchas amantes y comparte un carlino. A Eva le gusta pasear por la ciudad de París durante el día y prefiere pintar por la noche. ¿Y qué hay del carlino? ¿Ya tiene nombre?

Alguien había colgado un farolillo de papel en un peral.

Fanny llevaba un pañuelo de seda blanca en la cabeza y gafas oscuras (ni asomo de sol) mientras hundía sus uñas acrílicas enjoyadas en las tomateras de su cliente, «para darles espacio», y escuchaba «Formidable» de Stromae, nuestra canción favorita entonces, cuyo lamento sobre el hecho de que ayer fuera mejor que hoy posiblemente alcanzara a las trufas ocultas en sus escondrijos secretos cerca de los robles.

En la alacena de la cocina había veinte cajas de galletas saladas estadounidenses, cinco botes de sirope para tortitas y otros tres de salsa picante de Nashville. Tal vez el cliente de Fanny y su familia añorasen Estados Unidos durante un mes. Cuando Alice B. llegó a Francia, le preparaba a Gertrude «los platos sencillos que había probado en mis casas del valle de San Joaquín, en California: pollo fricasé, pan de maíz, pastel de manzanas y limón». Es probable que también ellas sintieran nostalgia. No estoy segura de que incluyera la receta de esos platos en *El libro de cocina de Alice B. Toklas*, pero saboreó el esplendor de la omelette Aurore, que la escritora y aristócrata George Sand envió a Victor Hugo. Llevaba ocho huevos, nata espesa, fruta escarchada, marrón glacé, cerezas, crema frangipane y mucha mantequilla fundida.

Alice B. lo había perdido.
¿El qué?
El trabajo pesado y monótono.
Ocuparse de la casa para su padre, su abuelo y su hermano.

Tenía veinte años y estaba soltera cuando falleció su madre. En el hogar familiar quedó una vacante para una vida de servidumbre. A Alice B. se le exigió que la cubriera, que dirigiera a los sirvientes y criara a su hermano, de diez años. Era una joven culta y audaz, pero estaba soltera. Al final eso jugó a su favor. Cuando Alice B. se fue a vivir con Gertrude Stein, no era el ángel de la casa, más bien el ángel de la entrada, la guardiana, desde luego no la clase de ángel

en que pensaba su padre. Tampoco era el ángel sacrificado de Woolf; era la pareja amada y controladora en el centro de uno de los salones vanguardistas más excitantes de la época. Dudo que a las esposas de los escritores varones les fuera tan bien como a Alice B.

Zelda Fitzgerald y Vivien Eliot murieron en hospitales psiquiátricos.

Aquella noche el cielo era claro y radiante. El peral con su farolillo de papel colgado de una rama se mecía dulcemente bajo las galaxias, aunque nosotras solo veíamos la Vía Láctea. Cerca de allí, unos gansos graznaban a un tractor que cruzaba un campo. Me pregunté si Fanny me habría llevado a esa villa para estar más cerca de su hogar familiar, que en cierto modo acechaba esa casa mucho más grandiosa del valle. Se lo pregunté en francés.

—Tal vez. Intento no pensarlo demasiado. Vaaa-le, lo pienso a todas horas. Cualquiera de estos baños es más grande que el dormitorio de mis padres.

Y entonces me contó que lo más duro de que la hubiesen echado de casa por besar a una chica fue desprenderse del carlino de su infancia. No sé por qué, eso me hizo reír. Ella se rio conmigo e incluso se olvidó de burlarse de mi gorro de pieles. Nos comimos las galletas saladas, que mojamos en la salsa picante de Nashville, mientras ella contemplaba el farolillo de papel colgado en el peral.

16

Cuando me detengo en el boulevard Raspail junto a la estatua de Balzac esculpida por Auguste Rodin, veo el espectro de Gertrude Stein, allí parada con Pablo Picasso en 1914. Es de noche. Stein tiene cuarenta años. Picasso treinta y dos. La Primera Guerra Mundial está a punto de estallar. Será una carnicería. En esa época Stein y Picasso han creado un lenguaje nuevo para su siglo. Es increíble que sea cierto. Ella es norteamericana. Él es español. Lo crearon en París.

> Recuerdo muy bien una vez que estaba con Picasso al principio de la guerra en el bulevar Raspail —escribió Gertrude Stein en 1938— cuando pasó el primer camión de camuflaje. Era de noche: habíamos oído hablar del camuflaje pero no lo habíamos visto. Picasso lo miró atónito y exclamó, pero si esto lo hemos hecho nosotros, esto es el cubismo.

Stein había publicado *Botones blandos*, su colección de poemas en prosa, o lo que ella definiría más tarde como bodegones verbales. Escrito entre 1911 y 1912, tal vez después, se divide en tres partes: Objetos, Comida, Habitaciones. Juega de manera certera con los límites del lenguaje. Trastoca todas las asociaciones y sentidos literales. Es doméstico, es tenso y está creado pensando en la cadencia. Una cadencia intensa.

ROSBIF

Tiene por dentro sueño y por fuera tiene rubor, por la mañana tiene sentido y por la noche causa sensación. Causa por la noche sensación. En la sensación toda cosa reposa, cualquier cosa crece en la sensación, hay en la sensación resignación, algo hay en la sensación de reconocimiento, tiene repetición la sensación y un pellizco por completa confusión.

En aquel momento de 1914 Picasso no solo había inventado ya el cubismo junto con Braque, «dos montañeros atados juntos a la misma cuerda inventando un lenguaje artístico», sino que también había ensamblado su primera guitarra de cartón y otra construida con una lámina de metal. Esos objetos cubistas tridimensionales están a medio camino entre la pintura y la escultura. Una revolución.

Stein y Picasso habían creado un nuevo lenguaje. La puerta entre el siglo XIX y el XX ya no estaba entornada. La habían abierto tras romper la cadena.

Un año antes, en 1913, Marcel Duchamp se había dirigido a unos grandes almacenes del Marais, el BHV (Bazar de l'Hôtel de Ville), para comprar una rueda de bicicleta. Cuando regresó a su estudio, la puso del revés y la atornilló a un taburete de madera. Había creado su primer ready-made despojando al objeto de su contexto y su función. La rueda de bicicleta de Duchamp es un poema y un objeto, o un objeto poético. Tenía veinticinco años. Despojar al objeto de su

contexto y su función es lo que Gertrude Stein intentaba hacer con las palabras en *Botones blandos*. Se adelantó a su tiempo, como siempre supo, inclinada sobre su mesa, escribiendo toda la noche en la sombra y a la luz de dos lámparas de gas.

En 1914 se instaló por primera vez la corriente eléctrica en el número 27 de la rue de Fleurus.

17

Salvador Dalí veía a Duchamp «tan ausente» que a veces «creía hablar a su sombra».

> Tenía la mirada helada de sus ready-made y mi pasión catalana se enervaba ante su soberana indiferencia.
>
> *Confesiones inconfesables* (1975),
> SALVADOR DALÍ y ANDRÉ PARINAUD

Gertrude Stein no poseía una «soberana indiferencia».

En 1914 muchos de sus primeros textos seguían inéditos. Con la ayuda de Alice B. había publicado ella misma, en 1912, *Tres vidas.*

Estaba destrozada y desanimada, pero, a diferencia de Alice James, no se quedó en la cama.

> En pleno acto de escribir.
> En pleno acto de escribir hay alborozo.
>
> *Lifting Belly* (1915-1917),
> GERTRUDE STEIN

18

El 12 de noviembre de 2024, un taxi me tiró de la bicicleta en la rue de Rivoli. El conductor me dijo que no estaba malherida y se marchó. Un camarero de un restaurante me trajo un vaso de agua, levantó la bicicleta y la acercó a la acera. Señaló mi cara y me dijo que estaba malherida. Buscó mi móvil y me preguntó a quién quería que llamase.

La segunda persona que se acercó a mí en el borde de la calzada fue Fanny. Traía un casco de bicicleta de repuesto y estaba furiosa.

—¿Por qué vas en bici sin casco por una calle principal de París? No estás en un sendero del campo siguiendo el curso del Loira, contemplando castillos y châteaux. ¿Necesitamos un taxi o una ambulancia?

Yo no podía hablar porque me salía sangre del labio. Me lo limpió con una servilleta que le había dado el camarero.

—Es un cortecito de nada —dijo—. Te acompaño a casa.

Nos dirigimos a mi estudio en taxi. Fanny llevaba una cajita blanca en la mano izquierda (en la derecha tenía siempre el móvil). La caja contenía un baba bouchon al ron. Sobre el bouchon había un trozo de piña asada. Había hecho ocho minutos de cola para comprármelo después de recibir la llamada del camarero. Suponía que, si me hubiera encontrado muerta al llegar a la rue de Rivoli, se lo habría comido ella.

De hecho, el camarero le había contado que yo estaba buscando uno de mis cuadernos en la calzada, así que ella, Fanny, concluyó que no estaba tan grave si continuaba pensando en Gertrude Stein. Scott Fitzgerald es el escritor norteamericano favorito de Fanny. Mientras seguía sangrándome el labio, una corriente de sangre y no de conciencia, consideró que era buen momento para citar una frase de *El gran Gatsby*: «Aunque no estaba realmente enamorado, sentía una especie de tierna curiosidad».

Al parecer eso mismo le pasa con Nicole. Eva prefiere mucho más a Nicole que a Lucia, pero Fanny insiste en que no puede amar de verdad a alguien que detesta el café. Entretanto, seguía sangrándome el labio cuando Fanny recibió una llamada de un cliente. Comentaron la situación política de Francia y después cambiaron de tema para charlar de un vino que a ella le parecía refrescante pero demasiado ligero.

Y luego Fanny dijo: «Sí, papá, de verdad que soy yo», y me di cuenta de que estaba hablando con su padre. Más tarde me contó que su familia se había enterado de que iba a alojarse en la grandiosa villa vacía del valle, a ocho kilómetros de su casa. Su padre había ido allí la víspera de nuestra llegada para colgar un farolillo de papel en el peral. El mensaje era que en la fiebre de la adolescencia Fanny había ardido con una pasión excesiva para su padre, pero que la admiración que sentía por ella seguía intacta.

19

El martes Eva y yo fuimos juntas a nadar en la piscine Pontoise, que quedaba cerca de su casa y de la mía. Cuando le mencioné que Fanny había hablado con su padre por primera vez desde hacía décadas, quiso saberlo todo. No pude contárselo todo porque aún tenía el labio hinchado como consecuencia de la colisión. Eva me había llevado una crema para que me frotara con ella los moretones de las espinillas, las rodillas y el brazo izquierdo. La crema huele a árboles. A invierno. A dolor. Además, desde el accidente cojeo. En el agua soy mucho más rápida que Eva. A ella le cuesta llegar al otro extremo de la piscina sin aferrarse al borde a medio camino. Creo que también se aferra al borde en la situación con su marido en Estados Unidos. Desde mi accidente ciclista teme que hayan atropellado a su gato y lo hayan tirado a un cubo de la basura. A veces llora al pensarlo.

¿El qué?

Me contó que cuando Fanny y yo estábamos en Aviñón se había detenido bajo un árbol agradable y tranquilizador en el parc des Buttes-Chaumont, en el 19.º arrondissement. Lo primero que pensó fue que le gustaría morir en ese árbol. Así que sacó el móvil y mandó una fotografía de él a Hamish. Sin palabras. Solo la fotografía del árbol. Su marido le envió un mensaje para decirle que en Seattle

había bosques hermosos, pero que, llegado el momento, a él le gustaría morir con ella en aquel árbol de París.

—¿Le dijiste que había adivinado lo primero que pensaste?

—Si quieres que tengamos esa conversación tendrás que hablarme en una lengua que no sea el inglés —me dijo—. Prueba con el danés, el español, el francés y quizá incluso el alemán.

Eva tiene la amabilidad de rebajar su energía al andar para adaptarse a mi paso. Y, como a menudo le hablo de Gertrude Stein, dice: «Sí, camino a tu lado y no por delante de ti, aunque yo soy el genio y tú no». Sabe que Gertrude afirmó refiriéndose a su hermano: «Era yo quien era el genio, no había razón para ello pero lo era, y él no lo era». Eva siempre se mete conmigo por lo poco que cuento de mí, incluso en inglés.

—O sea, es posible que seas un genio pero no sé nada de ti.

Es cierto que me oculto a la cegadora mirada azul de Eva.

Había echado un vistazo a uno de los dibujos de su novela gráfica y había observado que un personaje de la historia se parecía a mí. Llevaba un gorro de pieles, además de una maleta en la mano derecha. Con la izquierda señalaba una tubería que había reventado en la acera. Cuando miré la parte inferior de la página, la vi (me vi) sumergida hasta el mentón en el agua que salía de la tubería rota. ¿Acaso estaba vadeando las corrientes de conciencia con una maleta? Una de las amantes de Fanny, una actriz muy competitiva y con mucho éxito que seguía viviendo en la calle donde había crecido y siempre hablaba como si estuviera enfadada, incluso cuando decía cosas de lo más corriente, me había llamado desenraizada.

Tuve que buscarlo.

Después de nadar volvimos al estudio de Eva para preparar el salmón de la cena. Eva vertió en un bol algo llamado sirope mörk, mojó en él lo que parecía un pincel y empezó a pasarlo por el pescado. Al parecer el mörk era una especie de melaza elaborada con remolacha azucarera. Observé que disfrutaba con las lentas pinceladas a lo largo de la piel plateada. Irradiaba solemnidad, autoridad, con los pies separados, firmes en el suelo, sus tristes ojos azules, Ayyy, fijos en el pescado mientras movía la mano de un extremo al otro, y luego le dio la vuelta y empezó a pintarlo con mörk otra vez. Reflexioné sobre su novela gráfica y sobre el hecho de que Eva se pasara las noches pintando y dibujando pero rara vez me enseñara su obra. Tenía que mirarla furtivamente; no me la ofrecía. Resulta extraño tener una amistad en la que, aparte de mis pensamientos sobre Gertrude Stein, no comparto lo que más me preocupa. Es una nueva forma de ser y me gusta mucho. ¿El qué? ¿Esta nueva forma de ser? Es una pregunta que Eva nunca me hace.

Me había contado que en su novela gráfica dedicaba un capítulo a su madre y la dibujaba de perfil. Así es como la veía Eva, siempre de lado. Su madre era diplomática. La familia no paraba de viajar por todo el mundo, así que tal vez costara pillar a su madre. Por otro lado, había empezado a confeccionar carteles para buscar a su gato. Tenía tres de ellos extendidos en el suelo. En la parte superior del papel estaba pintada la palabra PERDIDO en letras rojas y negras.

Desenraizada.

Significaba no tener raíces. Arrancada de raíz. Carecer de arraigo. No era del todo lo que Stein quiso decir cuando escribió «No hay allí allí» para referirse a la casa de su infancia en California después de que la demolieran. Al describir la pintura de Paul Cézanne, señaló que «Todo estaba siempre allí, realmente allí…».

No hay allí allí. ¿Lo sería yo? ¿Y Eva? No tanto Fanny, aunque parece que se había distanciado de aquellos de quienes había formado parte durante años.

Hamish estaba ausente pero allí.
¿Dónde?
En París.
Gertrude estaba ausente pero allí.
¿Dónde?
En Norteamérica.

Gertrude y Alice se identificaban como norteamericanas. No volvieron a vivir en Norteamérica, salvo cuando Gertrude viajó allí para la gira promocional de la *Autobiografía de Alice B. Toklas*. No,

no volvió a vivir en Estados Unidos pese a que la invitaron a tomar el té con Eleanor Roosevelt en la Casa Blanca. Pese a que su nombre apareció en un letrero luminoso. Pese a que, en palabras de Scott Fitzgerald, iban a dedicarle «himnos y canciones» en su país natal. En 1934 Fitzgerald escribió una carta a Stein desde Baltimore:

> Fue usted el mismo fuego hermoso para cuantos nos sentamos al amor de su lar, pues era su lar, porque lleva el hogar consigo allá adonde va, un hogar ante el que todos nos hemos calentado siempre.
>
> *Dreams of Youth: The Letters of F. Scott Fitzgerald*
> (2011),
> ANDREW TURNBULL, editor

¿Quería decir que la literatura de Gertrude Stein era el lar?

¿O que fue hospitalaria con los norteamericanos que pasaron por París en la década de 1920? ¿O que llevaba Norteamérica consigo allá adonde fuera?

Alice B. y Gertrude no regresaron a Norteamérica cuando en 1940 los alemanes ocuparon Francia. En los días más tenebrosos de Vichy se parapetaron en su casa alquilada en la campiña francesa. Alice B. cultivaba hortalizas y Gertrude no hacía nada; a menudo tenía a su perrito dormido sobre los hombros y al gran caniche blanco en el regazo. Vivían en un château alquilado en Billignin, cerca de Belley, en la región de Auvernia-Ródano-Alpes.

¿Cómo lograron sobrevivir a la guerra esas dos mujeres judías queer y su colección de arte? Al fin y al cabo, los nazis lo habrían

considerado «degenerado». Se habían propuesto destruir el arte moderno. Desterrarlo de las colecciones públicas y privadas, menospreciar y acosar a los artistas, despedirlos de sus puestos docentes y atacar los programas académicos de universidades ilustres. Muchas de esas instituciones académicas se adaptaron a la agenda ideológica nazi. Los nazis confiscaron obras de Picasso que estaban en colecciones privadas, así como de Georg Grosz, Van Gogh, Otto Dix…: el arte moderno era el enemigo.

¿Por qué era degenerado?

Porque lo había perdido.

¿El qué?

El naturalismo. La representación. La nostalgia. La obediencia. El conformismo. La certeza.

Era inmoral, era «como las mentes enfermas veían la naturaleza», minaba los valores de la patria. Era ambiguo. Atrevido. Era fragmentario y desorientador y lo habían creado artistas desplazados y desarraigados. Gertrude y Alice tenían un amigo que colaboró con el régimen de Vichy. Era un fascista católico queer con gustos vanguardistas que admiraba la literatura de Gertrude Stein e incluso tradujo al francés *Ser norteamericanos.* Bernard Faÿ las protegió. Gertrude y Alice lo habían conocido en 1924 y se convirtió en un amigo para toda la vida. Proporcionó a Gertrude estrategias para pronunciar conferencias ante diversos públicos durante su gira promocional por Norteamérica. Cuando lo nombraron director de la Bibliothèque Nationale durante la ocupación, debió de convertirse en una persona poderosa y útil a la que acudir en busca de ayuda.

Cabe suponer que Faÿ también ocultaba sus preferencias sexuales, salvo a sus amigas lesbianas, Gertrude y Alice. Sería un alivio para los tres hablar con entera libertad. ¿Hablaban con entera libertad? Quién sabe, pero debían de entender que era así. La ayuda de Faÿ proporcionaba carbón. Raciones. Privilegios a la hora de conducir. Pan. Cuando los nazis se presentaron en el apartamento parisino de Stein para decomisar su colección de arte, al parecer Picasso telefoneó a Faÿ. Los de la Gestapo se probaron unas cuantas chaquetas chinas de Stein y se llevaron algunos objetos, pero no tocaron los cuadros.

Eva escucha todo esto mientras cocina el salmón al vapor.

—¿Qué habrías hecho tú en la situación de Gertrude y Alice? —me pregunta.

—Habría regresado a Estados Unidos. No podría estar con un hombre como Bernard Faÿ y sentirme a salvo. Tal vez el individuo presionara a Stein para que tradujese al inglés los discursos de Pétain.

—¿La familia de Stein no le pidió que volviera?

—No lo sé. Oficialmente se les aconsejó que se fueran a Suiza.

Aquella mañana Eva se había cortado otra vez el flequillo ante el espejo. Lo llevaba muy recto, simétrico, justo por encima de las cejas. Tenía el pulso firme. En la mano derecha llevaba el anillo de matrimonio.

—Una cosa es escribir sobre esas decisiones y otra tener que vivirlas —apuntó Eva—. Seguro que estaban asustadas. Y es obvio que los vecinos del pueblo las protegieron.

—Gertrude se llevaba bien con todo el mundo.

Como Eva había vuelto a la cocina, tuve que gritar.

—Con los de izquierdas, con los de derechas; los encandilaba a todos. Como el raclette.

Había puesto a secar sobre el radiador nuestros bañadores húmedos.

—¿Y eso es bueno? —quiso saber Eva.

Alguien llamó a la puerta con los nudillos.

Esperamos que no fuera Bernard Faÿ.

Fanny ha venido a cenar con nosotras, sin previo aviso. Entre las cinco y las siete había hecho el amor con Lucia en el suelo cerca del caballito balancín mientras el carlino dormía (Fanny es siempre muy precisa), y después habían salido con el perro a por ostras, tras lo cual Lucia, como de costumbre, tuvo que irse y se despidieron sin hacer ningún plan. Lucia prefería dejar las cosas en el aire.

Eva le cuenta a Fanny que, cuando Matisse se pasaba por casa de Gertrude y Alice sin que lo invitaran, la cocinera decía que le haría dos huevos fritos, no una tortilla. Se necesitaban los mismos ingredientes, pero Matisse entendería que los huevos fritos eran una señal de desdén por su mala educación al presentarse solo para que le dieran de comer.

—¿Conque vas a hacerme un huevo frito? —le preguntó Fanny.

—No.

—¿Ha habido suerte con Bob?

—¿Por qué elegiste un nombre tan idiota? Ahora es como si mi gato llevara una gorra de béisbol.

—Tengo unas gorras de béisbol muy chulas. —Es evidente que Fanny lamenta haber rebautizado a lo—. Mi preferida es una que lleva escrito EVA. —Cogió un cigarrillo que llevaba remetido en el cinturón y entró en la cocina para encenderlo en el quemador de gas —. ¿Y si quedamos el fin de semana y organizamos una partida de búsqueda, a ver si lo encontramos?

Le dije que yo no podía comprometerme aún. Pensaba volver al cementerio Père Lachaise para localizar la tumba de Gertrude Stein. A Fanny no le interesa Gertrude Stein y opina que sus medias tejidas de lana debían de ser catastróficas desde el punto de vista erótico. Me sorprendí al oírme decir en voz alta:

—Me interesa sobre todo su esposa y compañera, Alice B. Toklas, a quien estuvo unida cuarenta años.

—Yo creo en el poliamor —afirmó Fanny.

—Sí, tú crees en el poliamor, Fanny. —Alargué la mano para sacar el segundo cigarrillo remetido en su cinturón—. Pero Alice B. era más sincera que tú. Tenía celos de cualquiera que deseara sexualmente a Gertrude. Tenía celos de los sentimientos de Gertrude hacia otras mujeres antes incluso de que se conocieran, y tenía celos de Ernest Hemingway porque sabía que se sentía atraído por Gertrude.

Fanny se mostró interesada por primera vez. Me encendió el cigarrillo y movió la mano como una agente de tráfico para

indicarme que continuara avanzando por esa vía en particular. A poder ser, con casco.

—A Gertrude no le gustaban los hombres, pero es posible que disfrutara con la electricidad del deseo de Hemingway. Él quería quitarle las medias de lana, eso seguro. Ella fue madrina de su hijo Bumby y se puso un sombrero para el bautizo.

—Vaaa-le —dijo Fanny—. Si tuviera que elegir entre Stein y Hemingway, me quedaría con Greta Garbo.

Poco antes del accidente con la bicicleta había entrado en una librería donde tenían expuestos sobre la mesa *París era una fiesta*, de Hemingway, y la *Autobiografía de Alice B. Toklas*, de Stein. Por la disposición de los ejemplares, colocados uno frente al otro, parecía que Hemingway y Stein estuvieran tomando una cerveza juntos en una bañera. ¿Quién habría pagado las bebidas? Cuando Hemingway llegó a París a los veintitantos años con la intención de triunfar como escritor, estaba sin blanca y pasó hambre muchos días. Stein contaba con una módica asignación mensual del fondo fiduciario y, como señaló Braque, amigo de ambos, cuando Hemingway fuera rico esperaba contratar también una cocinera que preparara suflés. Hemingway habría pagado las cervezas. Stein estaba atareada comprando con su hermano Leo las primeras obras de Picasso, Cézanne y Matisse. Le dijo a Hemingway que, si tenía que elegir entre comprar ropa o arte, prefería el arte. Le dio buenos consejos sobre los textos que Hemingway escribía. Eran unos textos muy atractivos.

> Cuando volvimos a París, estaba despejado, frío y encantador. La ciudad se había acomodado al invierno, había buena madera a la venta en la carbonería del otro lado de la calle y braseros en muchos cafés, así que se podía estar caliente en las terrazas […]. Los árboles sin sus hojas eran esculturas cuando te reconciliabas con ellos, y los vientos invernales soplaban en la superficie de los estanques y las fuentes manaban bajo la luz brillante.
>
> *París era una fiesta* (1964)

Teclear los textos de Hemingway es más fácil que teclear los de Stein.

> CAJA
>
> De la amabilidad procede el sonrojo y de la grosería una misma pregunta veloz, del ojo la indagación, de la selección doloroso ganado.
>
> *Botones blandos*

A Fanny ha empezado a preocuparle que pase tanto tiempo sola tecleando frases de Stein. ¿Por qué en lugar de eso no leo a Michel Foucault? ¿O al menos me compro un gorro nuevo? ¿O incluso enciendo una vela en Notre Dame? ¿O pido que me hagan una radiografía para averiguar por qué sigo cojeando después del accidente? Opina que Gertrude Stein me está deprimiendo. Es cierto que Gertrude me transmite una especie de tristeza. El agotamiento de leer su prosa. El no llegar nunca al asunto del asunto. En cierto modo, mi sino es defenderla.

Cuando le dije a Fanny que me gusta leer libros que no entiendo, me dijo: «¿Y por qué no tienes relaciones sexuales que no entiendes?».

Una vez, después de que Stein monopolizara la conversación en una cena con invitados, Alice B. comentó en broma: «Esta noche Gertrude ha dicho cosas que tardará años en comprender». He tardado dos años en leerme las primeras noventa páginas de *Ser norteamericanos.* Tiene mil. Eva va por la setecientos noventa. Ella es la más rápida leyendo, yo soy la más rápida nadando. Virginia Woolf tampoco tuvo «valor» para acabárselo cuando llegó a su editorial, Hogarth Press.

> A lo largo de su vida todas las personas manifiestan repeticiones, repeticiones de lo que todo ser tiene en sí, repeticiones de la impaciencia que siente, de la ansiedad que casi todas las personas sienten siempre en mayor o menor grado.
>
> *Ser norteamericanos*

Fanny no siente el menor respeto por Gertrude Stein.

—La repetición me saca de quiii-cio. En Francia nos gustan las frases tersas.

Apagó el cigarrillo sobre la suela roja de su zapato con tacón de aguja y esperó a que yo, como de costumbre, la defendiera.

—Creo que Stein comentó una vez: «No hay repetición. Solo insistencia».

—No me gusta su insistencia. No, prefiero a nuestro Gaston Bachelard. Él me habla como jamás pudo hablar tu expatriada norteamericana en el periodo de entreguerras.

> A veces la adolescencia, esa fiebre del tiempo en la vida humana, lo cambia todo. Los recuerdos son demasiado claros para que los sueños sean grandes. Y el soñador sabe que hay que ir más allá del tiempo de las fiebres para dar con el tiempo de la calma, el tiempo de la infancia feliz en su propia sustancia.
>
> *La poética de la ensoñación* (1960),
> GASTON BACHELARD

Entró en la cocina para ayudar a Eva a limpiar las almejas. Con nosotras en la habitación, aunque no al modo realista, estaba el farolillo de papel colgado del peral cerca de Aviñón. Eva me había contado que, cuando insistió en que Fanny informara a su madre de que iría a la grandiosa villa vacía cerca de su casa, Fanny había dicho: «Vaaa-le, llamaré y luego lloraré sobre mi carlino, que es alérgico a las lágrimas además de a la luz de la luna».

Cuando Fanny regresó para coger su móvil, le conté que al filósofo Jacques Derrida le había interesado mucho Stein.

—Aquí tenemos un montón de escritores excelentes, incluido Derrida. Marguerite Duras sabía usar la coma, igual que Balzac. Si me disculpas, tengo que ocuparme de tareas administrativas.

Vi que deslizaba el dedo por la pantalla y enviaba mensajes. Su cuerpo continuaba con nosotras, pero era evidente que Fanny había salido de la sala en busca de universos más interesantes.

Al cabo de un rato levantó la vista de la pantalla y me miró.

—¿No te interesa tener compañía en tu vida?

Era como si insinuase que estaba escribiendo un ensayo sobre Stein para llenar un hueco en mi vida.

—El problema es que los hombres de mi edad son insoportables. Tengo que oírlos hablar todo el rato que pasamos juntos pero ellos nunca me preguntan nada sobre mi vida. Hay alguna que otra excepción. Esas excepciones son hombres increíbles. Son tan escasos que debemos tratarlos como a leopardos de las nieves.

Eva entró con una bandeja en la que había colocado tres cuencos de arroz, almejas y pescado. Se sentó en el suelo.

—No creo que encuentres un leopardo de las nieves en la aplicación de citas de Fanny.

Fanny discrepó.

—Muestra tu yo formidable en tu perfil y tal vez encuentres un leopardo de las nieves.

Eva preguntó a Fanny si quería que le pasase su ejemplar de *Ser norteamericanos*.

—Te lo presto durante el fin de semana.

—No. No quiero esforzarme tanto a cambio de una recompensa tan exigua.

—Sí, eso mismo pienso yo sobre salir con un hombre de mi edad —intervine.

Fanny continuaba escroleando y pulsando en su aplicación de citas. Se inclinó hacia mí para ver si yo aprobaba el lugar donde

había colocado los puntos en su mensaje de la app.

Sexo. Posiblemente.

—¿Qué es lo que hace posible el sexo? —me preguntó.

Eva y yo intercambiamos miradas de crítica. ¿No se suponía que estaba enamorada de Lucia? ¿Qué había del carlino que compartían y que odiaba la luz de la luna?

Empezamos a comer el salmón y las almejas. Eva había cocido el arroz en el caldo de las almejas. Fanny pulsaba en la pantalla de su móvil con una mano y se echaba salsa de soja en el arroz con la otra. Di las gracias a Eva por armar un plato tan sabroso en el último momento. Era una receta de su padre. Eva había crecido en Copenhague, por lo que siempre había mucho pescado en las recetas de su padre. El hombre coleccionaba las del *New York Times*, aunque la madre de Eva prefería los sándwiches. Cuando me dijo que le gustaría ilustrar mi ensayo sobre Gertrude Stein, Fanny arrojó el móvil al suelo.

Cayó bajo la mesa justo en el lugar donde siempre había dormido el gato de Eva.

Al cabo de unos minutos, Eva alcanzó un lápiz blando y se puso a dibujar a Fanny.

—No has dicho qué hace posible el sexo.

Gertrude Stein planteó esa pregunta a sus tías de Baltimore cuando era adolescente. ¿Qué hace posible el sexo? Vivió con ellas tras la muerte de sus padres, antes de ir a la universidad. Informó a su hermano Leo de que para esas mujeres las relaciones sexuales no eran «satisfactorias» y que no querían tenerlas.

—Escuchar es lo que hace posible el sexo.

—¿Has dicho escuchar?

—Sí —contesté—. Escuchar de verdad.

—Eso tal vez sirva para el amor. —Fanny parecía alterada—. En el caso del sexo puede quitar las ganas.

—¿Por qué?

—Si de verdad conociéramos a la persona con la que nos acostamos, saldríamos corriendo a más no poder.

Era la primera vez que veíamos a Eva sonreír desde la desaparición de su gato.

El pelo de Fanny brillaba especialmente esa noche. Eva estiró la mano y le acarició las puntas con la yema de los dedos.

—Lucia es un desastre total. Por qué no te conformas solo con Nicole. Me gusta su costumbre de mirar siempre si tienes la copa o el vaso vacíos en la mesa. Con agua o con vino, ella te los llena. Y me gusta que cante lo que suena en la radio de los taxis.

Fanny cogió el tercer cigarrillo remetido en el cinturón.

—Gracias por el consejo, Eva. Yo soy el desastre total y Lucia es una persona totalmente equilibrada. Cambiando de tema: mañana tengo el día libre, conque podemos emprender nuestra búsqueda nocturna de Bob.

Eva sigue dejando la puerta entornada con una cadena por si lo vuelve.

La cadena no se ha roto. La puerta medio abierta está en equilibrio entre su pasado con Hamish y su vida presente. Fanny opina que nuestra amiga no tiene nada que perder salvo la cadena, pero yo no estoy tan segura. Entretanto, llovía suavemente sobre París, sobre todos sus árboles y todas sus estatuas, sobre cada

caricia hecha en una parada de autobús y cada beso dado junto a una fuente.

20

Stein escribió *Lifting Belly* entre 1915 y 1917. Es un poema largo sobre hacerle el amor a Alice y no se publicó hasta después de su muerte.

Levantar el vientre es muy bueno.
Levantar el vientre con grasa.
Acaso no te sorprende.
Sí que me deseabas.

Bee Time Vine: And Other Pieces, 1913-1927 (1953),
VIRGIL THOMSON, editor

21

El *Ulises* se había prohibido en Estados Unidos por obsceno y Sylvia Beach iba a publicarlo. Fundadora en 1919 de la primera Shakespeare and Company, librería y biblioteca circulante parisina de literatura anglosajona, Sylvia Beach era una mujer de acerada valentía y encanto embriagador. Me la imagino escondiéndose en el armario de las escobas cuando Stein entraba en el establecimiento. Stein estaba destrozada porque Sylvia no le había publicado *Ser norteamericanos,* que desde 1911 reposaba en un cajón como un suicida que nadie reclama. Sylvia había abierto la librería gracias al dinero que le había prestado su madre. Llevaba una vida frugal y adoraba a los escritores, pero no quería escribir, aunque lo hacía muy bien.

Gertrude no tuvo que trabajar para ganarse la vida. Podía hacer lo que se le antojase. Alice y ella se dieron de baja en la biblioteca de Shakespeare and Company y se inscribieron en la American Library, al otro lado del río. Sylvia publicó el *Ulises*, lo que casi la llevó a la ruina. En su librería, lugar de encuentro de escritores famélicos y sin blanca, reinaba un ambiente muy distinto al del salón de Stein. No imagino a Sylvia preparando una conferencia sobre las estrategias temáticas y formales que operaban en diversas novelas y pronunciándola ante los lectores que pasaban por la tienda y biblioteca. Prestaba francos franceses a los escritores

norteamericanos que esperaban la llegada de sus dólares y les permitía usar la dirección de la librería como apartado de correos mientras se mudaban de un apartamento a otro, se enamoraban y se desenamoraban, pasaban hambre y se daban festines. Le emocionaba pensar que algunos de ellos eran maníacos, talentosos y sin talento. Más que admirarla o temerla, a Sylvia Beach la querían.

Cuando Joyce y Stein por fin se vieron, comentaron que vivían en París a escasa distancia el uno del otro. Ambos habían recorrido un largo camino desde sus hogares. Joyce se había marchado de Irlanda en 1904; Stein se había marchado de Estados Unidos en 1903. Lo habían perdido. ¿El qué? Irlanda y Norteamérica. Sin embargo, sobre eso escribieron en el *Ulises* y en *Ser norteamericanos.* Sobre Irlanda y Norteamérica.

James Joyce escribió sobre Dublín en Trieste, Zúrich y París.

Gertrude Stein escribió sobre Estados Unidos con todo el entusiasmo de Walt Whitman mientras vivía en París, en el número 27 de la rue de Fleurus, a cinco minutos a pie de los Jardines de Luxemburgo con sus estatuas, fuentes, árboles frutales y orquídeas.

> En verano, para sudar copiosamente, era bueno ayudar a los hombres a hacer balas de heno para su conservación, y resultaba agradable cultivar rábanos y arrancarlos y comerlos sin quitarles la tierra que aún tenían pegada

y masticar la mostaza, y buscar raíces de diferentes sabores, y llenar el sombrero de fruta y sentarse en la tierra recién arada, y pensar y dormir y leer y soñar y no escuchar jamás las llamadas de los otros.

Ser norteamericanos

22

Fanny y Eva han comprado dos linternas en el estanco del boulevard Saint-Germain, cerca de la place Maubert. Había una cola muy larga, contó Eva, sobre todo de gente que quería comprar números de lotería. Y delante tenía una turista que necesitaba pilas para la radio. Nadie entendía por qué tenía una radio que solo funcionaba con pilas. Cuando se lo preguntaron, respondió: «¿Por qué suponéis que siempre habrá electricidad? Nunca viajo sin mi radio pequeña, una batería portátil y dinero en efectivo».

En la cafetería vietnamita de al lado, nuestro amigo Julian envolvía un rollito de verano en una hoja de lechuga. Tenía unas manos muy delicadas. Ardía en deseos de comunicarnos una noticia importante sobre su cita, que tendría lugar después de que se hubiera comido su solitario rollito de verano. Era sobre un intento de seducción. Estaba nervioso pero decidido, y por eso tomaba un almuerzo ligero en lugar del más pesado pato laqueado con arroz glutinoso, su preferido. Le confirmamos que el peinado era perfecto y que llevaba la barba bien recortada. Eva le aconsejó que se hidratara los labios con su bálsamo labial. Incluso le ofreció una rociada de su colonia industrial.

Al igual que el auge del fascismo en todas partes, proliferaban las palomas. Las grúas de la restauración de Notre Dame descansaban en el cielo. Nadie musitaba Ahhh al contemplar los azules ojos de

Eva, aunque todos querían hacerlo. Se sentía tensa por la búsqueda nocturna de su gato, pero, como Julian, estaba decidida a atrapar el amor y cogerlo en brazos. Los hombres que dormían al raso en la place Maubert estaban sentados con la espalda apoyada en la pared de varios cajeros automáticos de los tres bancos cercanos. En la boulangerie de la acera de enfrente, la mujer a la que Julian planeaba seducir se compraba un Mont Blanc, un pastelito con castañas confitadas, puré de castañas y crema de almendras. Estaba recubierto de nata montada para evocar la cumbre nevada de una montaña. Cuando Fanny la vio en la cola, esperamos que alcanzara la cumbre del placer erótico con Julian y disfrutase del aire de la montaña.

Eva se había puesto zuecos blancos para la búsqueda nocturna. Fanny le preguntó si sabía que la Revolución Industrial había terminado y que ya no existían fábricas textiles ni minas que obligaran a los obreros a usar ese calzado protector. Eva cerró los ojos. Contemplamos su pálida cara ahora sin iluminar por su asombrosa mirada azul. Era como si se hubiesen apagado las luces de Francia, Bélgica y Luxemburgo. Movió los labios y nos preguntamos si estaría rezando. Y luego abrió los párpados y anunció que estaba preparada para iniciar la búsqueda. Fanny llevaba botas de montar de cuero negro y gafas de sol, aunque en noviembre a las cinco de la tarde era de noche en París. Cuando nos encaminamos al quai de la Tournelle, vimos que Eva ya había grapado en algunos árboles los carteles que había confeccionado para informar a París de la desaparición de su gato. La palabra

PERDIDO aparecía flotando en la parte superior del papel. Debajo había pintado a su gato dentro de un pequeño cuadro negro. El diseño, en dos colores, rojo y negro, tenía algo de cubista. Una orejita minúscula, la otra más larga, ambas triángulos perfilados en rojo. No era el aspecto que tenía lo, sino como ella pensaba sobre su gato; como lo veía. Bob daba la extraña impresión de ser travieso y majestuoso. Eva había creado además otro correo electrónico para que, si alguien encontraba a lo, contactara con ella. Nos dijo que su gato no se sentía Bob, así que no había más que hablar. En el cartel no aparecía el nombre Bob en ninguna parte, y me citó a Gertrude Stein.

«Me gusta sentir que las palabras hacen lo que quieren hacer y lo que deben hacer».

Al parecer Eva siempre estaba de acuerdo con Stein.

Yo había preparado gazpacho y lo había trasvasado a un recipiente de plástico cuya tapa había asegurado con celo. Fanny, siempre llevando la contraria, desdeñó el esfuerzo de triturar tomates, ajo y pimientos.

—¿Puedo recordar a nuestra amiga inglesa que el gazpacho es una sopa fría que en España se toma en verano? Estamos en noviembre. Estamos en París. ¿Cómo se supone que vamos a tomar sopa durante una búsqueda nocturna de un gato? No sabemos adónde nos llevará Bob.

Al otro lado de la calzada estaban el Sena y Notre Dame. Fanny dejó claro que era inútil quedarse a orillas del río y llamar a gritos a un gato. Había muchos posibles escondites. Eva manifestó una lógica extraña sobre el asunto.

—Debemos quedarnos junto a una barcaza porque los peces se cobijan bajo los barcos y mi gato tendrá hambre y los verá.

—Vaaa-le —aceptó Fanny poniendo los ojos en blanco—, nos quedaremos junto a una barcaza, tú eliges cuál y tú llamas al gato.

Fanny solía dar órdenes. Tenía más relaciones sexuales que nosotras, lo cual le daba energía y autoridad. Flanqueamos a Eva cuando encontró su barcaza y permanecimos a su lado mientras gritaba hacia la otra orilla del Sena:

—Lo, lo, lo, vuelve a casa.

Estaba perdido.

Era tener algo por lo que vivir. Reflexioné mucho sobre Eva con sus zuecos blancos en ese momento.

Al cabo de un rato Fanny me susurró al oído que aquello era como el fin del mundo. Sentía que se desintegraba. Era evidente que Eva había perdido los papeles.

Francamente, Fanny no quería que la viesen llamando a un gato perdido junto a las aguas del Sena. Si la veía uno de sus clientes del mundo de las finanzas, esa persona tendría motivos para dudar del buen juicio de Fanny a la hora de gestionar su riqueza. Miramos a Eva, que parecía convencida de que su gato percibiría su amor por él y de que ese amor era tan potente que lo oiría su llamada y correría hacia su amor estuviera donde estuviese.

¿Qué hemos de perder para ser modernas?

La vergüenza.

Al cabo de un rato Fanny llevó a Eva al otro lado de la calzada, hacia un pequeño jardín público llamado Square Danielle Mitterrand. Señaló a un hombre mayor sentado en un banco de madera verde y condujo a Eva hacia allí. El hombre vestía con elegancia y tenía un bastón apoyado junto a las rodillas. Le preguntamos si había visto un gato y describimos a Bob con todo detalle. Eva le dijo incluso que su gato se llamaba lo y tenía la cola negra aunque con la punta blanca. Él escuchó y dijo:

—Me he detenido aquí hace solo quince minutos para aspirar el aroma del naranjo de México, un arbusto que alguien tuvo la buena idea de plantar en este jardín.

Señaló las flores de color crema que quedaban en un arbusto frente al banco.

—Todavía tiene unas cuantas flores en noviembre —nos dijo apenado—, pero se caerán si hace demasiado frío.

Nos invitó a sentarnos con él y a aspirar el aroma del naranjo de México. Tomamos asiento en silencio a su lado en el curvado banco verde y aspiramos el aroma. Al cabo de un rato le tendí el recipiente de plástico con el gazpacho que había preparado.

—Es una sopa fría —le dije.

Cogió la cuchara y lo probó.

—Sí, creo que es gazpacho. Esto ha completado la alegría de las flores invernales.

Eva le contó que era una receta de *El libro de cocina de Alice B. Toklas*, de 1954. Gazpacho de Sevilla. Alice B. tenía también recetas del gazpacho de Málaga, de Córdoba y de Segovia. Le explicó que yo estaba escribiendo un ensayo sobre Gertrude Stein y añadió, a modo de prueba: «Yo soy su ayudante. De hecho, es probable que ilustre las páginas si llega a acabarlo. De momento estoy leyendo *Ser norteamericanos*. Es la historia de una familia a lo largo de tres generaciones», y a continuación le dijo que otro rasgo distintivo de su gato era que tenía la oreja derecha más pequeña que la izquierda. Mucho más pequeña. Del tamaño del dedo más pequeño del pie humano.

Él prometió estar atento por si lo veía; de hecho, había sacado su pluma y parecía estar tomando notas en una pequeña agenda roja, pero luego arrancó la hoja y me la entregó. Parecía un número de teléfono. Y su dirección. Debajo de la dirección, en Montmartre, había escrito su nombre. Jean-Luc.

—Madame —dijo—, quizá me permita invitarla a cenar conmigo para corresponder al gazpacho sevillano de Alice Babette Toklas.

Me enterneció que supiera que la B. entre Alice y Toklas era de Babette. A Alice se la describía a menudo como fea o frágil, o de aspecto «semítico». De joven los rizos le caían por debajo de los hombros. Yo la encontraba muy reconocible.

Empezó a llover en el 5.º arrondissement. La fragancia del naranjo de México se acentuó con la lluvia.

—Me gusta París en noviembre —dijo el hombre—. Es tranquilo.

El viento soplaba desde el Sena.

—Reconforta saber que, en tiempos de incertidumbre, hay una cosa segura —continuó Jean-Luc—. El Sena siempre desembocará

en el canal de la Mancha entre El Havre y Honfleur.

—Bueno, dis-culpe que le agüe el río —dijo Fanny, que interrumpió así la reflexión del hombre—, pero todos los ríos del mundo se están muriendo, conque eso no es seguro.

—Su agua será buena para mi río —repuso él, y se giró hacia Eva antes de que Fanny volviera a verter aguas residuales en su río—. He visto los carteles en los árboles. Yo también echo en falta a personas y animales. Espero que la búsqueda llegue a buen puerto para usted.

Bregó con la ramita de naranjo de México que había introducido en el ojal de su abrigo y se la tendió, como en señal de condolencia. Eva le dio las gracias y se la colocó detrás de la oreja. En ese momento oímos que algo se movía en el arbusto de detrás. Eva ahogó un grito y se tocó las puntas del flequillo. Lo que quiera que fuese se movió otra vez y luego se detuvo. Fanny iluminó las hojas con la linterna. Eva caminó de puntillas hacia el arbusto. Jean-Luc se levantó y agarró el bastón. Parecía deseoso de encontrar al gato de Eva mientras se dirigía hacia los arbustos. Separó los labios y llamó pspsps pspsps pspsps. Una rata pasó corriendo junto al naranjo de México en flor. Pensamos que el hombre iba a golpearla con el bastón, pero lo mantuvo inmóvil en la mano. Nos dijo que era un placer habernos conocido y que esperaba que el gato desaparecido volviera a su hogar. No apartó los ojos de Eva mientras lo decía.

Más tarde, de camino otra vez a la rue des Trois Portes, Fanny dijo:

—Hemos encontrado un gato, aunque no el que buscábamos. Creo que hemos encontrado a tu leopardo de las nieves. Y tiene tu

edad, quizá unos años más, lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

Hizo una pausa para coger el cigarrillo que llevaba remetido en el cinturón.

—Los dos tenéis un rostro vivido.

Por fin dio con el encendedor.

A Alice B. le gustaba fumar cigarrillos hiciera el tiempo que hiciese, sobre todo Pall Mall sin filtro. Durante la guerra plantó tabaco en su jardín de Bugey. Cuando, ya anciana, intentó dejarlo, su plan era fumar solo Pall Mall con filtro. Le recordé a Fanny que en la década de 1920 los cigarrillos se vendían a las mujeres como «antorchas de la libertad».

—Sí —dijo ella—, cuando fumo soy auténtica. Hoy he comprado ropa interior de seda y he pensado: ¿Es por mí o es por Lucia o Nicole o Martine o es por la libertad o es por tu ensayo sobre Gertrude Stein?

Dio un toque a la pantalla del móvil. Fanny siempre estaba gestionando una inversión para algún cliente. Como trabajaba con clientes en distintos husos horarios, a veces dormía muy poco. Ofreció su cigarrillo a Eva, que levantó la mano para declinar la antorcha de la libertad. Eva estaba muy callada y desanimada. A la luz de la luna se distinguían los carteles de los árboles, pero solo veíamos la palabra PERDIDO porque estaba pintada en letras mayúsculas. A lo lejos vislumbré a Jean-Luc, que se dirigía hacia el puente a buen paso. No parecía necesitar la ayuda del bastón.

—¿Cómo lo reconoceré si volvemos a encontrarnos? —pregunté a mis amigas—. Con esta oscuridad apenas le he visto la cara.

Fanny remetió el encendedor en el cinto y estiró el brazo para coger a Eva de la mano.

—Si quedáis en un bar, haz lo que hizo Simone de Beauvoir la primera vez que quedó con Sartre. Busca al hombre más feo sentado solo.

23

La formación científica de Gertrude Stein está presente en cada una de sus frases.

> Gertrude Stein, en su obra, ha estado siempre dominada por la pasión intelectual de la exactitud en la descripción de la realidad interior y exterior. Gracias a esa concentración ha llegado a la simplificación y, de resultas, a la eliminación de las asociaciones emotivas en la poesía y la prosa. Sabe que la belleza, la música, la decoración, es el resultado de la emoción, jamás debe ser la causa, ni siquiera los acontecimientos deben ser la causa de la emoción ni la materia básica de la poesía y la prosa. Tampoco debe ser la emoción en sí misma la causa de la poesía y la prosa. Poesía y prosa deben ser una reproducción exacta de una realidad exterior o interior.
>
> *Autobiografía de Alice B. Toklas*

En la Johns Hopkins estudió plasticidad cerebral y neurología.

24

Reconocí a Jean-Luc nada más entrar en el restaurante. Sus ojos verdes saltones eran amables y asombrosos. Tenía el pelo plateado y milagrosamente espeso, peinado hacia atrás con alguna especie de gel, y llevaba rígidos y bien planchados el cuello y los puños de su elegante camisa blanca. Lucía una corbata verde. El bastón descansaba a sus pies. Reparó en que me fijaba en el bastón y alargó la mano hacia la mía.

—De algún modo me encontró y no me dejará.

Acababa de llegar de una subasta de cinco dibujos de Isadora Duncan hechos por Rodin, no porque pudiera permitirse comprar uno, se lamentó, sino porque le subía la moral ver los apasionados dibujos que Rodin había hecho de Isadora bailando descalza con sutiles togas griegas, libre, sin vergüenza ni constricciones. Se levantó para llevar mi paraguas a un paragüero de cerámica que había junto a la puerta. Reparé en su espalda recta y en la elegancia de su porte. No parecía necesitar el bastón. Cuando volvió, confesó que había pedido consejo para nuestra cita a su vecino, un prestigioso ingeniero. ¿Qué le había dicho el vecino?

—Se precisa una fuerte motivación para alcanzar el mayor éxito posible.

—¿Y cuál es tu motivación? —le pregunté.

—Comer bien y mantener una conversación agradable. ¿Y qué me dices de ti?

—Estoy ocupada escribiendo mi ensayo sobre Gertrude Stein. Me baso sobre todo en *Botones blandos*, su libro de poesía de 1914.

Me dio unos golpecitos en la mano con los dedos.

—Stein se refiere a los pezones —dijo—. Blandos al tacto. Sin la menor duda. Compartamos una botella de vino.

Tras una breve deliberación, pedimos un Côtes du Rhône para acompañar el pâté maison. Era denso y sabroso, quizá de hígado de pollo y pato.

—Creo que a Stein simplemente le gustaban los botones —dije—. Solía ir al Bon Marché a comprarlos.

El camarero se acercó para retirar el bastón de los pies de Jean-Luc. Quiso saber si a monsieur le parecía bien que lo dejara en el paragüero. Jean-Luc aceptó, aunque insistió en que el bastón volvería a encontrarlo, como si el objeto estuviese dispuesto a regresar a sus pies por voluntad propia. Cuando alabamos el pâté, el camarero nos dijo que el secreto estaba en freír cortezas de tocino con cebolla y mantequilla antes de añadir el hígado. Jean-Luc me palmeó de nuevo la mano.

—Volvamos a tus reflexiones sobre *Botones blandos*.

—Creo que Stein simplemente se refería a artículos de uso doméstico corriente.

No pareció gustarle mi respuesta. Buscó en el bolsillo y sacó un pañuelo de seda en el que hundió la nariz y estornudó dos veces.

—Discúlpame, por favor. ¿Tienes algún verso favorito de *Botones blandos*?

—Sí. «Qué es el viento, qué es».

—El viento es aire en movimiento —afirmó.

Le dije que seguro que Stein lo sabía. Tenía formación científica y poseía un conocimiento académico de la gramática, aunque eliminó los signos de interrogación de su obra porque decía que saltaba a la vista cuándo algo era una pregunta. Los encontraba repugnantes. Y consideraba serviles las comas. Los lectores debían tener la libertad de respirar donde les apeteciera. Su principal objetivo era que las frases avanzaran.

> Una coma al ayudarte a ponerte el abrigo y los zapatos te impide llevar una vida tan activa como deberías llevar.
>
> «Poetry and Grammar», en *Lectures in America* (1935),
> GERTRUDE STEIN

Cuando volvió el camarero, Jean-Luc le preguntó:

—¿Cuál es el menu du jour, cuál es?

—Sí —le interrumpí—, pero… «qué es el viento, qué es» podría ser también una meditación sobre algo en vez de una pregunta, o podría ser Alice B. tirándose un pedo.

Jean-Luc se quedó estupefacto.

—A los británicos les encantan sus chistes de pedos.

—No es un chiste —aclaré—, y no soy cien por cien británica.

—Ya lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—La biografía que se da en algunos de tus libros contiene ese dato.

Fue agradable que no presionara para obtener más información.

El menu du jour era pot-au-feu. Zanahoria, chirivía, pimienta en grano, costillas de ternera, hueso de jarrete, rabo de vaca. Lo pedimos. Jean-Luc quiso saber más sobre el gato de Eva. Le conté que Bob siempre había estado presente en las conversaciones semanales por FaceTime de Eva con su marido, que vivía en Seattle, pero que, ahora que había desaparecido, ambos habían perdido las ganas de seguir con su cita semanal.

—Bueno —dijo—, parece un ménage à trois entre Bob, Eva y Hamish. ¿Lo has probado alguna vez?

Guardé silencio unos momentos.

—Fanny, Eva y yo somos un à trois en la amistad. Nos vemos al menos dos veces a la semana y hablamos por teléfono todos los días. Hoy, sin ir más lejos, le he preguntado a Eva qué estaba dibujando y me ha dicho: «Ángulos de codo y puntas de lengua». Es artista gráfica y ve el mundo visualmente.

—Ya veo. —Jean-Luc chafaba una patata en el cuenco con caldo que acompañaba al pot-au-feu y en el cual se había cocido la ternera—. Pero, ahora que el gato ha desaparecido, Eva y Hamish son, digamos, à deux y no trois, frente a frente, sin la distracción de Bob.

Convine en que así era.

—A mí me parece que Bob carga con el peso de los sentimientos de Eva.

—Bueno —dije—, podríamos decir que los sentimientos de Eva la afectan aunque no quiera sentirlos. Y lo mismo cabría decir de Gertrude Stein, motivo por el cual no quería que la entendiesen. Al fin y al cabo, que te entiendan implica exponerte.

—Y es agotador —murmuró—. Llevo años dando clase de literatura norteamericana a quinceañeros en diversas escuelas internacionales. Preferiría que mis alumnos se arriesgaran a no entender. Dejar a la clase desconcertada pero eufórica. Sin embargo, está la cuestión de los exámenes. Aclarar la comprensión con el sucio trapo de la claridad ha sido mi destino y mi horror.

Era muy grato conversar con Jean-Luc en un cálido restaurante del 11.º arrondissement en una fría noche de noviembre. El globo de cristal del techo arrojaba una cálida luz dorada sobre los manteles blancos. Aventuré que tal vez Bob hubiera huido a Seattle para estar con Hamish porque prefería deux a trois.

—Creo que son las aves, no los gatos, las que emprenden viajes así de largos —observó—. Siempre me han emocionado las enormes distancias que recorren en sus migraciones. Su capacidad de resistencia. Vuelan por la noche, aprovechan los vientos de cola. Sobre todo los pájaros pequeños que cruzan el mar abierto.

Me palmeó la mano una vez más. Al parecer le encantaba ese gesto.

—¿Y por qué te interesa tanto la búsqueda del gato de Eva?

—No entiendo en absoluto ese empeño —reconocí—, pero decidí lanzarme de lleno y ver adónde me lleva. Fanny, que es un genio, rebautizó al gato de Eva. Lo llamó Bob en un intento de convertir a lo de nuevo en gato.

—Me he perdido —murmuró Jean-Paul.

—Espero que no. Acabo de encontrarte.

Nos miramos a los ojos y nos sostuvimos la mirada.

—¿De dónde salió Bob?

—El casero de Eva tenía que mudarse a Lyon y le preguntó si quería su gato, y ella dijo que sí.

—Entiendo. —Me palmeó la mano otra vez—. Empiezo a comprender la composición de tu ensayo. Escribirás sobre la vanguardia con el lenguaje del realismo. Las interacciones de ambas instancias serán conflictivas. El realismo y la vanguardia se caracterizan por su alta humedad, pero estoy seguro de que descubrirás que presentan comportamientos muy diferentes con la exposición directa al sol.

Por suerte, el camarero se acercó para explicarnos algo del pot-au-feu. El nuevo chef del establecimiento, natural de Borgoña, lo había cocido durante seis horas. En el último momento decidió añadirle puerro y deseaba conocer nuestra opinión. Convinimos en que los puerros combinaban de maravilla con la pimienta en grano. Satisfecho al parecer, el camarero se alejó y fue a buscar un plato de merluza con un huevo escalfado para la alcaldesa, que estaba en una mesa cercana.

—¿Puedo preguntarte por qué piensas tanto en Eva?

Las rodillas de Jean-Luc rozaban las mías, aún doloridas por el accidente de bicicleta. El leve movimiento que había hecho para alcanzar ese nuevo grado de intimidad resultaba en cierto modo estimulante. Yo ni siquiera había advertido que se acercaba poco a poco a mis amoratadas rodillas. Era como si Jean-Luc hubiera cruzado la muy concurrida intersección de mi resistencia levitando invisible por encima del tráfico.

—Ah, también me obsesiona Fanny. Gertrude Stein conoció a Matisse, Picasso y Braque, pero a mí me interesan más Fanny y Eva.

Todo el mundo sabe de Picasso, pero nadie sabe nada de Eva.

—Bien, ¿qué sabes tú de Eva? —Se limpió con el pañuelo de seda unas gotas de caldo que tenía en el labio.

—No mucho. Se casó con Hamish a los diecinueve años. —Escancié el Côtes du Rhône en las copas—. Pero también sé muy poco de Gertrude Stein, pese a haber leído algunos libros suyos y muchos más sobre ella. En cambio sé que a Eva le gusta pintar palosantos encaramados peligrosamente en el alféizar de su ventana, también conocidos como caquis, apenas sabe nadar pero de algún modo se mantiene a flote, propone que si estalla la Tercera Guerra Mundial tomemos una pastilla de morfina y muramos juntas en los prados alpinos de Suiza, prefiere el jabón de leche de cabra sin perfume porque alivia la piel irritada, su marido es escurridizo, una sombra que vive muy lejos, es delgada como un junco y se lava el pelo cada día.

—¿Cómo es eso?

—Con agua y champú —contesté—. ¿Te refieres a eso?

—Creo que me refiero a cómo es que la comparas con Picasso.

—No busco la equivalencia. Podemos decir que él era bajo y que ella es baja y que Alice Babette Toklas medía poco más de uno cincuenta.

—Sí, ha sido una pregunta tonta —dijo—. Tu francés es muy raro y estoy muy sensible. De hecho, me siento distanciado de mí mismo. Como si me alejara flotando por miedo a que no quieras volver a verme.

Propuse que volviésemos a tierra con una ronda de calvados. Jean-Luc, que al principio me había parecido feo, empezaba a

volverse atractivo. Parecía haber aterrizado y sabía mucho de poesía norteamericana pero sin ser pretencioso.

Mientras hablábamos de *Poemas a la hora de comer*, de Frank O'Hara, y de la Escuela de Nueva York, su rodilla derecha apretó con cierta fuerza los moretones de la mía. Coincidimos en que nos gustaba que en un poema aparecieran películas y batidos de chocolate y hamburguesas con queso y que en un poema aparecieran la nieve y el tráfico y árboles de Navidad y yoyós y un lápiz de carpintero y que en un poema aparecieran café instantáneo y Rajmáninov y el día de la Bastilla y que en un poema aparecieran la natación y la angustia y cigarrillos, como ocurre en la literatura de Frank O'Hara. Y nos gustaba su poema «À la Recherche d' Gertrude Stein», donde se desprende de la puntuación y así consigue precipitarse a gran velocidad por el poema hacia su amado para hablar directamente de cómo desaparece la angustia cuando están desnudos juntos y cómo unidos tienen la posibilidad de derrotar a los enemigos que llevan dentro y les impiden amar con mayor valentía.

Jean-Luc clavó la vista en la panera.

—Yo he estado enamorado como en esa poesía de O'Hara —confesó—. Pero el amor no duró, no derrotamos a los enemigos que llevábamos dentro y que mataban nuestra valentía.

De repente tuve la sensación de que mi vida en la Ville Lumière acababa de empezar.

Lo sentí con violencia. La violencia de la esperanza.

Más tarde nos cogimos del brazo y me acompañó a casa. «Eres una compañera muy agradable». Su tono era directo y encantador. «Eres en todos los aspectos una mujer que me gustaría llegar a conocer». Acarició mi gorro negro de pieles. Me incliné hacia él y acaricié su corbata verde. Se inclinó hacia mí y me besó dulcemente los ojos, que yo había cerrado, bajo la lluvia de noviembre. Quizá Jean-Luc hubiera desmantelado la gramática del beso. Cuando llegamos a mi portal, pareció que no tenía ganas de irse y yo quería que se quedara. Estábamos tranquilos y aterrados. «¿Me permites preguntarte si…?», susurró. Alzó la vista al cielo y luego la bajó hacia mi gorro. «¿Me permites preguntarte si podrías darme el número de teléfono de Eva?».

Con la humillación del momento, recordé que había pedido consejo a su vecino para nuestra cita. ¿Qué le había dicho el vecino? «Se precisa una fuerte motivación para alcanzar el mayor éxito posible». Permaneció allí mientras yo pulsaba los dígitos del código de la puerta. Quería que se marchase de inmediato, que se alejara flotando, que se distanciara de sí mismo, que levitara por encima del Sena y regresara a Montmartre. Me llamó, pero yo ya había cerrado la puerta.

Sin embargo, estaba trabajando con una insólita intuición.

Tenía que ver con el lenguaje. Tenía que ver con escuchar.

En el restaurante él había dicho algo que se me había quedado grabado.

Una vez en mi estudio, tuve que llenar un vaso de agua helada y tratar de rescatar sus palabras. Vacié la mente a fin de que entraran en el espacio que les había dejado. Tal vez se internaran danzando descalzas en el espacio vacío, como danzaba Isadora en los dibujos de Rodin, libre y sin constricciones. Al asomarme a la ventana, vi a una mujer que batallaba con su bicicleta de alquiler y el móvil. La aplicación no le permitía aparcarla y dar por finalizada la carrera. Llovía, claro. Es terrible la sensación de no poder acabar algo cuando el viaje ha concluido. Lo sabía por mi primer matrimonio.

Al final me vinieron a la mente las palabras. Tenían que ver con el bastón, que él había dejado a sus pies.

«De algún modo me encontró y no me dejará».

Era algo que bien podía decirse de un gato que llega de improviso y decide quedarse.

25

> Qué hace la literatura y cómo lo hace. Y qué hace la literatura inglesa y cómo lo hace. Si describe lo que ve cómo lo hace. Si describe lo que sabe cómo lo hace y cuál es la diferencia entre lo que ve y lo que sabe. Y luego está también lo que siente y está además lo que espera y desea.
>
> «What is Literature», en *Lectures in America*

Evidentemente, todos los signos de interrogación habían salido del edificio y estaban fumando fuera.

26

Le dije a Eva que Jean-Luc me había pedido su número de teléfono. Pareció sorprendida, incluso asustada, pero luego cogió un lápiz y se puso a dibujar el interior de una casa. «Me pregunto por qué querrá hablar conmigo». Bajó la vista hacia sus pies descalzos y empezó a describir pequeños círculos con los tobillos.

—Por cierto, ¿qué tal la velada con él?

Eva tenía en la estantería un jarrón diminuto con agua. Me cabía en la mano. Dentro estaba la ramita de naranjo de México que Jean-Luc le había entregado la noche que salimos a buscar a lo. Dibujó una mesita de centro y una lámpara pequeña de madera.

—Sí —dijo al fin—, dile que puede localizarme en WhatsApp. —Se apartó el flequillo de los ojos. Quizá, en palabras de Malcolm X, Eva fuera un demonio de ojos azules—. Yo he perdido a lo, pero tú has encontrado a tu leopardo de las nieves.

—Ese hombre no es un leopardo de las nieves, en absoluto —repliqué—. Eso sería no entender a qué especie rara me refería.

Saqué el móvil y envié el número de Eva a Jean-Luc. Ella ya había añadido una hilera de perchas espaciadas en la pared de la entrada de la casa que estaba dibujando.

Cuando bajaba por la escalera me pareció oír, aunque no estaba segura, que Eva lloraba.

Toda la tristeza de la ciudad llegó de pronto con las primeras lluvias frías del invierno…

París era una fiesta

27

En su momento más brillante, Gertrude Stein describe su primer viaje en avión durante la gira promocional norteamericana de la *Autobiografía de Alice B. Toklas*. Tenía sesenta años y era famosa. La joven anónima y deprimida que se había movido a la sombra de su hermano Leo había pronunciado setenta y cuatro conferencias en treinta y siete estados. Al mirar por la ventanilla le sorprendió atisbar la geometría de las formas abstractas que veía abajo…

> … veía las líneas del cubismo ya trazadas en un momento en el que ningún pintor había subido aún a un avión. Allá abajo, en la Tierra, vi las líneas entrecruzadas de Picasso, yendo y viniendo, desarrollándose y destruyéndose, vi las sencillas soluciones de Braque, las líneas errantes de Masson. Sí, vi todo aquello, y comprendí una vez más que un creador es alguien contemporáneo, que entiende lo contemporáneo cuando sus contemporáneos aún no saben nada de ello.
>
> *Picasso*,
> GERTRUDE STEIN

A Stein la asombró que Picasso y Braque hubieran visto algo que existía en el mundo y aún no era visible para el ojo humano. Sin embargo, ellos lo habían visto. El cubismo había vuelto visible lo invisible. Eso es lo que se necesita para ser moderno. Verlo antes

que nadie. Y ese primer atisbo revelador, insiste Gertrude, siempre crea un arte que no está en sintonía con su tiempo.

¿Qué quería lograr escribiendo?
Le gustaba leer novelas policiacas.

28

Mi ensayo sobre Gertrude Stein iba bastante bien hasta que el ratón llegó a mi estudio. Hasta entonces había sido un lugar tranquilo para escribir. Tranquilo estando sola, tranquilo en el sentimiento de soledad, tranquilo hiciera el tiempo que hiciese, tranquilo con la mayoría de los pesares, cuáles eran. Mientras tecleaba unos textos de Stein un ratón cruzó corriendo la estancia. Tenía el tamaño de mi pulgar, y luego pareció que por el suelo se movían formas más grandes. Debajo del sofá. Entre los leños apilados junto a la chimenea, sobre los kílims, detrás de la lavadora y del fregadero.

Llamé a Fanny y me dijo que en París era normal tener ratones en casa.

—Vivimos a orillas del Sena —observó—. Tenía que pasar.

—Pero no puedo vivir así.

—Entonces tendrás que colocar trampas con cebo.

Le dije que no sabría qué hacer con los ratones heridos en las trampas.

—Entonces tendrás que tapar los agujeros de las paredes con lana de acero. —A esas alturas me hablaba a gritos por el teléfono—. Mira, están pasando cosas terribles en el mundo y tú te estás desquiciando por un ratón.

Tres ratones.

Me aterraba que me corretearan por encima mientras dormía.

Cuando por fin llegó a mi estudio, Fanny había ordenado sus pensamientos con la ayuda de Eva para dirigirme una especie de sermón.

—El ratón simboliza la mente. Ganesha es el dios de la inteligencia. Ganesha se desplazaba a menudo a lomos de un ratón. Eres una persona intelectual, lo que significa que posees una mente ágil como los ratones, así que ¿por qué no convivís en paz?

Para ella era evidente que podían vivir en paz conmigo. Yo debía aprender de Ganesha.

Concerté una cita con un cazador de ratones para la mañana del día siguiente. Durante toda la noche los ratones ocuparon mi mente. Deslizándose, correteando. No, a diferencia de Ganesha, no me adueñé de uno y monté en él. Los ratones se adueñaron de mí. Pasé la noche en vela.

En la noche parisina irrumpieron imágenes de Londres.

Autobuses rojos de dos pisos avanzando lenta y estruendosamente por su carril, ventanas empañadas en invierno por el polvo y la mugre de esa ciudad antigua bajo la cual acecha un templo romano construido en honor de un dios que mató un toro, el esplendor de sus árboles, incluido el roble inglés con su cosecha de bellotas otoñales, el aire asilvestrado de algunos parques, los zorros que por las noches se pasean por todos los barrios, sus residentes con mochilas, AirPods en los oídos, todos nosotros feroces, agotados, amables, indignados, tímidos, extravertidos y generalmente pacientes en las colas y bajo las nubes de lluvia, trabajando a todas horas para pagar las facturas y riéndonos de

nosotros mismos mientras el oscuro Támesis con sus mareas se dirige hacia el traicionero mar del Norte.

Por la mañana el cazador de ratones llegó tarde. Estaba hasta arriba de trabajo y yo tenía suerte de que hubiera conseguido hacerme un hueco. Se sentó en el borde del sofá y expuso las opciones. De vez en cuando movía de repente la cabeza hacia un lado como si hubiese visto algo. O se llevaba una mano a la oreja como si oyera corretear a los roedores. Sus orejas eran grandes y la luz se transparentaba a través de ellas. Empecé a pensar que hacía teatro para así subir el precio de sus servicios.

Tenía que meterme de lleno en ello para no reparar en los ratones.

¿En qué?

En mi ensayo sobre Gertrude Stein.

Mi estudio estaba en la quinta planta de un edificio antiguo. Tal vez los ratones fueran parientes lejanos de los roedores que Rodin atisbaba mientras tenía las manos metidas en barro o cera o yeso. Estaba metido de lleno en ello y por eso no repararía en los animalillos. Era lo que yo necesitaba.

¿El qué?

Amor.

Necesitaba meterme de lleno.

—No lo retrasemos más —dijo el cazador de ratones—, empezaré ahora mismo.

Era un hombretón con dedos gruesos, que deslizó en unos guantes de látex azul. Comenzó a repartir por el estudio seis pequeñas madrigueras de plástico con una bolsita de veneno en cada una. Al pie de los agujeros de la pared, junto a una rejilla de la pared, bajo unas vigas de madera. Caminó de puntillas alrededor de los kílims durante treinta minutos y entonces se tumbó boca abajo para echar un vistazo debajo de la cama. Cada madriguera de plástico tenía un agujero para que los ratones entraran y mordisquearan el veneno. Me parecía mal, pero no podía vivir con los ratones.

¿El qué?
El viento, qué es.
Mi fobia a los ratones, ¿qué es?

Eso es lo que Fanny quiere saber.

—Vaaa-le —dijo cuando quedamos para pasear—. Es como si un ratoncito diminuto hubiera desatado todas tus preocupaciones del pasado y tus miedos sobre el futuro. Ese ratón es demasiado pequeño para llevar todo ese peso tuyo.

—Tres ratones. Comparten la carga.

Al mismo tiempo estaba pensando en el momento en que el camarero había pedido permiso a Jean-Luc para meter el bastón en el paragüero. Jean-Luc había insistido en que el bastón volvería a encontrarlo, como si fuera un animal dispuesto a regresar a sus pies. Y estaba pensando en cómo había definido Gertrude Stein la inteligencia: saber algo antes de que lo sepamos.

Yo sabía algo sobre lo que todavía no sabía.

Tratamos de hablar de otros temas.

Me rodeó los hombros con el brazo y me preguntó por la cena con Jean-Luc. Le dije que estaba más interesado por Eva.

—Lo siento —dijo—. Sí, eso parece. Después de todo, Eva es joven, delgada y guapa, y tú no. —Hizo como que buscaba un cigarrillo en el cinturón—. Pero ¿y si quizá os desea a las dos? ¿Te atrae un ménage à trois como a él?

Negué con la cabeza, todavía abrumada con el movimiento de los ratones.

—¿O quizá estás en un ménage à trois con Gertrude y Alice? O sea, para escribir el ensayo en cierto modo tienes que estarlo. ¿Por qué no una orgía?

Empezaron a caer gotas sobre la recién restaurada aguja de Notre Dame. Oíamos chillidos de gaviotas. Al otro lado del puente unos

turistas hacían fotos para Instagram en la terraza de una cafetería decorada con flores de cerezo falsas.

—Lo que necesitas en el estudio es un gato —dijo Fanny.

—Sí, ya lo he pensado.

Le comenté que creía que Jean-Luc nos conduciría al gato de Eva.

Le repetí sus palabras sobre el bastón y le mencioné mi intuición de que Jean-Luc me hablaba a través de un objeto. Me preguntó si tenía su dirección. Le respondí que sí y entonces propuso que fuéramos en metro a Montmartre para visitarlo el 18 de noviembre.

—Creo que el ensayo sobre Gertrude Stein te está llevando al borde de la locura. Pasas demasiado tiempo sola en compañía de Gertrude. ¿Por qué no paseas por aquella plaza ajardinada y aspiras el aroma del naranjo de México?

Al cabo de un rato le pregunté por el carlino que compartía con Lucia.

—Es como si tuviéramos un hijo que solo bebe agua de coco y tiene miedo a la luna —respondió.

Para olvidarme de los ratones y los pensamientos del pasado que los ratones me habían traído, y también del aguijón del poema de Frank O'Hara sobre la necesidad de derrotar a los enemigos que llevamos dentro y ahuyentan el amor, y de mis preocupaciones sobre el futuro, que semejaba más una noche nublada que iluminada por la luna, compré dieciséis melocotones y extraje los huesos. Los metí en una bolsa de algodón y los machaqué con un martillo. Me quedé casi sin fuerzas. Por último majé los huesos y las semillas en el mortero, los cubrí con brandy y los dejé macerar en una jarra grande de

cerámica. Al cabo de unas semanas colaría el licor y mis nuevas amigas y yo alzaríamos las copas contemplando las luces de Navidad entrelazadas en los árboles. Era una receta de *El libro de cocina de Alice B. Toklas*, que se publicó cuando ella tenía setenta y siete años. Tal vez el libro fuera una conversación con su amada, entonces ya enterrada en Père Lachaise. Casi todos los textos de Stein eran una conversación con Toklas.

Yo quería mucho a mis amadas Fanny y Eva. Más que encontrarnos a nosotras mismas en París, nos habíamos encontrado las unas a las otras. A veces mi madre, fallecida hacía años, regresaba y me encontraba en mi estudio de París. Ahí está. Parada sobre un kílim, contemplando los ratones. Estoy convencida de que sigue sin saber nada de lo que es importante para mí.

29

Cuando Gertrude Stein tenía doce años, su madre, Amelia Stein, anotó en su diario: «Gertrude pesa 61 kilos». Gertrude, a su vez, escribió sobre su madre, o escribió en respuesta a su madre, fallecida cuando ella tenía catorce años:

> Era una mujer dulce, de buen carácter y pequeña que vivía en su marido y sus hijos, que solo conocía la desahogada vida de la clase media, y que nunca supo lo que su marido y sus hijos pensaban y hacían.
>
> *Ser norteamericanos*

Es el fascinante asesinato de una madre a manos de su hija menor. Adoro la frase «vivía en su marido y sus hijos», como si no tuviera un hogar propio. Sí, su madre se desvivió por crear un hogar para su marido y sus hijos y es muy posible que descubriera que no tenía ningún lugar en su propio hogar. Al parecer Amelia ignoraba lo que ellos pensaban o sentían.

En opinión de Stein, su madre carecía de herramientas o del vocabulario preciso para conocer lo que pasaba dentro de ellos. Resulta intrigante que insistiera en que la muerte de su madre fue una «liberación» porque «tenía una existencia propia pequeña».

Su madre era una madre pequeña.

> Su pequeña madre no les importaba. Eran unos hijos que se portaban bien con ella en la vida cotidiana pero que nunca sintieron mucho cariño hacia ella. Sentían con gran fuerza el deseo de obtener su propia libertad.
>
> *Ser norteamericanos*

Gertrude Stein se la había perdido.
¿El qué?
La vida de su madre.
Si fue una vida sacrificada, aun así la había perdido.
¿El qué?
A su madre.

En los últimos años de la adolescencia Gertrude Stein se sentía melancólica y ya no tenía una pequeña madre con la que medirse.

> … pero en aquellos días en California me interesaba la eternidad y me preocupaba tanto por todo que estaba casi sola y si una está casi sola, bueno, todo lo que hay está casi solo.
>
> *Autobiografía de todo el mundo*

30

Jean-Luc vivía en una calle cercana al Sacré-Cœur, en Montmartre. Fanny y yo llegamos a Métro Abbesses, la estación más profunda de París, para iniciar la larga caminata cuesta arriba hacia la rue Norvins. Eran las seis y media de la tarde y los cafés estaban abarrotados de personas que saboreaban una copa de vino después del trabajo. A Fanny no paraban de enganchársele los tacones en los intersticios entre los adoquines.

—¿Por qué te pones stilettos para caminar por aquí, Fanny?

—Por mi salud mental.

—Yo prefiero los tacones curvos del siglo XVII.

—Eso es porque eres soberana.

Me detuve para recuperar el aliento. A veces temo que se me pare el corazón. ¿Por qué me falta el aliento? Gertrude Stein está absorbiendo toda mi energía. Íbamos a visitar a Jean-Luc, sin invitación, con solo pruebas fragmentarias. ¿Qué pruebas tenía yo de que supiera del gato de Eva más que nosotras? Su insólita insistencia en que el bastón volvería a encontrarlo a él como si estuviera dispuesto a regresar a sus pies por voluntad propia.

¿Era descabellado atisbar un significado más amplio oculto a plena luz del día entre esas palabras? Pero ¿no es esa la función de la literatura: explorar los montes en busca de significados más amplios que se ocultan a plena luz del día?

Es difícil saberlo.

A Jean-Luc le sorprendió vernos cuando abrió la puerta pero no pareció del todo extrañado. De hecho, era un maestro de urbanidad. Desde nuestro último encuentro se había cortado el pelo canoso. Según Fanny, llevaba un traje de Yves Saint Laurent vintage tan exclusivo que poseía un inmenso valor. La tela de los codos estaba gastada y a punto de rasgarse. Eso me pareció acorde con nuestra misión. Tenía muy poca sustancia para sostenerse.

—Me alegra volver a veros.

Jean-Luc no era del todo sincero, pero nos invitó a entrar, no nos cerró la puerta en las narices. Admiré su valentía. Era una sala cálida, de erudito. Forrada de libros. Muebles de caoba. Un gallo de cerámica en el centro de la mesa y al lado un pollo con patas de madera. Sobre la chimenea, un jarrón lleno de radiantes mimosas. Un estante estaba dedicado por completo a la poesía norteamericana: John Ashbery, Frank O'Hara, Eileen Myles, Ted Joans, Kenneth Koch, Langston Hughes, Gertrude Stein, Barbara Guest, Nikki Giovanni, James Schuyler, Maya Angelou. Entre dos libros había un botecito de crema hidratante para aliviar el picor del eccema. Fanny le entregó el champán que habíamos comprado, para compensar, dijo, nuestra descortesía por presentarnos sin avisar. Él descorchó la botella con elegancia y nos indicó con un gesto que nos sentásemos en el sofá de cuero. Cuando salió de la sala en busca de copas, Fanny me dio un codazo y señaló una pintura de la pared.

Seguí su mirada. Vimos que era el cartel que Eva había fijado en los árboles del quai de la Tournelle.

La palabra PERDIDO escrita en letras grandes estaba suspendida sobre el dibujo que Eva había hecho de Bob. Dos triángulos rojos y negros por orejas. No era Bob tal y como lo veíamos, sino como Eva lo sentía. Bob era amor. El amor era majestuoso y travieso. Y se había perdido.

Jean-Luc reapareció con una bandeja en la que llevaba copas y un plato con almendras.

—Son de categoría superior, AAAAA —dijo.

—No, esa es la categoría que se usa para las andouillettes —le corrigió Fanny.

—Ah. —Él sonrió—. A veces me confundo. —Me miró y enseguida apartó la vista.

—Vemos que tienes contigo a Bob. —Fanny lo dijo con un tono más acusador de lo que pretendía.

—Sí, es irresistible. Una obra maestra. Sin duda merecería el Prix Nobel.

Nos llenó las copas y preguntó si yo iba mejorando con el francés.

—Su francés es criminal —le dijo Fanny—. Tiene que apuntarse a clases inmersivas de francés.

—Pero ¿no es la ciudad de París su clase inmersiva de francés? Quizá nuestra amiga inglesa sea como André Breton cuando llegó a Nueva York durante la guerra. No aprendió inglés por temor a perder el francés.

La conversación derivó hacia las carretas tiradas por caballos que llevaban cepillos giratorios para barrer las calles de París en 1903. Y, como era 18 de noviembre y Marcel Proust había muerto en esa fecha a los cincuenta y un años, Jean-Luc propuso que alzáramos las copas para brindar por el escritor.

Añadió con voz queda que le reconfortaba recordar, especialmente en un día melancólico, que Proust comprendió que era el dolor, y no la felicidad, lo que desarrolla el poder de la mente. Recitó de memoria el nombre de algunos muchachos que habían estudiado en el mismo instituto que Proust, el Lycée Condorcet. Henri Bergson, Pierre Bonnard, Jean Cocteau, Serge Gainsbourg, Henri de Toulouse-Lautrec, Paul Valéry y Paul Verlaine.

No estaba claro de qué estábamos hablando, salvo que se trataba de una versión de la limonada y Suiza. Cuando Jean-Luc sacó el tema de Andy Warhol, Fanny afirmó que desde luego ese artista no había estudiado en el Lycée Condorcet. Jean-Luc miró abstraído hacia donde yo estaba, pero no a mí.

—No, pero le obsesionaba la repetición del mismo modo que a Gertrude Stein le obsesionaba la repetición. Sus serigrafías de Marilyn Monroe eran constantemente iguales y constantemente distintas. También él era hijo de inmigrantes.

La conversación derivó hacia una comida norteamericana, el corn dog. Una salchicha de Frankfurt en un pincho, rebozada con harina de maíz y luego frita. Fue Fanny quien sacó el tema de los corn dogs.

La conversación derivó hacia la religión.

—Yo soy católica —dijo Fanny.

—Yo soy ateo y creo en la trascendencia —afirmó Jean-Luc.

—Yo lo quiero todo pero sin el dolor que lo acompaña.

La conversación derivó hacia la economía. Al cabo de un rato Fanny levantó la mano.

—Vaaa-le, con todos mis respetos, no sabéis nada, conque no tiene sentido escuchar vuestras opiniones sobre el nuevo orden mundial.

Evidentemente, la conversación derivó hacia el queso.

—Yo prefiero el queso con jalapeños —confesó Jean-Luc.

La conversación derivó hacia el sexo.

—Yo creo en el poliamor. —Fanny se hallaba en su área favorita. El Área Sexo.

—Yo también —dijo Jean-Luc—, pero por desgracia ya no puedo tener relaciones sexuales por problemas con la próstata.

—Pero tienes manos. —Fanny lo miró con algo similar a la indignación.

Jean-Luc se sonrojó. Por un instante dio la impresión de que se mareaba. Bajó la cabeza como para recuperar el equilibrio. Al cabo de unos momentos la levantó y me preguntó si yo también creía en el poliamor.

—Ah, no. Me gustaría que mi amante me dijese que me quiere como a nadie, aunque me mintiera. Prefiero que me quieran a ser una de muchas.

—Pues no te ha funcionado, si no te importa que te lo diga. —Fanny tenía la vista clavada en el pollo con patas de madera.

En ese momento lo oímos.

—Jean-Luc, ¿tienes un gato? —Yo empezaba a hablar como el comisario Maigret.

—Nadie tiene nunca un gato. —Bajó la voz—. Del mismo modo que no podría tenerte a ti.

—Entonces ¿vives con un gato?

—Vive conmigo. —Frunció los labios y llamó pspsps pspsps pspsps.

Se abrió la puerta y entró en silencio un lustroso gato blanco.

—Os presento a Marie. Marie es madre de cinco mininos y ya es bastante vieja.

Marie saltó con dificultad al regazo de Fanny y de inmediato empezó a hundir las zarpas en sus muslos.

—Creo que me ha arañado el lunar. —Fanny bajó al suelo a la gata blanca, que babeaba de placer.

Jean-Luc se volvió hacia mí.

—Lamento que nos despidiéramos de aquella forma. Fue un malentendido.

Su bastón se alzaba erecto contra la estantería.

—Espera —intervino Fanny—, ¿quieres que me vaya?

—Sí —respondió Jean-Luc con toda sinceridad—, quiero que te vayas.

Fanny sacó un cigarrillo del cinturón. Abrió la ventana y empezó a echar humo suavemente hacia el 18.º arrondissement.

—Pero antes de que os vayáis tenemos que hablar de cómo Eva consiguió a su gato —nos dijo Jean-Luc a las dos, como si se dirigiera a un seminario de serios académicos hegelianos.

—Eso ya lo sabemos. —Fanny arrojó el cigarrillo por la ventana—. Lo abandonó el dueño de su estudio, que ahora vive en Lyon.

Jean-Luc levantó el plato de almendras para apartarlo de Marie, que hacía ruiditos extraños con la garganta.

—Pero esa no es exactamente la verdad.

Los tres miramos a Marie. Al mismo tiempo que Fanny, advertí que la gata tenía negra la punta de su blanca cola y una oreja más corta

que la otra. Mucho más corta. Del tamaño del dedo más pequeño del pie humano. ¿Se había quedado Jean-Luc con uno de los cinco gatitos que había tenido Marie? ¿Era ella la madre de lo?

En el pequeño jardín del naranjo de México florido nos había dicho: «Yo también echo en falta a personas y animales».

Fanny se calzó los stilettos de suela roja.

—Entonces, Jean-Luc, ¿cuál es la verdad?

—Es tu amiga Eva quien debe contárosla.

Mientras tanto, llovía sobre los muertos de Père Lachaise, donde estaban enterradas Gertrude y Alice B. Había llegado la hora de que me preparase para el viaje que me llevaría a ellas. Jean-Luc deslizó la mano en el bolsillo de la americana. Cuando la sacó de la deshilachada tela, la cerró en un puño y luego la extendió abierta. Sobre la palma tenía una horquilla mía.

—La perdiste la noche que estuvimos buscando al gato que me robaron —dijo.

31

Estoy en la división 33 de Père Lachaise, en la última semana de noviembre. Para encontrar la tumba de Gertrude Stein tendré que recorrer la ruta circular hasta la división 94. No he traído flores ni botones ni billetes de métro para depositarlos en la sepultura. A las flores se les exige que comuniquen muchas cosas. Amor, pésame, felicitaciones, disculpas, patriotismo, seducción.

Por eso Stein creó de nuevo la rosa roja en su frase «Una rosa es una rosa es una rosa es una rosa». «Miren, todos habrán visto cientos de poemas sobre rosas —les dijo a los estudiantes de la Universidad de Chicago— y saben a ciencia cierta que la rosa no está ahí […]. No soy tonta, pero creo que en ese verso la rosa es roja por primera vez en la poesía inglesa desde hace cien años».

A Eva, por ser una persona visual, le inspiran más las sierras y los formones colgados de ganchos en el estudio de Brancusi. Estamos de acuerdo en que la rosa de Stein se ha arrancado tantas veces que ha perdido sus pétalos y sus espinas. Y prefiero las virutas de madera y el polvo de piedra en el suelo de Brancusi a otra anécdota sobre cómo Alice B. quitaba el polvo a los Picassos de la colección de Stein. También estamos de acuerdo en que el shish kebab y el vino tinto que Brancusi servía a Anaïs Nin son preferibles a la pierna de cordero asada e inyectada de zumo de naranja que Alice B. servía a Gertrude.

Camino bajo la lluvia con la esperanza de encontrarlo.
¿El qué?
Un final al tormento y el placer de Gertrude Stein.
No soporto el placer.

«¿Merece la pena vivir?». Así se tituló una de las clases que William James ofreció en su curso de doctorado en psicología del Radcliffe College. Gertrude asistió a la conferencia, que significó mucho para ella. Aquí, en Père Lachaise, imagino que cuantos yacen bajo el mármol y la piedra también se plantearon esa pregunta.

«El mejor uso que puede darse a la vida es dedicarla a algo que la sobreviva», escribió James en una carta dirigida al filósofo polaco Wincenty Lutosławski el 13 de noviembre de 1900.

En su juventud Stein quiso saber qué hacía que mereciera la pena vivir. Se interesó por mujeres que sufrían trastornos nerviosos. Quizá debería haber viajado a Viena, apretado con el dedo el timbre del piso del profesor Freud en Berggasse 19 y estudiado con los freudianos. A fin de cuentas, la obra de ambos se centraría en el lenguaje.

> Entonces empecé a pensar otra vez en la naturaleza más profunda de las personas, empezó a interesarme sobremanera oír cómo todo el mundo decía

> lo mismo una y otra vez con infinitas variaciones pero una y otra vez hasta que al final si se escuchaba con gran atención se oía elevarse y descender y revelar cuanto había dentro de ellos, no tanto por las palabras que decían o los pensamientos que tenían sino por el movimiento de sus pensamientos y sus palabras constantemente igual y constantemente distinto.
>
> «The Gradual Making of the Making of Americans»,
> en *Lectures in America*

A Stein le desagradaba hablar del pasado y no le interesaba su inconsciente. Habría sido un encuentro interesante: Sigmund Freud y Gertrude Stein disfrutando juntos de un puro en Viena. ¿Acaso la esposa de Freud, Martha, también conocida como Frau Professor, se habría enfrascado con la esposa de Gertrude, Alice B., en una cháchara insustancial? ¿Habría intercambiado su receta de ternera hervida por la del dulce de hachís de Alice B.? El escritor favorito de Martha Freud era Thomas Mann; la escritora favorita de Alice B. era Gertrude Stein. Freud llamaba a su esposa Princesa cuando eran novios; Stein llamaba a la suya Gatita. Sigmund Freud estaba convencido de que la anticoncepción causaba neurosis, así que después de tener seis hijos se abstuvo de mantener relaciones sexuales. Quizá Alice B. hubiera tenido algo que decir sobre el asunto. Ambas mujeres sobrevivieron a sus respectivas parejas y lucharon por encontrar una manera de vivir sin la luz centelleante de sus geniales cónyuges.

Tanto Freud como Stein tenían formación médica y deseaban hacer algo más con esa formación. Stein publicó su primer texto en mayo de 1898, en la *Harvard Psychological Review*, con el título de

«Automatismo motor cultivado: un estudio del carácter en relación con la atención». Freud estudió en la Facultad de Medicina de la Universidad de Viena, se especializó en neurología y se licenció en 1881. Stein estudió en la Facultad de Medicina de la Johns Hopkins en 1897, y aprobó, con excelentes y notables, anatomía, anatomía patológica, bacteriología, farmacología y toxicología. Su trabajo social en organizaciones benéficas la llevó a asistir partos en barrios negros de Baltimore, material que aprovechó en su colección de nouvelles *Tres vidas*. Suspendió cuatro de los exámenes finales por el irremediable desánimo que le infundió un profesor misógino. El hombre la consideraba una señora de horca y cuchillo, cabe suponer que porque se sentía derrotado por el filo de la inteligencia de Stein. Por su presencia. Por las formas en que se presentaba. Freud se convirtió en el fundador de la ciencia vanguardista del inconsciente. Stein se convirtió en escritora vanguardista, una figura destacada del movimiento modernista de su tiempo. Ambos coleccionaron arte. Freud adquirió más de dos mil piezas antiguas para ampliar sus ideas sobre cómo el pasado se halla incrustado en el presente inconsciente. En cierta ocasión le confesó a Carl Jung: «Debo tener siempre un objeto que amar». Quería excavar el pasado de sus pacientes y recomponerlo a fin de entender mejor cómo se repite en el presente, de mirar hacia atrás para avanzar.

En uno de sus textos fundacionales del psicoanálisis, Freud escribe:

> De este modo, en este mi primer análisis completo de una histeria, llegué ya a un procedimiento que más tarde hube de elevar a la categoría de método, o sea al del descubrimiento y supresión, por capas sucesivas, del

material psíquico patógeno; procedimiento comparable a la técnica empleada para excavar una antigua ciudad sepultada.

Studies in Hysteria (1895),
SIGMUND FREUD y JOSEPH BREUER

¿Qué habría pensado Freud de Stein? ¿Se habría estrellado contra la piedra (el apellido Stein significa «piedra») y habría salido con valiosos tesoros? La pluma de Stein había reordenado con esmero los escombros de la ciudad sepultada y la escritura era en sí misma el tesoro.

Perdone la entonación al modo intenso. Perdone al aristócrata que no ha venido para quedarse. Perdone el maltrato que ha comenzado. Perdone la yema poco hecha. No perdone nada todavía, perdone que sea líquida, olvide la abertura ahora y vuelva a cerrar la puerta.

«A Long Gay Book» (1909-1911), en *Matisse, Picasso, and Gertrude Stein: With Two Shorter Stories* (1933),
GERTRUDE STEIN

Stein coleccionaba arte moderno. Quería excavar el futuro. Era avanzada y miraba siempre adelante, por lo que nunca aprendió a dar marcha atrás en el Ford Modelo T que le enviaron de Estados Unidos para que pudiera repartir suministros médicos en Francia durante las dos guerras mundiales. Los perros solían dormir en el asiento de atrás. En ocasiones escribía dentro del Ford mientras lo reparaban.

Ahí están, Freud y Stein, ensimismados en sus respectivas colecciones de arte, antiguo y moderno, desentrañándolo.

¿El qué?

Cómo nos construimos.

En la infancia Gertrude hablaba alemán, lengua materna de Freud. Quizá Sigmund se pareciera mucho al padre de Gertrude, aunque no era tan voluble como Daniel Stein. El padre de Freud, Jakob, era comerciante de lana. El de Stein comenzó su nueva vida en Norteamérica regentando una tienda de ropa en Baltimore con su hermano. Si ella encontraba «deprimentes» a los progenitores masculinos, a Freud le revelaron de diversas maneras sus pacientes femeninas que ellas también encontraban deprimentes a los progenitores masculinos, sobre todo en el estudio del caso de Dora, de 1905, «Análisis fragmentario de una histeria». Dora, de diecisiete años, huye de los depredadores sexuales masculinos, igual que la hija en *Ser norteamericanos.*

Cuando Freud le explica a Dora que su negativa a aceptar la interpretación de su sufrimiento es «un indicio de la fuerza del amor y el deseo sexual reprimidos que le inspira su padre», ella abandona el consultorio vienés para respirar el aire del nuevo siglo. El siglo XX. Stein abandonó su formación médica un año después, en 1901. Dora cuestionaba la monosubjetividad masculina del pensamiento de Freud, algo que Stein también padeció en la Johns Hopkins. Cuando un profesor hizo un chiste procaz sobre las mujeres y el parto, ella le afeó el tono y él replicó que si no le gustaba no asistiera a su seminario. La madre de Stein había tenido siete hijos, dos de los cuales murieron al nacer. En los textos de Gertrude no se revela abiertamente esa lucha, pero es posible que se oculte en la incoherencia que presentan.

Cuando, con veintinueve años, Stein llegó a París para consagrar su nueva libertad a la escritura, había recibido una formación académica más prolongada que su hermano Leo Stein, supuestamente más intelectual. Él no había terminado ninguna de las diversas carreras en que se había matriculado en Berkeley, Johns Hopkins y Harvard. Ella se había licenciado en psicología. Aun así, Gertrude empezó a comprender que se le exigía que se comportara como un personaje femenino decimonónico y se moviera a la sombra de un hermano menos perspicaz. Se plegaba a Leo porque él era inconstante y frágil y él era el hermano mayor y ella la hermana pequeña. «Ella es básicamente tonta y yo soy básicamente inteligente», decía Leo a quien quisiera escucharle. Algunos hombres se sienten muy molestos cuando tienen un genio por hermana.

No debería ser así.

Las hermanas Brontë también se dieron cuenta. Ellas serían escritoras famosas y su hermano, Bramwell, sería opiómano y alcohólico. Al parecer Bramwell vio frustrada su ambición de ser escritor y artista. Carecía del talento de Charlotte, Emily y Anne, y tampoco poseía su tenacidad y su entereza. Las tres hermanas se cuidaban de no restregarle su éxito por la cara. Es posible que incluso se lo ocultasen para agrandar la autoestima de Bramwell. Si se trata de una destreza especial que las niñas han de aprender a una edad temprana, las cosas pueden torcerse cuando pierden el interés por esa destreza. Leo era el genio. Se suponía que así debía ser. La sociedad le proporcionaba el derecho, el estímulo y la

seguridad económica que necesitaba para triunfar. Gertrude tenía la protección económica y toda la turbulencia de su género y de su carácter queer. Leo empezó a burlarse de sus textos. Los consideraba abominables. La furia de la hermana y el hermano. Gertrude debió de experimentar una inmensa vergüenza por su complicidad al plegarse a él. La rabia que a él le provocaba la motivación de su hermana indicaba que ella lo había perdido.

¿El qué?
A su hermano.

> Lentamente y de cierto modo no era sorprendente pero lentamente iba dándome cuenta de que [yo] era un genio. No había razón para ello pero lo era, y él no lo era había una razón para ello pero él no lo era y ese fue el principio del fin y siempre habíamos estado juntos y entonces ya no lo estábamos nunca. Poco a poco dejamos de vernos.
>
> *Autobiografía de todo el mundo*

Cuatro años después de irse a vivir con Leo, Gertrude conocería a la mujer a quien llamó su esposa: Alice Babette Toklas. Babette, del nombre hebreo Elisheba. Se conocieron en el otoño de 1907. Gertrude tenía treinta y cuatro años, Alice treinta. Toklas escribió en sus memorias, *What is remembered*: «Fue Gertrude Stein quien mereció toda mi atención, como lo haría durante los muchos años

que la traté hasta su muerte y durante todos los años vacíos desde entonces…».

Alice era menuda, morena, burguesa, judía y atrevida. Después del terremoto se marchó de San Francisco, donde desde los veinte años se había ocupado de los quehaceres domésticos para su padre, su hermano y otros hombres de la familia, a fin de vislumbrar otra clase de vida en la Rive Gauche de París. Viajó con Harriet Levy, su amiga y vecina. Toklas había conocido en San Francisco a un hermano de Gertrude, Michael, cuando él fue a la ciudad para evaluar los daños de algunas propiedades familiares.

En París, Alice B. y Harriet visitaron a Michael Stein y su esposa, Sarah Stein, en su apartamento de la rue Madame y se encontraron con que había alguien más.

Gertrude estaba allí, toda ella allí.

Morena tras unas vacaciones en la Toscana.

A Alice B. la atrajeron el broche de coral que lucía, su voz grave y su risa desinhibida. Vio a una mujer que había perdido mucho de lo que tenía que perder. Gertrude Stein no intentaba hacerse más pequeña ni ocultar su potencia intelectual y había consagrado su vida al arte. Era colosal y también frágil. Alice B. lo supo.

Gertrude la invitó a ver su estudio de la rue de Fleurus al día siguiente y propuso que después fueran a pasear por los Jardines de Luxemburgo. Alice B. llegó media hora tarde y encontró a Gertrude de muy mal genio, gritando y yendo de aquí para allá. En aquella época Gertrude estaba convirtiéndose en alguien, pero aún no había publicado nada. Sin embargo, por alguna razón se sintió a gusto mostrándose de mal humor con Alice B., lo bastante segura como

para ser antipática. Le ordenó que mirara las pinturas mientras ella se cambiaba de ropa.

> A mí me gusta estar enamorada. Por lo general me gustan todas las maneras en que alguien puede sentirse enamorado. Poco a poco me ha sucedido que no me resulta desagradable ninguna de las maneras en que las personas se enamoran y que todas me parecen interesantes.
>
> *Ser norteamericanos*

No podían casarse legalmente, pero Gertrude propuso que vivieran juntas. Alice lloró. Estaba muy enamorada de ella y empapó dos pañuelos con su sí. Se mudó a la rue de Fleurus para continuar con su papel de provocadora erótica, compañera intelectual, correctora de textos, mecanógrafa, cocinera intrépida y supervisora de las numerosas cocineras que contrataron. Stein le compró una máquina de escribir y Leo dejó su estudio para que Alice pudiera tener un dormitorio. Gertrude escribía a mano y arrojaba las hojas al suelo. Alice las recogía para mecanografiarlas a la mañana siguiente mientras Gertrude dormía. Le resultaba intelectualmente estimulante lo que leía y lo que mecanografiaba, y se mostraba protectora con la literatura de su amante. En su opinión, Leo Stein no podía escribir porque no tenía nada que decir. En ocasiones Gertrude dejaba notas cariñosas a Alice B., firmadas TA. Tu Amor. Alice B. había pasado, desde su punto de vista, de la servidumbre en el hogar familiar a los brazos de una mujer vitalista, ingeniosa e inteligente que la inscribiría en la historia de la literatura. No se borraría a Alice B.; se la incluiría.

Ahí está. Con el ceño fruncido bajo el sombrero.

Alice B. lo había perdido.

¿El qué?

El deber de sonreír.

Alice B. era elegante, sarcástica, perspicaz y afectuosa.

Cuando la relación entre las dos mujeres se estrechó, Leo les dejaba notas indignadas sobre las ofensas domésticas cometidas contra él. Es comprensible que la vida cotidiana con su enamorada hermana y la leal compañera de esta empezara a parecerle insoportable.

> Ella está tiernamente aquí y yo estoy muy cerca y esto es delicioso.
>
> «Bundles for Them», GERTRUDE STEIN,
> en *Look at Me Now and Here I Am: Writings and Lectures 1911-1945* (1967),
> PATRICIA MEYEROWITZ, editora

Al mismo tiempo, Gertrude empezaba a considerar menos interesantes los razonamientos y las opiniones de su hermano. Cuando finalmente Leo se marchó del 27 de la rue de Fleurus, a Stein le resultó difícil recuperar la amistad con el hermano al que tanto había querido. Para ello tendría que empequeñecerse en presencia de Leo, no compartir con él nada de lo que la hacía extraordinaria. Se vería obligada a reírse de sí misma, a reírse de que el mundo se riera de ella cuando no era su intención provocar la risa, a aceptar que él la ridiculizara y que la ridiculizaran los hombres

modernistas que la veían como una impostora excéntrica en su reino. Querían expulsarla de su territorio y ella lo sabía. La envidia de Leo y sus privilegios son reconocibles. Nada de esto se manifiesta a las claras en el poema de Stein «Cómo se inclinó ella ante su hermano», pero está en la puntuación, en el uso de los puntos, que, cual agujas que horadan la página, sirven para transmitir cuanto no puede decirse.

Ella no. Se inclinó ante su hermano. Cuando. Lo vio.

Leo y Gerturde no volvieron a hablarse nunca más. Él se enteró de la muerte de su hermana por un periódico. El colérico poema «Cómo se inclinó ella ante su hermano» alude al momento en que Gertrude vio a Leo Stein entre el tráfico de París años después de que dejaran de dirigirse la palabra. Stein soslayó el dolor de crearse a sí misma en su literatura, la amargura y la vergüenza de que desdeñaran y rechazaran su obra. Tenía sesenta años cuando alcanzó una gran fama. Había sido una larga vida dedicada a la escritura llena de dificultades.

Ahí está ella, en su coche. No se inclina ante su hermano.
Ahí está ella, en la división 94. Enterrada con su amante.

He encontrado la tumba. Un delgado cuadrado moderno de granito gris. La lápida la diseñó el artista Francis Rose, amigo de Stein.

Gerturde le había comprado ciento treinta cuadros y los exponía con los Picassos. Él se sentía halagado. Se habían conocido cuando él era joven, anónimo, hedonista y fumaba opio en su apartamento de Montmartre, con la estancia pintada completamente de negro.

Alice B. Toklas pidió que Francis Rose diseñara la última morada de Gertrude, quizá sabiendo que acabaría acompañándola. Sus nombres están grabados en la lápida, uno en cada cara.

Gertrude Stein nos contó que Alice B. Toklas oía campanas cuando se hallaba en presencia de un genio. Evidentemente, Alice B. oyó campanas cuando conoció a Stein y cuando conoció a Picasso.

Agucé el oído.

No sonaba ninguna campana.

Oía pájaros y el zumbido del tráfico y la lluvia que caía sobre los árboles y que caía sobre los muertos de Père Lachaise. Los muertos que ya no pueden sentir la lluvia ni sufrir o buscar el amor y la fama ni presentarse borrachos a una cena y ser empujados escaleras abajo por su anfitriona.

Gertrude Stein.

Llamarse genio a sí misma fue una genialidad. Todo el mundo lo discutiría sin cesar.

Si las personas se crean a sí mismas con y mediante el lenguaje, me parece que el proyecto de Gertrude Stein era desmantelarse a sí misma y desmantelar todo un siglo mediante el lenguaje, descrearse tal como la habían creado su padre, su desdeñoso profesor de la Johns Hopkins, su hermano, deshacer el talante del siglo XIX. Desprenderse de las comas. Desprenderse de los signos de interrogación. No quería que le ordenasen cuándo debía respirar y cuándo algo era una pregunta o a quién amar o cómo vestir. Desprenderse de los clichés. Romper con las convenciones de género. Stein iba a salirse del cuadro, a distanciarse de la vida de su madre y sus tías, a distanciarse de las incómodas feminidades construidas por la sociedad para que no se moviera de su sitio. Su fascinación por el arte visual la llevó a desviarse de los diversos modernismos de la escritura literaria, como Pound, Eliot, Joyce y Woolf. Le parecía que Pound olía «a museo». En opinión de Hemingway era imposible que un escritor saliera intacto de la tormenta de Pound y Joyce.

> Cualquier poeta nacido en este siglo o en los diez últimos años del siglo pasado que pueda decir sinceramente que no ha estado influenciado por la obra de Ezra Pound o no ha aprendido mucho de ella merece compasión más que rechazo. Es como si un prosista nacido en esa época no hubiera aprendido de James Joyce o recibido su influencia o como si un viajero atravesara una gran tormenta de nieve y no sintiera su frío o una tormenta de arena y no sintiera la arena y el viento. Lo mejor de la escritura de Pound —y está en los CANTOS— perdurará mientras exista la literatura.
>
> «Statement on Ezra Pound»,
> *The Cantos of Ezra Pound* (1933),
> ERNEST HEMINGWAY

Gertrude Stein sí atravesó la tormenta de nieve y no sintió su frío. Crearía un hogar literal con Alice B. y otro hogar con el lenguaje. No le interesaba renovarlo de la forma en que quiso renovarlo Pound.

Tuvo la suerte de saber que merecía toda la atención de alguien que la amaba y que siempre escuchaba. Quizá sea lo que se supone que hacen las madres míticas, amar siempre y escuchar siempre. Sin embargo, Gertrude también estaba creando de nuevo a Alice B. Con su pluma se reescribiría a sí misma y reescribiría a Alice B. La sociedad había escrito a Alice B. como la hija soltera sin más propósito en la vida que organizar el hogar de su padre. Alice comprendió que en la literatura de Gertrude se daba ese acto de descreación. Compartían un proyecto, el de crearse de nuevo, el de tener una segunda vida en el lenguaje. El hogar que creó con Gertrude Stein está presente en buena parte de la obra escrita.

Ahí está. Paseando sus fantasmas. Sus ghosts.

Pierre Balmain, el gran modisto, veía a Gertrude Stein pasear con su cabra por el jardín de su casa de campo. Balmain pronunciaba goat como ghost.

Toda obra literaria va de pasear fantasmas. O quizá los fantasmas pasean al escritor. Lo llevan hacia nuestros padres o algo similar a

ellos. Hacia nuestros hermanos y amantes y amigos o algo similar a ellos. Hacia lo desconocido. Hacia el borde de un precipicio.

En junio de 1926, Gertrude Stein acepta una invitación para pronunciar una conferencia en Inglaterra, en el Club Literario de Cambridge. La poeta y crítica Edith Sitwell, con muchos anillos, envuelta en deliciosas pieles, se encargará de la organización. Dará una fiesta en honor de Gertrude y Alice B. ¿Quién asistirá? Asistirán E. M. Forster y Virginia Woolf. La conferencia de Cambridge brinda a Stein la oportunidad de defender su obra, de avanzar hacia la condición de intelectual pública, de exponer sus propuestas. Los años en los que había tenido su salón y defendido a los artistas proscritos cuya obra exponía la habían preparado para ese momento. La Hogarth Press de Virginia Woolf publicará la conferencia con el título de «Composición como explicación». Al regresar a París, Gertrude pide a Alice B. que le corte el pelo. Quítame las horquillas. Corta. Córtalo todo. ¿Dónde están las tijeras? Alice se lo corta por encima de las orejas. ¿Tenía un aspecto más masculino? ¿O tenía un aspecto más femenino? ¿O acaso consiguió la superioridad bruta y semejaba un emperador romano? Julio César. Atrápenla.

32

Eva tenía algo que decirnos. Se marcha de París para reunirse con Hamish en Estados Unidos. Al parecer, desde hace dos años él ha estado construyendo una casa en Seattle para ambos. ¿Por qué Eva nunca mencionó la casa? Hamish llevaba tiempo buscándolo. ¿El qué? El terreno. Lo encontró, negoció el precio, el arquitecto diseñó un plano que les gustó a ambos y la casa ya estaba más o menos acabada.

Además, Eva ya ha entregado su novela gráfica a su editorial francesa. El último día de noviembre dejará el estudio de la rue des Trois Portes para vender su novela gráfica en Estados Unidos y vivir en la casa que Hamish ha construido para ella.

Fanny estaba furiosa. «¿Y nosotras qué?». Incluso puso el móvil en silencio para hacer la pregunta. Se hallaba de pie detrás de Eva la Quinta, que estaba sentada en una de las sillas blancas de la mesa de su apartamento.

—Bueno, eso es cosa del pasado —afirmó Eva al tiempo que cerraba la mano derecha bajo la izquierda.

—¿Estás diciendo que somos cosa del pasado? —Fanny enganchó el pulgar en el cinturón que rodeaba sus estrechas caderas—. No, Eva, somos una trieja. —Sus uñas acrílicas eran remolinos de color naranja con joyas diminutas pegadas.

Eva nos miró de reojo, como si examinara a dos desconocidas. Desenroscó la tapa del licor elaborado mediante la maceración de los huesos y las semillas de melocotón y sirvió una gran cantidad en las tres copas que Fanny había comprado en Verona durante una escapada romántica con Martine, la más oscura de sus tres amantes.

Nos lo bebimos de un trago. Eran las once de la mañana.

Eva no parecía sentir pena ni pesar ante su marcha de París. Se sirvió otra copa de brandy de melocotón y me miró de hito en hito. Tenía una mancha de pintura roja en la mano izquierda.

—Creo que es una receta del libro de cocina de Alice B. ¿Sí? ¿De los tiempos de guerra?

No respondí y me limité a llenar de nuevo la copa de Fanny y la mía.

—Somos modernas —prosiguió Eva—. No estamos ancladas en el pasado.

—Vaaa-le, vete a Estados Unidos —replicó Fanny—. De todos modos, como eres una inmigrante hispanodanesa, es probable que te deporten.

Eva nos contó que Hamish le había confesado que la vida había sido muy triste sin ella.

—Sí —dijo Fanny, que a esas alturas hablaba a gritos—, pero tu vida con nosotras en París ha sido de fábula. ¿Acaso no soportas ser más feliz que cuando te encontramos? Mira cómo saboreas el licor de melocotón de nuestra amiga inglesa. Te he llevado a bailar a todas las discotecas. Has devorado al menos veinte de los doscientos treinta quesos de Francia y todo el arte de nuestros museos. Hemos pasado juntas las cuatro estaciones. Nuestra amiga inglesa te ha llevado a nadar. De acuerdo, nadar no es tan

emocionante como robar un gato, lo entiendo, pero nuestra amiga inglesa ha compartido generosamente sus pensamientos acerca de su ensayo sobre la ordinaria de Gertrude Stein con sus medias de lana y la controladora y estreñida de su mujer. O sea, Eva, tú misma te has proclamado ayudante en esa tarea, nuestra amiga nunca lo ha oficializado. Y ahora quieres estar sola pero con Hamish otra vez.

Eva cerró los ojos y desconectó.

—Y otra cosa —continuó Fanny—. ¿Es posible que al llegar a París pasaras mucho tiempo dibujando cerca de la rue Norvins, en Montmartre? —Le dio una palmadita en la coronilla—. Bonjour, Eva. Tienes que ponernos al día sobre el tema de Bob.

Quizá Eva estuviera viajando en el tiempo con Karl Marx hasta el París de 1843 para debatir sobre filosofía social y antagonismos de clase.

Eva abrió los ojos y nos habló con calma y claridad.

—He terminado mi novela gráfica, que es para lo que vine a París. ¿Cómo creéis que me gano la vida? Soy una artista con un encargo. Y ahora voy a vender mi novela en Estados Unidos y a vivir con Hamish en la casa que ha construido para los dos.

—Pero ¿tú lo has visto? —preguntó Fanny con las manos apoyadas en sus estrechas caderas.

¿El qué?

Estados Unidos. Tierra de inmigrantes.

Si Bob intentaba encontrar el camino a su hogar de Montmartre, parecía que Eva intentaba encontrar el camino de vuelta a Hamish para crear un hogar.

—Sí —dijo Eva—, Gertrude y Alice crearon un hogar estable, organizado y lleno de amor allí donde vivieron. La escritura desaforada de Gertrude dependía de ello.

33

> Y soy norteamericana y he vivido la mitad de mi vida en París, no la mitad que me hizo sino la mitad en la que hice lo que hice.
>
> «An American and France»,
> en *What Are Masterpieces* (1940),
> GERTRUDE STEIN

Mi estudio de París parece un granero que se ha elevado levitando hasta la última planta de un edificio medieval. El día antes de partir hacia Seattle para reunirse con Hamish, Eva vino a darme sus zuecos blancos y un abrigo que no le cabía en la maleta. Eva no es alta pero siempre se golpeaba la cabeza con las vigas de madera, que estaban muy bajas. En ocasiones me pregunto si Balzac pensaba en esas viejas vigas pesadas cuando se le ocurrió que podía montar un negocio de importación de árboles de los bosques polacos para construir las traviesas de las vías férreas francesas. Entreveíamos a mi vecino plantado en su balcón, en bóxers, con el pecho expuesto a la intemperie, mirándonos fijamente mientras hablaba por el móvil. No cantaba un solo pájaro. En la boulangerie de la calle se había formado una larga cola de turistas que deseaban comprar el cruasán ganador de un premio en 2018.

—¿Y cómo pasarás las vacaciones? —quiso saber Eva.

—Volveré a Londres —le respondí.

—¿Qué pasa en Londres?

—Pues mi vida londinense —contesté—. Y cuando en enero vuelva a París iré a nuestra boulangerie a comprar una galette des rois rellena de frangipane. La compartiré con mis vecinos y dejaré que los niños encuentren el haba de la suerte.

Ahora que Eva tenía casa propia, consideraba que podía aconsejarme sobre cómo arreglar mi estudio. De repente comprendí por qué se cortaba el flequillo una y otra vez. Eva deseaba que su vida fuera una línea recta y simétrica.

—Fuera esos kílims. Lo tapan todo. Las baldosas de debajo de las alfombras son algo que hay que ensalzar, no ocultar. Y tú también estás toda cubierta. Deberías verte con ese gorro de pieles. No me extraña que tengas ratones. No les faltan sitios donde esconderse.

Se puso a rebuscar en su bolsa de tela.

—Te he hecho aceite esencial de menta —dijo.

La parte delantera de la bolsa tenía escrita una frase de una de sus novelas gráficas. La bolsa era un artículo publicitario. Empezaba a darme cuenta de que Eva era una persona muy organizada y con éxito comercial.

—Respecto al aceite de menta. —Por fin encontró un frasquito de cristal en el fondo de la bolsa—. A los ratones no les gusta su olor. Afecta a sus formas de comunicarse, así que buscan otro lugar donde vivir.

Empezó a rociar los kílims con su preparado de menta y luego se detuvo para señalar las dos ramitas de romero colocadas en el estante sobre la chimenea. Me las había regalado ella misma cuando llegué a París. «Es una planta eficaz contra la inflamación», me

había dicho. Yo no estaba aún segura de qué tenía Eva que estuviera inflamado, pero quería descubrirlo y sabía que escribiría sobre ello cuando tuviera tiempo. Los zuecos blancos que había dejado en el suelo tenían un aspecto curiosamente espectral, como si el cuerpo de Eva ya se lo hubiesen llevado como por arte de magia.

Su estudio de la rue des Trois Portes se había convertido en nuestro cuartel general. Eva tenía la habilidad de crear un hogar propio y recibir en él a amigos y desconocidos. Era cálido en invierno, fresco en verano, entrañable en todas las estaciones. Al día siguiente cerraría sus tres puertas y devolvería la llave al agente inmobiliario del propietario. Al cabo de un rato consultó la hora en el móvil. Fanny iba a pasarse por su casa para sentarse en la maleta a fin de que pudiera cerrarla. Y Fanny, como Picasso, siempre era puntual. Llovía, claro. Busqué mi paraguas de repuesto para dárselo. Había desaparecido bajo una de las maletas apiladas junto a la puerta principal. Me alegraba que Eva no supiera nada de mí salvo nuestra vida en común en el presente continuo. Yo tenía amigos que habían conocido a mi madre, a mi padre, a mis hermanas y a mis hermanos, que me habían conocido con catorce años y con treinta y con más. Era una especie de alivio existir en el tiempo presente continuo de lunes a domingo.

Un ratón cruzó corriendo el salón y empezó a retozar sobre los kílims.

Se giró para mirarnos. Casi nos saludó con una patita. Al parecer le encantaba el aceite de menta.

—Así que Gertrude Stein se creó una vida en Francia y tú te la crearás en Norteamérica —le dije a Eva.

—Sí. De eso va la modernidad. De cómo nos construimos.

Eva se acarició las puntas del flequillo, que se había cortado esa mañana.

—Me voy para crear la parte norteamericana de mi vida.

—Adiós, Eva. Te echaré de menos. Y no creo que llegue a escribir el ensayo sobre Gertrude Stein.

—Sí, y dado que estás coqueteando con un leopardo de las nieves y luchando con ratones, lo escribiré por ti. Supongo que se titulará *Mi año en París con Gertrude Stein*, pero, como tratará sobre todo de la angustia de prepararme para viajar a Seattle, tal vez lo titule *Ser una norteamericana.* —Cogió el paraguas que le tendía y me dio un beso en cada mejilla—. Gertrude Stein fue una gran presencia, pero no creo que nadie pueda llegar nunca a lo más profundo.

34

Y la identidad resulta graciosa siendo una misma resulta graciosa en la medida en que una no es nunca una misma para una misma excepto en lo que una recuerda de sí misma y entonces por supuesto una no se cree a sí misma.

Autobiografía de todo el mundo

FUENTES

Autobiografía de Alice B. Toklas, Gertrude Stein, traducción de Andrés Bosch, Barcelona, Lumen, 2014.

Realidad y juego, D. W. Winnicott, traducción de Floreal Mazía, Barcelona, Gedisa, 1982 [aunque la cita textual aparece en *El proceso de maduración en el niño*, D. W. Winnicott, traducción de Jordi Beltrán, Barcelona, Laia, 1981].

Autobiografía de todo el mundo, Gertrude Stein, traducción de Román García Azcárate, Barcelona, Tusquets, 1980.

La balada de la cárcel de Reading, Oscar Wilde, traducción de Olivia de Miguel y Palmira Feixas, Barcelona, Random House, 2017.

Emma, Jane Austen, traducción de José María Valverde, Barcelona, Penguin Clásicos, 2015.

Botones blandos, Gertrude Stein, traducción de Esteban Pujals Gesalí, Madrid, Abada, 2011.

Un hombre que duerme, Georges Perec, traducción de Mercedes Cebrián, Madrid, Impedimenta, 2009.

Diario de una escritora, Virginia Woolf, traducción de Andrés Bosch, Madrid, Ediciones y Talleres de Escritura Creativa Fuentetaja, 2003.

«Visitas a Walt Whitman», Virginia Woolf, traducción de Karla Sánchez, *Letras libres*, n.º 244 (enero), 2022, pp. 9-10. Disponible

en https://letraslibres.com/revista/visitas-a-walt-whitman/

En el camino, Jack Kerouac, traducción de Martín Lendínez, Barcelona, Anagrama, 2022.

Hojas de hierba, Walt Whitman, traducción de José Luis Chamosa y Rosa Rabadán, Barcelona, Austral, 2019.

París Francia, Gertrude Stein, traducción de Daniel Najmías, Barcelona, Minúscula, 2009.

Picasso, de Gertrude Stein, traducción de Flora Casas, Madrid, La Esfera de los Libros, 2002.

Llamémosla Random House, Bennett Cerf, traducción de Íñigo García Ureta, Madrid, Trama, 2015.

Ser norteamericanos, Gertrude Stein, traducción de Mariano Antolín Rato, Barcelona, Bruguera, 1984.

El libro de cocina de Alice B. Toklas, Alice B. Toklas, traducción de Xosé Antonio López Silva, Barcelona, Ariel, 2018.

Confesiones inconfesables, Salvador Dalí y André Parinaud, Barcelona, Bruguera, 1975.

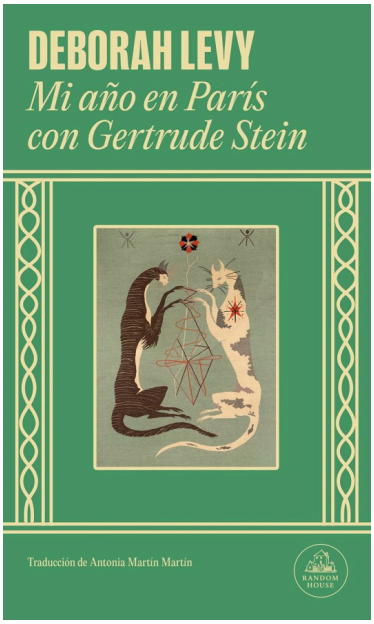
El gran Gatsby, F. Scott Fitzgerald, traducción de José Luis López Muñoz, Barcelona, Debolsillo, 2015.

París era una fiesta, Ernest Hemingway, traducción de Miguel Temprano García, Barcelona, Lumen, 2021.

La poética de la ensoñación, Gaston Bachelard, traducción de Ida Vitale, México, FCE, 1982.

La histeria, Sigmund Freud, traducción de Luis López-Ballesteros y de Torres, Madrid, Alianza Editorial, 1967.

La nueva novela de Deborah Levy, finalista del Premio Booker, y la aclamada autora de *Leche caliente*, *El coste de vivir* y *Cosas que no quiero saber*.



«Deborah Levy es una *rara avis* que domina tanto la ficción como la no ficción. Aquí practica ambas, en un relato novelado de acontecimientos reales de la vida de la escritora estadounidense Gertrude Stein. Increíblemente *chic*».

The Times

La narradora de esta novela llega a París con la intención de escribir sobre Gertrude Stein y averiguar por qué, un siglo después, su figura sigue resultando tan incómoda y fascinante. Pero el bullicio de la

ciudad la arrastra en su flujo incesante, desbaratando todos sus planes Allí conoce a Eva, una artista de mirada fulminante y atrapada en un matrimonio a distancia, y a Fanny, una analista financiera brillante de vida sentimental expansiva. Entre cenas, paseos, lecturas y conversaciones que se alargan hasta la madrugada, las tres hablan de amor, de amistad, de los padres, del deseo, de la incertidumbre y de cómo empezar de nuevo cuando una vida ya no basta.

Poco a poco, Stein deja de ser el objeto de investigación para convertirse en una presencia íntima y perturbadora, una mujer que encontró en el lenguaje una forma de liberarse de su tiempo y de imaginar otras maneras de vivir. Con su inteligencia, su sentido del humor y su elegancia habituales, Deborah Levy mezcla novela, ensayo y biografía para explorar qué significa construirse una vida propia. El resultado es un vivo y luminoso libro sobre la amistad, la libertad y el poder del arte para cambiar nuestra forma de ver el mundo.

La crítica ha dicho:

«Una deliciosa combinación de biografía literaria muy subjetiva y aventura urbana en la Ciudad de la Luz, aderezada con ingenio, sabiduría y una perspicaz crítica literaria [...]. Otro libro original y estimulante sobre la búsqueda de ese "algo" esencial, no solo en Gertrude Stein, sino también en la vida y en la literatura».
Heller McAlpin, *NPR*

«Como siempre, la escritura de Levy es sutil e irónica [...]. El lenguaje, con toda su capacidad de juego, su riesgo y su delicada belleza, constituye la esencia misma de *Mi año en París con Gertrude Stein*. Levy utiliza el lenguaje para desmontar y volver a imaginar, para hacer que lo familiar parezca nuevo y reluciente».
Grace Linden, *Los Angeles Review of Books*

«La escritura de Levy es excéntrica, inteligente y de una amplitud extraordinaria».
Susie Goldsbrough, *The Times*

«Levy, como Stein, es ambigua. Como Stein, juega con el lenguaje y sus frases deslumbran, aunque su intención resulta mucho más clara. A un tiempo, habita y cuestiona a su protagonista [...]. La novela, es tan indomable y terrenal como Stein, pero también elegante e incisiva, como solo Levy puede serlo».
Catherine Taylor, *The Times Literary Supplement*

«La brillante Deborah Levy regresa con una nueva novela que desborda los límites de su género. […] Un retrato extraordinario de dos épocas y de dos mujeres contempladas cada una a través de la mirada de la otra».
GQ

«Levy es una de las pocas escritoras capaces de encontrar nuevas formas de asombrar con cada proyecto [...]. *Mi año en París con Gertrude Stein* ofrece más de esa magia característica de Levy: audaces giros estructurales y un espíritu libre».

Lit Hub

«Una obra breve, ingeniosa e intrigante. Una seductora mezcla de géneros, sembrada de preguntas y de algunas respuestas».
Kirkus Reviews

Deborah Levy (Johannesburgo, 1959), novelista, dramaturga y poeta británica, es autora de nueve novelas: *Beautiful Mutants*, *Swallowing Geography*, *The Unloved*, *Billy & Girl*, *Nadando a casa*, *Leche caliente*, *El hombre que lo vio todo*, *Azul de agosto* y *Mi año en París con Gertrude Stein*. *Nadando a casa* fue finalista del Man Booker, y tanto *Leche caliente* como *El hombre que lo vio todo* han sido seleccionadas para los premios Booker y el Goldsmiths en 2016 y 2019, respectivamente. Deborah Levy es también autora de una colección de cuentos, *Black Vodka* (2013), finalista del BBC International Short Story Award y del Frank O'Connor International Short Story Award. En no ficción ha publicado su «autobiografía en construcción», que incluye *Cosas que no quiero saber*, *El coste de vivir* y *Una casa propia*. Los dos primeros volúmenes recibieron el Premio Femina Étranger. Ha escrito para la Royal Shakespeare Company y para la BBC.



Titulo original: *My year in Paris with Gertrude Stein*

Primera edición: noviembre de 2026

© 2026, Deborah Levy
Todos los derechos reservados
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Antonia Martín, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © 2026 Estate of Leonora Carrington / VEGAP

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-4684-3

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: LitRandomHouse
Twitter: @LitRandomHouse
Instagram: @litrandomhouse
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Mi año en París con Gertrude Stein

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Fuentes
Sobre este libro
Sobre Deborah Levy

Créditos